



© Del documento, de los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

ARTURO GARCIA CARRAFA

Cancionistas y bailarinas españolas

AMALIA MOLINA



Prólogo de los
HERMANOS QUINTERO

Epilogo de
LUIS GABALDÓN

A mi buen amigo
Antonio Cabezo,
recuerdo afectuoso
de Amalia Molina

AMALIA MOLINA

ARTURO GARCÍA CARRAFA

CANCIÓNISTAS ESPAÑOLAS

AMALIA
MOLINA



MADRID
IMPRESA ARTÍSTICA, SÁEZ HERMANOS Y COMPAÑÍA (S. EN C.)
EDUARDO BENOT, 1 Y 3
1916

**Es propiedad del autor.
Queda hecho el depósi-
to que marca la ley.**

PROLOGUILLO

Ni pintarla, ni esculpirla,
ni en versos encarecerla:
¡A esta mujer hay que oírla
y hay que verla.

¿A qué llamarle clavel,
ni nardo, ni malvaloca?
¿A qué decir que su boca
tiene sal y tiene miel?
¿A qué transformarla en perla
ni en brillante convertirla?
Es inútil: hay que verla
y hay que oírla.

De su donaire y salero
hay tanto que ponderar,
que no se llega á empezar
ni aun agotando un tintero.
Nadie podrá describirla,
ni en lo justo enaltecerla.
¡Nadie en el mundo! Hay que oírla
y hay que verla.

Así, siempre hemos pedido
que mientras Amalia exista,
Dios nos conserve el oído...
¡Y la vista!

S. y J. ALVAREZ QUINTERO.

LAS VARIETÉS EN ESPAÑA

Si hace treinta y seis años, cuando el género de varietés, nacido en Francia, tomó el movimiento expansivo y se extendió por el extranjero nos hubieran dicho que en España llegaría á tomar carta de naturaleza, nadie lo hubiera creído.

Pero los años no pasan en balde, y las corrientes modernas, que todo lo invaden, van empujando lo antiguo, abriéndose paso para sentar sus reales por el mundo civilizado.

Las principales naciones han sufrido, en el arte escénico, paulatinas transformaciones, y la nuestra no ha ido á la zaga, pues del drama romántico pasó al teatro efectista de Echegaray, después á los bufos, más tarde al género chico, y hoy las varietés han llegado á ser dueño y señor de los escenarios de España.

A ello contribuye también la marcha rápida de la civilización, que con sus maravillosos inventos nos pone en contacto con todo el mundo, resultando que París, Berlín, Viena y Londres nos son tan familiares como Barcelona ó cualquiera otra población española. Por eso hemos hecho conocimiento con el género de varietés, y, sin darnos cuenta, hemos caído en sus redes sugestivas.

Hay que convenir en que las varietés tienen hoy muchos mayores alicientes, en general, que los otros espectáculos, pues se disfruta en ellas de cierta libertad, van casi siempre unidas al cinematógrafo, gran predilecto del público, y además el desfile rápido por la escena de cosas heterogéneas que tienen, como base principal, la mujer hermosa, la música juguetona, la frase ingeniosa y la diversidad de manifestaciones artísticas, nos regocijan el espíritu, haciéndonos olvidar las contrariedades de la

vida, siempre sembrada de disgustos y amarguras, alejándonos de las obras serias que, en vez de recrearnos, nos entenebreceñ el alma y nos ponen de mal humor.

Así lo ha entendido el público, y poco á poco, sin grandes esfuerzos, ha ido familiarizándose con el género de varietés del que ya es asiduo cliente.

La primera tentativa, del llamado género ínfimo, se realizó hace unos veintitres años en el teatro de Barbieri, donde actuó una compañía compuesta de números de circo, parejas de baile y la *diouette* alemana Augusta Berges.

El público, al principio, y como curiosidad, acudió al teatro de la calle de la Primavera; pero tanta gracia le causaron los cuplés de la Berges, que pronto cundió por Madrid la fama de que aquel espectáculo era muy entretenido, y todas las noches se agotaban las localidades.

La citada artista estrenó entonces, en italiano, el cuplé titulado *La pulga*, que más tarde sirvió á los insignes hermanos Quintero para sazonar su famoso entremés *El género ínfimo*, y otras canciones, de un verde tan subido, que obligaron al gobernador á prohibirlas y á cerrar el teatro.

El éxito de la Berges y de la compañía hizo pensar á otras empresarios, que aquel género, moralizándolo, sería tal vez un negocio; y creyéndolo así Mr. Banguarel, formó en Francia una compañía de varietés y la presentó en el teatro de la Alhambra, al que denominó Music-Hall.

La *troupe* presentada por Mr. Banguarel tuvo un éxito grandísimo, pues formaban parte de ella, entre otras artistas notables, la *créolle Mlle. Kara*, que cantaba lindísimas canciones orientales; la hermosa Paula del Monte, Charito Guerrero, que más tarde fué rival en París de Carolina Otero, el graciosísimo caricato Duchatel, que se hizo popular con las canciones *Cleve de notaire* y *La guitarra amoureuse*; las bailarinas hermanas Campos, y otras muchas excelentes artistas.

El Music-Hall hallábase todas las noches lleno de bote en bote de público distinguido y así hubiera continuado toda la temporada, si defectos de administración y disidencias entre los em-

presarios no hubieran dado al traste con un negocio que empezó tan brillante.

Casi al mismo tiempo que Mr. Banguarel, el propietario de un cinematógrafo, establecido en la calle de Alcalá, número 4, Don Ramiro Cebrián, hombre emprendedor, quiso hacer también su tentativa y construyó, en su local, un pequeño escenario, presentando el público, después de las exhibiciones cinematográficas, á las bailarinas Gracia Cansinos, los hermanos Jiménez, Eulalia y Franco, y á la cupletista italiana Sig. Estela.

El éxito superó á las esperanzas concebidas, porque el público, en todas las secciones, invadía el local, que resultaba insuficiente para contener tantos espectadores.

En vista de ello, el señor Cebrián, pensó en dar mayor amplitud al espectáculo y contrató á la actriz Concha Fernández, que estrenó varios monólogos que se representaron centenares de veces. Posteriormente, hicieron su presentación la bailarina Bella Martínez, el ilusionista Florences y otros números de varietés que gustaron mucho.

Como el público seguía favoreciendo el Salón de Actualidades, que así empezó á llamarse, surgieron competidores y se establecieron dos salones más en la calle de Alcalá, el uno en el número 7 y el otro algunas casas más abajo de las Calatravas.

El primero se denominaba *Salón Rouge*, y en él trabajaron la Bella Monterde, Mlle. Mirka, las bailarinas Domedel y varias parejas de baile español.

El otro titulábase *Salón Bleu*, y también contaba con artistas españolas y francesas.

El carácter demasiado alegre de estos espectáculos y la afición que en el público fué generalizándose, alarmaron á nuestras morigeradas autoridades, y temiendo que el rápido desarrollo del género ínfimo pudiera alterar la paz de las costumbres y la tranquilidad pública, el gobernador de Madrid, que era á la sazón don Santiago Siniers, decretó la clausura de todos los locales en que se ofrecía espectáculos de varietés.

La medida gubernativa no fué bastante para que el género ínfimo muriera. Algunos meses después, una empresa de dinero

tomó en arrendamiento el teatro Cómico, que decoró con sumo gusto, y presentó una compañía mixta de zarzuela española y varietés. Nada más completo que aquel espectáculo, cuyo presupuesto era enorme.

De la compañía española formaban parte: María Montes, Amparo Astort, Pinedo, Julián Fuentes, Redondo y otros actores y actrices distinguidos; y de las varietés: Mlles. Clo-Clo, Paula del Monte, Blanche Dupré, Rita Keylor, Les Amelys, O'Connor, La Galathée, María Regina, Pilar Olivares y más de veinte artistas de diferentes géneros.

Aunque las entradas eran grandes, no bastaban para cubrir el presupuesto, y, al fin, hubo necesidad de dar por terminada la temporada mucho antes de lo que la empresa quería.

Hasta entonces duró el calvario del género ínfimo, pues poco tiempo después, una vez levantada la prohibición gubernativa, abrió de nuevo sus puertas al público el Salón de Actualidades, artísticamente decorado por Rojas, Xaudaró, Navarrete, Tur, Mínguez y otros afamados artistas, siendo un teatrillo elegante que pronto mereció el favor del público.

Por aquel diminuto escenario fué desfilando todo cuanto de notable existía en España y en el extranjero, haciendo una brillante campaña que contribuyó á afianzar para siempre en Madrid el género ínfimo.

Siguiendo las huellas del Salón Actualidades, se inauguró en el número 34 de la calle de Alcalá el teatro Japonés, decorado con lujo extraordinario, y en donde también se vieron muchos y notables artistas, tales como Napolina, Trío Balazy, Arthaud, Jane Darrás, Camille de France, Marquissette y Fregolina.

En el Japonés se dió á conocer la célebre y malograda Fornarina, que hizo el papel de esclava en el gracioso propósito *El Pachá Bum-búm*. También se dieron á conocer en este teatro la notable bailarina Pastora Imperio y la hermosísima Pepita Sevilla. Debido á exigencias del dueño de la casa, tuvo dicho teatrillo que cerrar sus puertas. Esto acaecía en el año 1902.

Desaparecido el Japonés y desechado por la genial Loreto Prado, el teatro Romea, que ya resultaba pequeño para tan

grande artista, se inauguró en dicho teatro el género ínfimo, que aunque con diferentes empresas, iba conquistando el preminente puesto que hoy ocupa.

El Salón Actualidades, preferido, entonces, del público madrileño logró hacer desfilar por su escenario artistas tan extraordinarias como La Gardenia, la Bella Belén, Pura Martini, **Pilar** Cohen, María Reina, Las Esmeraldas, Nella Martini, Lily Poupée, Adela Cubas, Charito Olivares, Carmen Díaz, Pilarcilla, Eloisa Carbonell, Las Olivares, Paca Aguilera, Las Giraldas, Pilar Monterde, Sagrario Alvarez, Las Trebolinas, África Lázaro, La Tarifeña, Pepita Sevilla, Candelaria Medina, Adela Lulú, Pastora Imperio, Antonia la Argentina, Amalia Molina y Fomarina.

No se crea que sólo en Madrid tenía entonces aceptación el género ínfimo, pues pasaban de ochenta los salones y conciertos que existían en provincias, lo cual demuestra que las varietés iban abriéndose paso por toda España y que su importancia era cada día mayor.

La generalización del cine, auxiliar poderoso del género ínfimo, y espectáculo barato y preferido del público, la selección de las canciones, cuplés y bailes por parte de las artistas, la moralización de las varietés, el haberse decidido á escribir para las mismas, en vista de su grande importancia, los más ilustres literatos y maestros compositores, la propiedad y lujo de los vestuarios, la esplendidez de apropiadas decoraciones, sus valiosísimas y fascinantes alhajas y el refinamiento y exquisito arte que imprimen á su labor han hecho que en España el género de varietés sea el predilecto de todos los públicos, al extremo que desde los mejores y más encopetados teatros madrileños, hasta los modestísimos Salones pueblerinos se ven honrados con la actuación de las *estrellas*, verdaderas elegidas en el mundo del arte.

EDUARDO MONTESINOS

BIOGRAFÍA DE AMALIA

CAPÍTULO PRIMERO

LA PRIMERA ENTREVISTA

Amalia, ausente. — Esta tarde á las cuatro. — En el domicilio de la artista. — Al amor de la lumbre.

Hace ya de esto cuatro ó cinco meses. Teníamos el propósito de escribir un libro acerca de Amalia Molina, y acudimos á un amigo nuestro, conocido periodista y agente artístico de Madrid, para que nos presentara á la célebre cancionista y bailarina.

—Amalia no está ahora en la corte—nos dijo—. Se encuentra en provincias realizando una brillante campaña.

—¿Regresará pronto?

—Aún han de pasar algunos meses.

Nos contrarió tal ausencia, que echaba por tierra nuestros planes.

Pasó el tiempo. Una tarde volvimos á encontrar al colega.

—¿Qué sabe usted de Amalia Molina?—le preguntamos.

—Que llegará á Madrid dentro de ocho ó diez días.

—¿Quiere usted, cuando regrese, exponerla en mi nombre, el propósito que tengo de escribir su biografía?

—Con mucho gusto.

Transcurrieron los días citados. Al cabo de ellos, vino á buscarnos nuestro amigo.

—Ya está Amalia en Madrid—nos dijo—. He hablado con ella, le he expuesto sus deseos y me ha contestado que mañana, de cuatro á cinco de la tarde, le espera en su casa.

La noticia nos llenó de alegría.

—¿Dónde vive?

—Calle del Barquillo, número 12 duplicado. La casa que hace esquina á la calle de Prim.

Al día siguiente y á la hora que nos había sido anunciada, nos encaminábamos al domicilio de la artista.

Mediaba Marzo. Durante la mañana y las primeras horas de la tarde había llovido sobre Madrid tenazmente. En aquel instante, las nubes, empujadas por el aire, dejaron al descubierto un trozo de cielo azul por el que el sol madrileño asomó la cara inundando la corte con sus rayos en una amable caricia de primavera.

Este claro nos permitió llegar secos al domicilio de Amalia.

Subimos las escaleras. En la puerta del piso principal izquierda apretamos un timbre. Una criada salió á abrirnos.

—¿Amalia Molina...?

—Pase usted.

Penetramos en un gabinetito amueblado con elegancia. Allí esperamos unos instantes. Poco después llegaba á nuestra presencia la figura menuda, graciosa y gentilísima de la artista.

Nos saludó atenta, con voz de afabilidad sincera, en la que pone un encanto indecible su acento sevillano.

—Ya tengo notisia de su propósito—nos dijo— Me parece bien. Yo, por mi parte, encantá.

— Es usted muy amable. El libro que me propongo escribir acerca de su vida ha de ser sincero, documentado, exactísimo.

Combinamos después el plan que habíamos de seguir en la obra y nos dispusimos en el acto á darla comienzo.

—Má vale—díjonos de pronto la artista—que nos traslademos á otra habitasión. Hase aquí frío. Vamo al comedor, donde está la chimenea encendida.

Atravesamos otro gabinete precioso, luego un dormitorio magnífico con un juego de alcoba antiguo, en talla de madera, verdaderamente soberbio. La cama sorprende por su arte, por su valor inapreciable, por su corte regio y su sabor de siglos.

—Aquí hace falta un rey godo—dijo cierto día un visitante de Amalia al contemplar lecho tan suntuoso. Y en verdad que la expresión fué acertadísima.

En el comedor, otra pieza amueblada con elegancia, ardían en la chimenea sendos troncos de rancia encina.

—Aquí estamos mejó—exclamó la artista, invitándonos á sentarnos en una mecedora junto á la chimenea—. Esta es la lumbre que má me gusta. La llama de la leña es presiosa, ¿verdád? A mí me entretiene mucho.

Después nos presentó á su chacha Matilde (su tía) afable y simpática, menuda de cuerpo y expresiva de rostro, como su encantadora sobrina. Y luego,

ante una copa de coñac con que nos obsequiaron, dimos comienzo á la tarea.

Escucha, lector, con interés la vida y la lucha de una inmensa artista española, á la que siguen por la escena, prendadas de su arte, las musas populares de las regiones patrias.

CAPITULO II

SEVILLANA Y MACARENA

Su cuna, su familia, su abolengo. — La madre, su primera maestra. — Los corrales y los bailes de ingleses. — Desgracias y amarguras. — Las saetas.

Amalia Molina es sevillana.

Nació en pleno barrio de la Macarena, en la calle de Pedro Miguel, antes de Piernas, el día 28 de Enero de 1890.

Sus padres vivían entonces en el corral del Cristo. En Sevilla llaman corrales á las casas de vecindad que tienen en el centro un gran patio común á todos los inquilinos. El del Cristo es uno de los más clásicos y populares de Sevilla. Hiciéronlo célebre las fiestas y los bailes que en él se celebraban los domingos, y á los que concurría un admirable, supremo y delicioso mujerío.

En el zaguán, hay un Cristo clavado en la cruz. De ahí el nombre que lleva. En el patio crecen en competencia y convirtiéndolo en jardín, las flores que los vecinos cuidan y que á diario sirven para adornar los pies de Jesús crucificado.

Amalia Molina es, por lo tanto, sevillana de pura cepa. Cuna más castiza que la suya, no la tuvo ninguna otra mocita del pueblo andaluz. Hay algo más

que robustece ese casticismo. La bautizaron en la iglesia de San Juan de la Palma, donde el párroco debe echar á las criaturas mucha más sal que los de otras parroquias, y fueron sus padres un lampistero y una cigarrera.

El trabajaba en la Maestranza.

Ella fué, desde pequeñuela, una de las mocitas más graciosas del barrio. Su desenvoltura y su belleza, ganaron fama entre los macarenos. Era menuda de cuerpo, gentil y esbelta. En sus ojos negros, grandes, africanos, se había metido todo el fuego del sol de Sevilla. Durante su juventud no hubo fiesta corralera donde el primor de sus bailes y la pasión de sus coplas no entusiasmaran.

Fué el clásico tipo de la mujer andaluza, alegre, y buena, apasionada y creyente. Los que la conocieron aseguran que Amalia Molina, su única hija, ha sido y es su vivo retrato y la continuadora de las tradiciones que en Sevilla dejara.

Los abuelos maternos de la artista ostentaban idéntico abolengo popular. El fué lampistero y ella cigarrera. Una hermana de la madre de Amalia que ha acompañado á ésta desde niña á todas partes, trabajó también durante algún tiempo en la Fábrica de Tabacos sevillana. Llámase Matilde, como ya hemos dicho, y en la actualidad continúa viviendo al lado de su sobrina.

Amalia aprendió las primeras letras en un Colegio establecido en la calle de la Feria.

Cuando tenía cinco años, murió su padre. Madre é hija fuéronse entonces á vivir con los abuelos. Dos años después fallecía la madre de la artista. La impresión que esta desgracia produjo en los viejecillos, fué enorme. Siempre, aun después de casada, había sido Teresa, que este era su nombre, la ale-

gría de aquel hogar. Los abuelos, heridos en lo más hondo por la muerte, pasaron días de intensa amargura.

El recuerdo de su hija teníanlo siempre delante. Todo les hablaba de ella; los rincones de la casa, las fiestas de los corrales, las coplas que llegaban de lejos, las risas de las mocitas de la vecindad. El alma de su hija parecíales que flotaba en el ambiente todo del barrio de la Macarena. Esto les hacía sufrir horriblemente. Pensaron que alejándose de aquellos lugares acaso encontrarían más atenuada su pena, y se trasladaron á la Bornicería, donde el abuelo, que hasta entonces había trabajado en la Maestranza, abrió un pequeño establecimiento de lampistería. De este modo la familia de Amalia pasó de un barrio flamenco al de la Catedral.

—¿Qué edad tenía usted entonces?—Le preguntamos á la artista.

—Acababa de cumplí los siete años. Ya tenía yo en aquella edá un afición mu grande por el baile.

—¿Y cómo se despertó en usted esa afición?

—De vé bailá á las mositas del barrio, y sobre too de vé bailá á mi madre, que lo hasía mu divinamente. A los siete años ya bailaba yo las sevillanas sólo de habérselas visto bailá á ella. Puedo desí que mi madre fué mi primera maestra.

Luego fué perfeccionándose poco á poco en las fiestas del barrio.

Pasado el luto de la madre, y cuando Amalia había cumplido los nueve años, decidió su abuelo, en vista de las excepcionales cualidades que mostraba para el baile, ponerla un maestro. El primero que tuvo fué Joselito Castillo, bailarín famoso. Dió la lección durante un año, cesando en la tarea porque marchó de Sevilla al frente de un cuadro anda-

luz para recorrer las principales poblaciones de España. Le substituyó Pericé, otro bailarín de nota que continuó enseñando á Amalia durante algunos meses, al cabo de los cuales abandonó también Sevilla para marchar al extranjero.

Entonces empezó á dar lección la pequeña artista con el célebre Otero, quien, como los maestros que le habían precedido en la enseñanza de Amalia, pronosticó los triunfos que ésta ha alcanzado después en la escena.

Sus abuelos la alentaron en tal aprendizaje con el exclusivo objeto de que su nieta uniese un encanto más á los que ya tenía.

No les guiaban intenciones de lucro. Lejos de tal cosa, el cariño entrañable que sentían por ella era tan desinteresado, que, dentro de la modestia en que vivían, rodearon á la chiquilla de toda clase de mimos. La cosa iba bien, la alegría tornaba de nuevo, y las atenciones del vivir estaban cubiertas. Eran tres á ganarlo: el abuelo, como lampistero, y la abuela y la tía, como cigarreras. Ni en el vestir, ni en el cariño de los suyos, tenía Amalia que envidiar á ninguna otra muchacha de su tiempo. Los domingos la sacaban á la calle hecha un pimpollo.

No había otra en el barrio.

Durante dos años, la dió Otero lección continua. Tantos progresos hizo, que un día la llevó al baile de los ingleses, baile que dirigía Otero y que lleva tal nombre porque los celebra en los sábados de gloria y en las fechas que en Sevilla suele ser mayor la afluencia de extranjeros, (allí la gente del pueblo llama ingleses á todos los extranjeros.) para presentar á éstos, en un animado cuadro andaluz, las bailaoras y cantoras más clásicas de la tierra.

Aquella fué la primera exhibición de Amalia Molina y el éxito que obtuvo satisfizo á todos.

Estos bailes de ingleses se celebraban en la época á que nos referimos en el salón del Alfolí, en el Postigo del Aceite, del barrio de la Catedral. Hoy los sigue organizando Otero en su casa, construída á propósito para estas fiestas. La entrada costaba un duro.

A la exhibición de Amalia Molina en el citado baile de los ingleses, asistieron sus abuelos, los cuales salieron encantados del arte de la muchacha.

La pequeña artista no cobró nada por su trabajo. Su maestro hizo que tomase parte en la fiesta, por el gusto de demostrar á la gente el valer de la pequeña bailarina. Llamábanla entonces la *Laterita*, y comenzaba á ser popular en toda la población.

Poco después de aquello, y cuando todo era felicidad en la casa, murió la abuela de Amalia Molina. Esta contaba entonces poco más de nueve años.

Tal desgracia fué otro golpe terrible para el pobre lampistero. De nuevo tornaron á aquel hogar el luto, el desconsuelo y la tristeza.

Pasados los dos primeros meses, Amalia, como chiquilla que era, y guiada por su ardiente vocación al baile, volvió á frecuentar las fiestas que los domingos se celebraban en los patios, hurtando la vigilancia de su abuelo que, por el luto que tenían, había prohibido tales escapatorias.

En más de una ocasión tuvo que ir á buscarla su tía, la cual, bondadosa, ocultaba después al abuelo el sitio donde la pequeña había estado. Otras veces descubría el abuelo la mentira, y el regaño á la nieta venía como consecuencia inmediata. El corral que más frecuentaba era el de Enciso.

Entonces Amalia no sólo bailaba ya primorosamente; cantaba también con excelente estilo las sevillanas corraleras y otras canciones andaluzas.

También asistía á las fiestas de las cruces de Mayo y á la de los columpios, que se celebra en los corrales, en Carnaval.

Esta última, que es muy típica, nos la describió Amalia Molina.

Las mocitas y los mocitos de la vecindad hacen un columpio en el patio. Comienza la fiesta, y una muchacha se sube al columpio para mecerse. Cuando ya lleva un rato, surge otra que quiere sustituirla en el balanceo. Para pedir que le dejen libre el columpio, tiene la obligación de cantar una copla, como esta :

La niña que está en la bamba (1)
se lo quisiera desí,
que se quite del columpio
que yo me quiero subí.

Si la que está columpiándose quiere continuar haciéndolo, ha de cantar otra copla contestando á la anterior.

Entre ellas figura ésta :

No me quito del columpio
porque no me da la gana ;
aquel que quiera columpio
vaya á su casa y lo haga.

Con este motivo se entabla un torneo de coplas preciosísimo, en el que vence la que mejor canta.

(1) Columpio.

Cuando las fuerzas se equilibran, como la que está en el columpio no ha de continuar en él constantemente, canta otra copla diciendo que dejará de columpiarse después de que dos de sus rivales la mezan un rato como castigo.

Si en este instante aparece algún mocito en la puerta del patio, la que se columpia suele cantar :

Mosito que está en la puerta
entre usted y me meserá ;
que las dos que están mesiendo
han comío poleá (1).

En estas fiestas tan típicas, nuestra biografiada era una de las que más se mecían. Amalia Molina fué también desde pequeña muy devota. Educada por su madre en el temor de Dios y en el fervor á la virgen, aprendió de ella á cantar las saetas al paso de las imágenes en las procesiones de Semana Santa en Sevilla. Tenía ocho años cuando tal hizo por primera vez. En años sucesivos continuó cantando sentidísimas saetas á la virgen de la Esperanza (la Macarena), al Cristo del Gran Poder, al *Cachorro de Triana* y á la virgen de la Victoria, de las cigarreras.

Hoy lo sigue haciendo : cuando se encuentra ausente de Sevilla, por lejos que sea, hace un viaje con el exclusivo objeto de cumplir lo que prometió cuando era niña.

Recordando tales escenas, esta artista, tan sevillana y tan creyente, llora de emoción y de alegría. ¡ Su virgen de la Esperansa ! ¡ Su Señó der Gran Podé ! ¡ Qué saetas no idearía Amalia para cantarlas al paso de esas imágenes que son sus dos

(1) Gachas.

grandes devociones, en el silencio de una noche andaluza y bajo un cielo lleno de estrellas!

En aquellos sus años de pequeñuela, acudía á cantar las saetas con la misma intensísima unción que hoy lo realiza. A las dos de la madrugada ya estaba en el sitio que para su propósito elegía. Poco después clareaba tenuemente, y las masas confusas de los edificios comenzaban á destacarse sobre el cielo estrellado. El público, formando una sola agrupación, un mar de cabezas que se movía incessantemente, macizaba el centro de la plaza de San Francisco y bordeaba las aceras de la calle de Génova.

Y comenzaba el desfile. Primero la cruz, luego los nazarenos, á continuación el primer paso, El prendimiento de Cristo, sin que se oyeran voces, ni músicas, ni otro rumor que el respirar de la muchedumbre.

Después, un murmullo de admiración y de júbilo; la virgen de la Esperanza que avanzaba vogando sobre la negra marea del gentío, y las cabezas de todos, bañadas por la luz, vueltas hacia la Macarena. Y en este instante sublime de oraciones, de luces, de inciensos y de aroma de rosas, la figura menuda y resalada de la *Laterita*, envuelta en mantoncillo de fleco negro, sobre el cual le flotaban á la espalda las negras trenzas, destacábase de la muchedumbre, y, avanzando hacia el *paso*, cantaba con voz dulcísima, angelical, ligeramente tremolada por la emoción, esta saeta:

¿Dónde vas, paloma blanca,
tan triste y tan afligida,
llorando con tanta pena,
si por ti damos la vida
toos los de la Macarena?

O esta otra :

Una mañana temprano
detras de su hijo avanza,
llena de angustia y de pena,
la Virgen de la Esperanza,
honra de la Macarena.

Antes, al paso del Señor del Gran Poder, ya
había cantado también Amalia esta otra saeta :

¿Dónde va hermoso clavel,
dónde va tú, buen Jesús,
que tan cargado te ves
con esa pesada cruz,
siendo tú el Gran Poder?

CAPÍTULO III

LOS PRIMEROS PASOS EN EL ARTE

*Trabajando para vivir.—¡ Una libra esterlina!—
En el Salón Filarmónico y en el café de Novedades.—El ejemplo de una artista.—Yo hago también eso.—¡ Adiós mi Sevilla!—A Madrid con un mantón, una falda y un sombrero.*

Pasado el luto por la muerte de su abuela, Amalia volvió á frecuentar los bailes de ingleses.

Poco después caía gravemente enfermo el abuelo y fallecía también.

La artista, que contaba entonces de diez á once años, quedóse sola con la hermana de su madre, y en la más estrecha penuria. Ganaba su tía seis reales trabajando en la Fábrica de Tabacos, y á ellos hubieron de atenerse.

Para proporcionarse algunos recursos y orientar su vida, traspasaron el pequeño establecimiento de lampistería que les había dejado el abuelo. Poco les dieron por el traspaso; pero con ello fuéronse á vivir á La Calzada, en un cuartito por el que pagaban diez pesetas mensuales.

Enterado el maestro de baile, Otero, de la situación en que se hallaba Amalia, la llamó y la dijo

que en cada baile de ingleses en que tomara parte, le abonaría un duro por su trabajo, autorizándola también para que, en unión de las otras artistas, echara el pañuelo á un espectador.

Amalia Molina aceptó el ofrecimiento. Como bailaba maravillosamente y era simpática á los extranjeros, éstos, al devolverle el pañuelo solían ser generosos. Cierta día, una inglesa le regaló una libra esterlina. Generalmente, solía sacar de 15 á 20 pesetas.

Así estuvo trabajando durante seis ó siete meses, viviendo siempre al lado de su tía y de lo que las dos ganaban. Poco después variaron de domicilio, yéndose á vivir á la calle de Buen Viaje (Puerta de Carmona).

Don Fernando González Serna, dueño del café de Novedades (que aún existe), y en el que se presentaban los mejores cuadros andaluces, tenía la costumbre de enviar á un representante suyo á los bailes de ingleses con objeto de ver á las muchachas que más se iban distinguiendo y contratarlas para el tablado del café.

En una de esas visitas conoció el representante á Amalia Molina. Alabó su arte, contratándola en unión de una prima suya, llamada Carmen Díaz.

Mas como eran las dos muy jóvenes, el dueño del café aplazó la contrata para el siguiente año, asignando á cada una catorce reales diarios.

Pero á Amalia le urgía ganar algo con qué ayudar á su casa, y avistándose con el empresario del Salón Filarmónico, se comprometió á bailar por cuatro pesetas diarias, en unión de su prima.

No trabajaron, sin embargo, más que cinco días. A pesar de haberse puesto faldas largas para aparentar mayores, fueron rechazadas por el público, á

quien gustaba ver en el tablado mujeres más hechas.

A los pocos días cerróse también el Salón Filarónico, sin duda por no marchar bien el negocio.

Reanudada la temporada de Otoño, en el mes de Septiembre de 1902, Amalia Molina y Carmen Díaz comenzaron á trabajar en el café de Novedades. Diez meses duró la contrata, y en este período de tiempo Amalia consiguió mejorar algo su situación económica.

En el cuadro artístico figuraban, en unión de las artista citadas, la Bermúdez, la Loleta, Eloísa y Carmen Díaz. Como maestro Enrique Sánchez. El cuadro flamenco lo componían la Macarrona, la Trini, la Malena, la Serrana (Sordilla), la Melliza, la Roteña, la prima de los Gallos, Rita Ortega, Enriqueta la Macaca, Chacón, la Junquera, el Tiznaíllo y el guitarrista el Ecijano.

El debut de Amalia constituyó un gran éxito.

Hay que tener en cuenta que el café de Novedades de Sevilla era en aquella época, y lo sigue siendo, el más popular de España en su género.

Los artistas más notables de cuadros andaluces, flamencos y de varietés, han desfilado por él.

En diversas ocasiones trabajaron allí Candelaria Medina, Pepita Sevilla, Antonia la Argentina, Pastora Imperio, la Argentinita, Raquel Meller, la Montalvito, las hermanas Lulú y las Migorance.

Bailarina ó cantaora que no trabajó en Novedades, no lleva consigo la solera de lo castizo.

Llegada la segunda temporada, fué contratada la artista por cuatro pesetas diarias.

Entonces se propuso Amalia ahorrar una peseta todos los días para poder comprarse, cuando llegara la feria, un mantón de Manila.

En efecto; con el producto de sus ahorros adquirió un mantón blanco, bordado del mismo color. Aún lo conserva, pero no trabaja con él. Sólo lo luce en las grandes solemnidades. Ese mantón, según dice Amalia, fué el que ganó para los otros que posee.

En el mes de Abril de aquel año, llegó al café de Novedades una cupletista de las que entonces actuaban con éxito. Cantaba los tangos de *Venus Salón* y de *El género ínfimo*, y otros números. Bailaba poco, sólo para defenderse. Sin embargo, iba contratada por 20 pesetas diarias.

Amalia concibió entonces el propósito de aprender aquel repertorio, puesto que se encontraba con sobradas facultades para ello.

A este fin, obtuvo del pianista del establecimiento, «Cieguecito Reyes», copias de la música y de la letra de los tangos, y para aprenderlos iba una hora antes al café y ensayaba con el pianista.

Una vez impuesta en el nuevo género que se proponía cultivar, y cuya elección había ocultado á todos, decidió venir á Madrid, por la romería de San Isidro, aunque sin comunicar nada de sus proyectos á las compañeras de arte.

Al llegar dicha fecha, vendió los muebles de la casa para gastos de viaje, y preparó todo lo necesario para la partida.

Cuando sus compañeras supieron los planes de Amalia, se echaron á reír. Una de ellas le dijo:

—Cuando regreses saldré á esperarte á la carretera.

Quería dar á entender con esto que Amalia tendría que regresar á Sevilla andando. Pero la artista contestó:

—O no vuelvo á Sevilla, ó cuando vuelva habré

triunfado, y ganaré un sueldo que sólo podrán abonármelo las grandes empresas.

Esta fe no la perdió ni aun en aquellos instantes de amarga despedida.

El día 14 de Mayo, tía y sobrina, con el alma llena de temores y el corazón palpitante, abandonaron su modesto cuartito. En un coche dirigiéronse á la estación. Eran las nueve de la noche. En el andén no había nadie que hubiese acudido á despedirlas. En un departamento de tercera se acomodaron. Su equipaje de artista era modestísimo. Formábanlo el mantón blanco de Manila, una falda de seda con volante de color rosa y un sombrero cordobés blanco.

—La falda era baratita—nos dijo Amalia—, pero mu grasiosa.

Un rato esperaron á que el tren partiera. Por fin, un silbido aflautado escapóse de la máquina, y el tren comenzó á moverse despacio primero, después más deprisa, hasta producir el zumbido de un raudo deslizamiento.

Amalia, asomada á la ventanilla, miraba llorosa las luces de Sevilla que iban perdiéndose á lo lejos. Allí quedábanse su Giralda, sus corrales, sus recuerdos, su virgen de la Macarena, toda su alma de mozueta y de artista.

Ya, cuando las luces de la población desaparecieron, sentóse junto á su tía y cerró los ojos. ¿Qué suerte le esperaba en aquella empresa? Se encomendó al Señor del Gran Poder, á quien veía, como si lo tuviera delante, y le pareció que el Nazareno sonreía.

CAPÍTULO IV

EN MADRID

Diez pesetas y una nota.—La mala fe de un cochero.—¿Tú eres Amalia?—Un ensayo de prueba en el Salón de Actualidades.—¡Contratada!—El debut.—Un éxito enorme.—Ampliando el repertorio.

Amalia Molina llegó á la Corte en un día madrileño por excelencia, el 15 de Mayo de 1904, festividad de San Isidro, patrón de la villa del oso y del madroño.

Hizo el arribo felizmente, mas con la bolsa estrojada y el porvenir concretado á una interrogación.

Entró en Madrid con diez pesetas y un papel en el que aparecían tres nombres anotados: el del maestro Segura, el de Federico Hierro, único agente artístico que había en la Corte en aquella época, y el del Salón de Actualidades.

Al primero habíalo conocido en Sevilla, y él habíale dado el nombre de Federico Hierro, amigo suyo, para que lo visitara á su llegada á Madrid, segura de que por la recomendación eficazísima que le tendría hecha, la atendería en cuanto le fuera po-

sible, allanándola el camino de un contrato. El Salón de Actualidades era la finalidad, el escenario que la artista deseaba. Aquel papel, por lo que dejamos dicho, era el único aldabón de que disponía para llamar á las puertas del arte y de la gloria.

Como no pensaba regresar á Sevilla, sucediera lo que sucediere, y por razones de economía habían hecho el viaje con billete de ida y vuelta, aprovechando los trenes baratos de San Isidro, vendieron la vuelta al llegar á la Corte, agenciándose de este modo otro preciosísimo caudal de siete pesetas.

—Desde la estación—nos dijo la artista—nos trasladamo á una casa de huéspedes de la calle de la Aduana. Se hallaba establecia en el núm. 15. Con fecha 15 habíamos llegado también á Madrid. Esto pareśia señal de buena sombra, ¿verdád?

Asentimos sonrientes, mientras Amalia continuaba su relato.

—Madrí me produjo, á la vé, impresión de alegría y de pena. De alegría, por que las calles me paresieron mu preciosas y animadas. De pena, por que desconocía mi suerte, y la lucha en una poblasi3n tan grande me metía miedo. Al llegá á la casa de huéspedes nos acostamo. Veníamos rendidas del viaje. Al día siguiente, en las primeras horas de la tarde, me eché á la calle. En vez de ir á visitar al maestro Segura y á Federico Hierro, como había sido mi primé propósito, decidí presentarme en el Salón de Actualidades y solicitá contrata. Yo no sabía andar por Madrí. En la Puerta del Sol tomé un coche de punto, diciéndole al cochero: «Sal3n de Actualidades». A los dos segundos el coche se detenía en la calle de Alcalá, frente al número 4. Comprendí entonse que había hecho el ridículo y que había tropesao con un cochero de

mala fe. «Bien podía usted haberme dicho que estaba tan serca.» Pero el cochero rió socarronamente. Aun así, perdonándole su mala acción, le aboné la carrera, entregándole un realillo de propina.

En un vestíbulo del teatrillo se encontró Amalia con el director artístico del Salón de Actualidades, el simpático y popular Eduardo Montesinos.

Al verla llegar, y antes de que la artista le hablase, le dijo :

—Hola, muchacha. ¿Tú eres Amalia Molina?

—Sí, señó—contestó perpleja y sorprendida de que aquel señor la conociera.

Ignoraba entonces que Federico Hierro, atendiendo la recomendación del maestro Segura, había gestionado cerca de la empresa del Salón de Actualidades el contrato de Amalia. Y Montesinos, que estaba ya avisado de la próxima llegada de la artista, la reconoció en el acto.

Hízola pasar al Salón, y dió orden para que llamasen al empresario, que lo era entonces don Ramiro Cebrián.

Amalia contempló con ojos atónitos la pequeña sala del teatrillo. En el escenario ensayaba el cuplé de *Piscis*, Adela Lulú. También ensayaba un número, la pareja de baile Las Esmeraldas. Allí estaban esperando su turno la Fornarina, la Pastora Imperio y la Candelaria Medina.

No tardó en llegar el empresario. Saludó á Amalia atentamente y la invitó á que bailara y cantara lo que supiese, para tener ocasión de apreciar su trabajo.

Confusa, nerviosa y vacilante, pues de aquella prueba dependía su porvenir, sacó Amalia las partituras que el cieguecito Reyes le había copiado en el café Novedades de Sevilla, y se las entregó al

maestro Badía, que era el director del sexteto, para que la acompañase al piano.

Bailó primero el zapateo de María Cristina. Luego cantó varias soleares, un tango gitano, el del Morrongo, el de *Venus-Salón* y el del *Género infimo*. En este último cantaba una copla que decía :

Si porque canto y bailo flamenco
dise la gente que me condeno
será mu fácil que cuando muera
será mu fácil no vaya ar sielo.

Llamaré á San Pedro,
llamaré á San Pedro ;
le canto unas soleares
me coge y me mete pa entro.

Cuando terminó el ensayo de prueba, la contestación de don Ramiro Cebrián fué el contrato de Amalia por seis meses con diez pesetas diarias. El diez por ciento correspondióle de comisión al agente Hierro.

Se señaló el debut para el 29 de Mayo de 1904.

Llegó este día y con él la emoción más grande que la artista ha sentido. La empresa le había hecho un buen reclamo. Cada vez que Amalia veía un cartel con su nombre, la entraba un temor inexplicable. ¿Gustaría al público de Madrid? ¿Alcanzaría el éxito que había soñado?

El debut de Amalia se verificó en la sección de las siete de la tarde. A pesar de que actuaban en aquel Salón, en calidad de estrellas de varietés, la Fornarina y Pastora Imperio, no fueron anunciadas en aquella sección. En el cartel figuraban solamente dos ó tres artistas incipientes, y Amalia Molina como número de fuerza.

Antes de comenzar el espectáculo, Eduardo Montesinos, bondadoso y afable, estuvo dando ánimos á la artista. Al salir á escena, la recibió el público con un aplauso de simpatía. Esto dióle á Amalia los alientos que le eran precisos, y cantó el primer número con la esperanza de un éxito. En la segunda canción, creció el entusiasmo de los concurrentes.

Entre olés y bravos llegó el tango del *Género ínfimo*. Al cantar el estribillo «Llamaré á San Pedro», se le ocurrió hacer unos pasos de flamenco muy gitanos, en los que los rizos y las peinetas bailaban con la artista, y el público estalló en una ovación delirante.

—Si viera usted qué divinamente me salió aquello—nos decía Amalia—. No ya mi voz; mi falda, mi mantonsillo, mi pelo, mis peinetas, todo lo que llevaba encima, llamaba al mismo tiempo á San Pedro.

Pidió el público que siguiera cantando, y era tan insistente su petición, que la artista se vió obligada á decirle que, con mucho gusto, cantaría otros números, pero que no sabía más canciones que las que habían oído.

Entonces la obligaron á repetir por tres veces el tango del *Género ínfimo*.

Fué, pues, un éxito franco, sincero, brillantísimo.

Reconociendo la necesidad que Amalia tenía de aumentar su repertorio para que el triunfo que había obtenido fuese creciendo gradualmente, decidió la empresa facilitarla esos medios.

Y en aquellos días se escribieron expresamente para la artista las siguientes canciones:

«Los achares», letra de Montesinos, música de

Badía; «Mi serrano», de los mismos autores; «La pena pena», letra de Cánovas, música de La Puerta; «El cocotero», letra y música de García Alvarez; «El columpio», del mismo autor, y «Mi azotea», letra de Montesinos, música de La Puerta.

Todas estas canciones las creó Amalia Molina y las estrenó en aquella temporada con un éxito inmenso.

Entre ellas intercalaba un número de la zarzuela «El caramelo», y el pregón del niño de las escobas y de los escobones.

CAPITULO V

CAMINO DE LA POPULARIDAD

La casa de huéspedes. — Una tragedia en una vela. La portada de «Nuevo Mundo». — ¡ Esa soy yo ! Aumenta el vestuario. — En lucha con la sicalipsis. — Un número nuevo. — Su parecido con Loreto Prado. — En Barcelona. — De la escena al bombardino. — Otra vez en Madrid. — Una noche de escándalo en «Novedades».

Amalia Molina no tardó en hacerse popular. Al mes de su presentación en Actualidades, era una de las artistas mimadas del público madrileño.

Seguía hospedándose en la casa número 15 de la calle de la Aduana. En ella pasaron grandes incomodidades y estrecheces. Tía y sobrina ocupaban un cuartito interior, donde el calor era horrible. No había luz eléctrica, y se alumbraban con una vela. Una noche, hallándose la artista estudiando la canción «Mi serrano», la llama de la vela le prendió las cuartillas, destruyéndolas totalmente. ¡ Qué disgusto tan enorme ! Al día siguiente llegó, apuradísima, al teatro, y refirió al director artístico el contratiempo. Montesinos la sacó del trance, facilitándole otra copia de la canción.

Luego una alegría muy grande vino á compensarla del disgusto.

Al pasar por la Puerta del Sol vió en un kiosco un ejemplar de *Nuevo Mundo*, en cuya portada aparecía su retrato, un retrato magnífico que pocos días antes habíale hecho Franzen. Compró el ejemplar, contempló la portada repetidas veces llena de júbilo y fuéla después enseñando á cuantas personas conocidas se encontraba.

En aquellos días aumentó su modestísimo vestuario de artista, á pesar de que el corto sueldo que ganaba en Actualidades no le permitía grandes estipendios. Se hizo otra falda de volante para el pasa-calle cantado «Viva mi tierra», que le escribió Montesinos, y un vestido de flamenca con tres volantes de azabache.

Desde el primer día, sus trajes de artista fueron recatados, honestos, de escasísimo descote. Quería triunfar por el arte y no por la obscenidad y el desnudo, entonces tan en boga. Y cuanto más sicalíptica era la artista que le precedía en la sección, más empeño ponía Amalia, al salir á escena, en ejecutar un arte moral, estético, que hablara al espíritu y no á la carne.

Su deseo era llegar á hacerse aplaudir del público de señoras.

En esta teoría sustentada por Amalia, justo es consignar que la imitaron notables cancionistas y bailarinas.

A los cinco meses de actuar en Actualidades, alternaba con las estrellas de la casa, que lo eran la Fornarina y la Pastora Imperio. Logró tal cosa porque trajo á la escena un nuevo número, algo que no era el cuplé, ni el garrotín, ni la farruca, sino la canciones populares que al pueblo entusiasman, por-

que son obra de su inspiración y de su musa. Sus cartageneras, sus soléares, sus malagueñas, sus marianas, tuvieron un éxito definitivo. A los once meses le señalaron un sueldo de veinticinco pesetas. Se hizo entonces el traje de torero con falda y otro corto de hombre.

En aquellos días hubo varios periódicos que, al juzgar el trabajo de Amalia, dijeron que esta artista por su arte, su gracia y su desenvoltura, tenía un gran parecido con Loreto Prado.

Tal juicio metió en Amalia el deseo de conocer á la popular tiple cómica. A Montesinos le preguntó cómo era, y el director artístico de Actualidades le hizo, á grandes rasgos, el retrato de Loreto, y añadió :

—Bien orgullosa puedes estar de que te comparen con artista de tanto mérito.

Estas descripciones aumentaron la curiosidad de Amalia. Una tarde, después de haber hecho la primera sección, pidió permiso á la empresa de Actualidades, para ir á ver á Loreto.

Le fué otorgado el permiso y marchó rápidamente al teatro Moderno donde en aquella época actuaba la célebre tiple. Iba con su tía. Tomó dos butacas para la sección de las siete, y penetró en la sala del coliseo.

Aquella vez era la primera que la cancionista iba á butaca á un teatro. Siempre había asistido á las representaciones desde las delanteras de paraíso ó de galería.

En aquella sección pusieron en escena «Las estrellas». Amalia no perdió detalle del trabajo de Loreto, saliendo encantada de su labor y de su ingenio. Le hizo mucha gracia la canción de

Retrate, por Dios, Pepito.

Quando llegó á Actualidades, iba cantándola. Trece meses trabajó en el teatrillo de la calle de Alcalá. En Julio de 1905 fué contratada para Barcelona con sesenta pesetas diarias. Actuó en el teatro de la Gran Vía y obtuvo un éxito tan ruidoso como en Madrid.

Una noche ocurrióle un lance peregrino. Interpretaba el número de «Caramelo», vestida, como es sabido, con traje corto de hombre. El canto lo adornaba con baile. Al dar una vuelta, junto á la batería del escenario, hízolo tan violenta y rápidamente que, perdiendo el equilibrio, fué á caer sobre la orquesta, metiendo la cabeza en el bombardino. El público, atónito en un principio, prorrumpió después en una sonora carcajada. Amalia, que afortunadamente no había sufrido daño alguno, restituyóse al escenario, riendo también el lance que resultó cómico en extremo.

En el mes de Agosto de 1905 volvió la artista al Salón de Actualidades de Madrid. Entonces se cambió de casa, instalándose en un cuartito muy mono de la Plaza de Bilbao, número 2.

Con la misma empresa y ya ganando cuarenta pesetas diarias, pasó después al teatro de Novedades. La compañía era soberbia; figuraban en el cartel las artistas más célebres de aquella época.

Una noche ocurrió lo siguiente:

Anunciaron el debut de la tiple de zarzuela la Linares, que se pasaba á las varietés. Con este motivo se agotaron los billetes. Llegó la hora de comenzar la representación, y la tiple no había llegado al coliseo. La esperaron diez minutos, quince, veinte. El público se impacientaba. Poco después un escándalo formidable surgía como protesta de aquella tardanza en levantar el telón. Hubo, al fin, que co-

menzar el espectáculo. La empresa anunció al público lo que sucedía, añadiendo que, en sustitución de la Linares, trabajarían otras artistas de gran mérito.

No satisfizo esto á los *morenos*; arreciaron, por el contrario, en la protesta. La primera artista que salió á escena, fué recibida con una pita horrible; la segunda corrió igual suerte, la tercera tampoco pudo acabar su número. Las siguientes fueron también víctimas de la indignación del público contra la empresa.

Tocóle en esto salir á Amalia Molina. Al aparecer en escena, ejecutando un pasacalle de saludo, una nueva pita resonó en toda la sala.

Algunos admiradores de Amalia que ocupaban las plateas próximas al escenario, gritaron á la artista:

—Retírate, Amalia, y no vuelvas á salir, que á ti no queremos silbarte.

—Pues he de salir y habéis de aplaudirme—respondió Amalia, procurando que sólo la oyesen sus amigos.

Y metiéndose en una caja, gritó al director de orquesta:

—¡Maestro! El tango del «Género ínfimo».

La orquesta comenzó en el acto á preludiar este número, ahogándola el alboroto del público. Salió nuevamente Amalia y cantó las primeras notas entre la misma protesta, pero al llegar al estribillo de «llamaré á San Pedro» cesaron los gritos, se hizo el silencio y los que más habían protestado, quedaron suspensos del arte y de la gracia de la cancionista. Al finalizar el número, estalló una ovación entusiasta, delirante.

El conflicto estaba vencido. Amalia Molina ha-

bía obrado el milagro. La representación pudo continuar sin más incidencias desagradables, y la empresa se salvó de un serio y gravísimo disgusto.

En aquellos días trabajó también Amalia en dos fiestas que se celebraron en Madrid.

Una fué en el teatro Real, á beneficio de la Asociación de la Prensa. La otra en los salones de «Blanco y Negro», en honor de los príncipes y delegados regios extranjeros, que habían venido á la corte de España con motivo de la coronación del rey don Alfonso XIII.

CAPÍTULO VI

TIPLE CÓMICA

En la Zarzuela. — Cómo se vence la dificultad de una nota. — Un consejo acertado. — Una decisión inquebrantable. — Vuelta á las varietés.

Al terminar la campaña de Novedades, pasó nuestra biografiada, con la misma empresa, al teatro de la Zarzuela.

Allí actuó durante dos meses con éxito creciente.

Terminó aquella empresa de varietés, y la sustituyó, en el mismo coliseo, otra de género chico, dirigida por Pablo Arana.

Este popular actor, que vió en Amalia un gran refuerzo para su compañía, le hizo proposiciones ventajosas con el propósito de que ingresase en ella como tiple cómica. En un principio dudó la cancionista; al fin, logró Arana convencerla con las seguridades que le dió de que en el género chico lograría más rápido y beneficioso triunfo.

Amalia, pues, fué tiple cómica, en la citada compañía durante un mes.

Tomó parte, principalmente, en las obras «Venus-Salón» y «Género ínfimo».

En la primera hacía el papel de la mora, y en uno de los números que cantaba había una nota aguda que no le era posible emitir, porque entonces no tenía la voz bien impostada.

Esto hubiese constituído para otra tiple una dificultad insuperable; pero nuestra biografiada supo vencerla con su ingenio y su dominio sobre el público.

Al llegar el temido momento, el maestro Barrera, por indicación de la artista, apretaba la orquesta, y la tiple, en lugar de dar la nota, la accionaba únicamente, extendiendo los brazos y abriendo la boca como una diva del Regio Coliseo.

Las primeras noches no cayó el público en la cuenta. Luego descubrió la habilidad, pero el éxito de Amalia fué todavía más grande. Lejos de indignarse el auditorio, esperaba impaciente el momento de la nota, y hacíale tanta gracia el truco de la artista, que una ovación de simpatía y de regocijo premiaba su ingenio.

Amalia, sin embargo, no vió franco el camino del nuevo género que había comenzado á cultivar. No respiraba á gusto en aquel ambiente. Por añadidura, consejeros tan inteligentes como los distinguidos periodistas y escritores don Javier Betegon, don Alejandro Saint Aubin, don Luis Gabaldón y don Pascual Frutos hiciéronle ver que era lástima que la aureola popular y brillantísima que había conquistado en breve tiempo en el escenario de la cancionista, la perdiese como tiple cómica de zarzuela, donde no llegaría jamás á ser una primera figura, como lo era en el género de varietés.

Estas razones, acertadísimas y sinceras, influye-

ron en el ánimo de Amalia. Una tarde, al terminar el ensayo de «La corrida de toros», comunicó al director su propósito de separarse de la compañía. Pablo Arana intentó disuadirla. Fueron inútiles sus argumentos. La artista, firme en su decisión, abandonó la Zarzuela.

CAPÍTULO VII

EL TRIUNFO EN SEVILLA

Un amanecer en el expreso. — ¡ Sevilla de mi arma ! — El debut. — Exitos y ovaciones. — La envidia de un maleta. — El gorro de don Juan Tenorio. — Recordando la infancia.

El expreso de lujo avanzaba velozmente camino de Sevilla.

Era una madrugada de Diciembre. Comenzaba á amanecer, y una niebla húmeda se oponía al paso de la luz nueva, que luchaba por disipar las sombras y enseñorearse de la campiña andaluza.

En un departamento de primera clase y pegadas á los cristales de la ventanilla, dos viajeras avizoraban el paisaje. Una era muy joven. La otra, sin llegar á la madurez, aventajábala en años.

Aún no se veía claramente. Aquel amanecer de invierno era lento, borroso, sin carmín en las nubes y sin la estrella de la mañana brillando en el firmamento. La luz del sol, en lucha con la neblina, fué poco á poco extendiéndose y dejando al descubierto contornos y figuras.

— Ya se ve má—dijo la joven—. Va á haber un día delisioso.

—¿Fartará mucho pa llegá á Sevilla?—preguntó su compañera.

—Poco má de dos horas. ¡Qué gana tengo de verla, Dios mío!—Y saltaba de gozo en el asiento.

Habían dormido á ratos, sin que el afán que les acuciaba diéraseles espacio para un largo reposo. Y las primeras claridades del día habían acabado de ahuyentar su sueño.

Las dos viajeras, que no eran otras que Amalia Molina y su *chacha Matilde*, regresaban á la capital andaluza al cabo de año y medio de lucha en los Madriles, y el deseo de contemplar á su Sevilla inolvidable, manteníales en aquella impaciencia.

La alegría del retorno, les compensaba los sinsabores sufridos. La cancionista que una noche triste abandonó su tierra, dejándolo todo, hasta los catorce reales diarios que su arte le producía, regresaba á la capital andaluza triunfante, en pleno éxito, con un contrato para el teatro Duque, con setenta y cinco pesetas diarias.

No era preciso que ninguna compañera *cariñosa* saliese á esperarla á la carretera. Volvía como lo había jurado, con la aureola de la popularidad y un renombre artístico sólo cotizable por las grandes empresas.

El expreso corría sin detenerse en la mayoría de las estaciones, pero aún era más rápido el avanzar de la mirada de la artista, anhelando descubrir allá lejos, en el confín del horizonte, recortándose sobre el azul intenso del cielo sevillano, la silueta gentil y esbeltísima de la Giralda.

El sol, que había ya levantado la niebla y evaporado el relente de la mañana, lucía espléndido.

Amalia sentía que el corazón le bailaba un chotis dentro del pecho. Una hora escasa de amorosa con-

templación de la campiña andaluza, luego la visión anhelada de Sevilla ; por fin, el andén de la estación y los saludos alegres y alborotadores de los numerosos amigos que habían acudido á recibir á la artista. ¡ Cómo habían cambiado las cosas en poco más de un año !

En un coche se dirigieron al Hotel de Roma, donde se hospedaron.

Al día siguiente, 4 de Diciembre de 1905, debutaba Amalia en el teatro Duque, con éxito brillantísimo. Un público entusiasta la colmó de aplausos, de piropos, de felicitaciones.

En días sucesivos creció el triunfo. Unánime, reconoció el público sevillano los méritos de Amalia.

Solamente un sujeto, intentó destacarse frente al general parecer.

Fué uno de esos tipos representativos de la envidia, un antiguo vecino de Amalia conocido en el barrio por Manolillo el Maleta, á quien dolía la popularidad que la artista había logrado, mientras él, como torerillo, continuaba en el anónimo.

Dicho sujeto ocupaba todas las noches una butaca de la primera fila del teatro Duque. Cuando Amalia salía á escena, sacaba del bolsillo un periódico, abría sus hojas y poníase á leerlo en un gesto despectivo y como si el arte de la cancionista le aburriese. Esta actitud del maleta, reveladora de un espíritu mezquino, indignó, como era natural, á la artista. Pero no tardó Amalia en poner término á la grosería injustificada de su antiguo vecinito.

Cierta tarde topóse con él en una de las calles más concurridas de la población. Manolillo, al ver á la artista, intentó pasar inadvertido, pero Amalia le detuvo diciéndole :

—Hola, Manolillo, Ya te veo toas las noches

en el teatro y en primera fila leyendo el periódico. La primera ve que güelvas á haserlo, voy á asercarme á las candilejas y le voy á desir al público : «Este que veis ustés aquí es un sinvergüensa que se pone á leé er periódico envidioso de que yo haya triunfao mientras él continúa siendo Manolillo er Maleta».

No hubo más. Pero la amenaza de la artista dió un resultado maravilloso. Manolillo no volvió á repetir su hazaña.

La popularidad de la artista creció rápidamente en la capital andaluza. Cuando iba á pie por las calles, la gente la rodeaba, llenándola de piropos.

Cierta vez díjole uno, indicando el gorrito, adornado con una pluma, que tocaba su cabeza :

—¡ Viva la madre que la ha parío ! Hasta Don Juan Tenorio la ha dejao su sombrero.

Durante el tiempo que permaneció en Sevilla, no olvidó Amalia sus antiguos barrios, ni sus grandes devociones la Virgen de la Esperanza y el Señor del Gran Poder. Con frecuencia visitó aquellos lugares que tantos recuerdos infantiles le ofrecían.

CAPÍTULO VIII

EN PLENO ÉXITO

Vuelta á Madrid. — En el Kursaal Central. — Un paseo triunfal en Viernes Santo. — A provincias. En Oviedo. — Como Guerrita. — Las canciones asturianas. — Otros éxitos en la corte.

Durante los primeros meses de 1906 terminó el contrato que Amalia había firmado con la empresa del teatro Duque, de Sevilla, y regresó á Madrid, comenzando poco después una nueva campaña artística en el Kursaal Central de la corte, que acababa de inaugurarse.

La compañía de varietés que allí actuaba era magnífica. Figuraban en ella Anita Delgado, la hermosa artista malagueña que se casó después con el marajá de Kapukala, la Fornnaria, Pastora Imperio, Candelaria Medina, La Pilarcilla, Las Esmeraldas, Las Camelias, Las Olivares y los Sánchez Díaz.

Esta nueva campaña acabó de consagrar á Amalia Molina. Su popularidad era enorme.

Acompañada de la Fornarina, salió aquel año el día de Viernes Santo á recorrer los monumentos. Vestían las dos trajes de blonda negra, calzaban zapatos primorosos que asomaban bajo sus faldas como

asoman á los ojos las tentaciones del deseo, y tocaban sus cabecitas gentiles con la clásica mantilla española. En el pecho, un manojo de claveles prendía las miradas de la gente. Por cuantas calles recorrieron, seguías la donosura y el piropo. El público las fué cercando de tal modo, llevado de su admiración por aquellas hembras, que al llegar á la Equitativa se promovió un tumulto. El alcalde de Madrid, allí presente, hubo de intervenir para suplicar á los curiosos que dejaran el paso franco á las artistas.

En Julio y Agosto del mismo año trabajó Amalia en el teatro Trinidades, de Lisboa. Cobraba veinte duros diarios.

El resto del verano lo pasó en San Sebastián y Biarritz descansando.

En Octubre siguiente actuó en el teatro Circo Villar, de Murcia.

Durante Noviembre y Diciembre cumplió en Oviedo el contrato que tenía con la empresa del Café de Madrid, donde acababan de actuar la Fornarina, Lulú y Pastora Imperio.

En un solo día trabajó Amalia en Oviedo en tres teatros distintos. Véase cómo: Aun cuando el Café Madrid era un establecimiento culto y simpático, no asistían señoras á las representaciones que allí se celebraban. Esto impedía que el público femenino aristocrático de la capital de Asturias pudiera ver trabajar, como era su deseo, á la genial artista que tan ruidosos triunfos obtenía en aquella población. Ideó sin embargo, para lograr sus propósitos, un medio que forzosamente había de dar el resultado apetecido.

Las señoras pidieron á la empresa del cinematógrafo Fruela que contratase á Amalia Molina. Esta

recibió en el acto proposiciones, y las aceptó complacidísima por satisfacer el deseo de las damas aristocráticas. Y comenzó á trabajar en Fruela en la sección de las siete de la tarde.

En el día á que nos referimos, la labor de Amalia fué la siguiente.

En las primeras horas de la tarde trabajó en el Circo á beneficio de una compañía ecuestre que, habiendo fracasado en su empresa, no tenía dinero para abandonar aquella población.

En tal estado, los pobres titiriteros acudieron á Amalia para que tomara parte en el beneficio, única manera de que el público agotase las localidades.

Amalia, caritativa como siempre, aceptó. El lleno fué enorme. Los artistas del Circo la recibieron á los acordes del pasodoble «La Giralda», expresándola públicamente su gratitud.

A las siete de la tarde volvió á trabajar nuestra biografiada en la sección del cinematógrafo Fruela, y por la noche hizo las secciones que le correspondieron en el Café Madrid.

Hablando de este esfuerzo de Amalia, dijo un periódico local, «El Correo de Asturias», que sólo era comparable al que realizó «Guerrita» toreando tres corridas en un día.

En el Café de Madrid le abonaban á Amalia por su trabajo 70 pesetas diarias, y 50 en el cinematógrafo Fruela. Reunía, en total, un gran sueldo.

Durante el tiempo que estuvo en Oviedo, surgió en nuestra biografiada la idea de incorporar á su repertorio de canciones populares andaluzas, las de Asturias y las de otras regiones españolas.

A este fin fué á las aldeas, asistió á las romerías, oyó el eco de las canciones en plena montaña, y las aprendió á cantar con el estilo de la tierra.

En Oviedo le hicieron también el traje de asturiana, y allí interpretó por primera vez el «potpurri» de canciones de la tierra, que le escribió el maestro Baldomero Fernández.

También aprendió el baile asturiano, sobre el propio terreno.

Inútil creemos decir que el éxito que Amalia Molina obtuvo en Oviedo, superó á toda ponderación.

En los primeros meses de 1907 trabajó en Bilbao y en el Kursaal Central de Madrid por segunda vez.

Entonces tomó parte también en una fiesta que se celebró en la Legación de Méjico y en la del Sainete, que se verificó en el teatro Español.

En esta última trabajó por primera vez ante los Reyes de España, que la aplaudieron mucho.

CAPÍTULO IX

LO QUE EL DOLOR ENSEÑA

Una operación quirúrgica. — En el Sanatorio del doctor Gutiérrez. — Asturias... — Una monja complaciente y una travesura peligrosa. — ¿Cómo está la sevillanita? — Frases de la Fornarina.

¡Curada!

Hacia tiempo que Amalia Molina notábase delicada de salud. Las molestias de la enfermedad fueron acentuándose poco á poco.

La artista, sin embargo, continuaba haciendo la vida ordinaria, sobreponiéndose á su dolencia. Personas que la profesaban verdadera estimación, como lo demostraron más tarde, la aconsejaban constantemente que consultara con un especialista.

Al principio opuso alguna resistencia. Luego, rindiéndose á los cariñosos requerimientos de sus amigos, decidió visitar al eminente tocólogo conde de San Diego.

Y el día 9 de Abril de 1907 se presentó en el domicilio de don Eugenio Gutiérrez, que entonces vivía en la calle del Conde de Xiquena, acompañada de la prestigiosa modista de teatros Marina Fernández.

Su *chacha* Matilde no tuvo valor para hacerlo.

El conde de San Diego acogió á la artista cariñosamente. Hízola un detenido reconocimiento, manifestándole, al terminar, que padecía un tumor en el vientre.

No presentaba por entonces la dolencia gravedad inminente. Podía aplazarse la operación por algún tiempo, pero llegaría un instante en que la extirpación del tumor se haría absolutamente necesaria, dificultando el éxito las dilaciones y las esperas.

Amalia, al conocer este diagnóstico, manifestó al doctor, con gran entereza de ánimo, que se hallaba decidida á operarse cuando fuera preciso.

—Pues dentro del menor plazo posible—le contestó el ilustre tocólogo.

Una semana más tarde ingresaba la cancionista en el Sanatorio que el conde de San Diego tenía establecido en la calle del General Martínez Campos.

Las religiosas, á cuyo cargo corría el cuidado de los enfermos, recibieron á Amalia cariñosamente, alentándola y prometiéndola un rápido restablecimiento.

Ultimados los preparativos, don Eugenio Gutiérrez procedió á la operación quirúrgica, que tuvo un feliz éxito. Amalia se había encomendado con gran fervor al Señor del Gran Poder y á la Virgen de la Macarena.

—En el instante de serme aplicado el cloroformo—nos dijo la artista—redoble mis fervores y á manera que fué durmiéndome, veía la hermosa imagen del Señor del Gran Poder lo mismito que si estuviera en su capilla.

Al día siguiente de haber sido operada Amalia, nació el príncipe de Asturias, asistiendo al alumbramiento de la reina el doctor Gutiérrez, como médico de cámara.

Cuando lo supo la artista, sintió viva emoción, considerando que las mismas manos que le devolvieron la vida, habían recibido en los umbrales de ella al niño llamado á tan grandes destinos en la Patria.

Por añadidura, el nombre de Asturias tenía para Amalia algo de providencial. Esto del príncipe, y el ser también de Asturias quien...

La mejoría de nuestra biografiada se inició rápidamente. Dos hermanas de la Caridad cuidaban de ella noche y día. Guarda gratísimo recuerdo de aquellas religiosas.

—Eran mu buenas—nos dijo—; mu cariñosas. Unas verdaderas santas.

Llamábase una sor Felicité y era de carácter afa-ble, dulce, sumisa, complaciente. Mimaba á los enfermos, rodeándoles de ternura, y muchas veces, sin faltar, naturalmente, á sus obligaciones, acudía á satisfacer esos pequeños caprichos que suelen mostrar los que sufren en el lecho del dolor.

Sor Vicenta llamábase la otra religiosa dedicada al cuidado de la cancionista. Era más áspera, menos expresiva que sor Felicité. Gustaba de obedecer exactamente las órdenes de los médicos, y de hacer observar la más rigurosa disciplina.

El conde de San Diego había dicho, refiriéndose á Amalia :

—A esta enferma hay que tratarla como en el cuartel.

Y sor Vicenta, fiel á la consigna, extremaba sus cuidados y redoblaba sus atenciones, pero no accedía á los pequeños caprichos de la enferma. No así sor Felicité.

A los quince días de la operación, Amalia, ya muy repuesta, hubiera podido abandonar el Sana-

torio para completar su restablecimiento en su domicilio, situado entonces en la plaza de San Gregorio, pero la querían tanto las monjas, se encontraba entre ellas tan á gusto, que decidió prolongar su estancia en el Sanatorio.

A los doce días de haber observado dieta absoluta, dispuso el doctor Gutiérrez que comiera solamente un trozo de pescado frito. Amalia que había recobrado ya el apetito, rogó á sor Felicité que la facilitase un pedazo de pan. La religiosa negóse al principio á complacer á la enferma. Luego, conquistada por los halagos y las súplicas de la paciente, cedió. Hurtándose á las miradas de sor Vicenta, trajo á la artista lo que le pedía.

Caro pudo costar á todos aquella complacencia. Amalia comió el pescado y el pan con verdadera fruición. Luego, aprovechando un momento en que la dejaron sola, cogió una botella de agua que habían olvidado sobre la mesilla de noche, y se bebió de un sólo trago más de la mitad, aun cuando la habían prohibido tal cosa de una manera absoluta.

Y ocurrió lo que no podía menos de suceder. A las tres horas experimentaba la enferma un acceso febril de bastante gravedad. Alarmadas las monjas avisaron al doctor Gutiérrez. Este comprendió en el acto que aquella recaída había sido motivada por alguna infracción del plan curativo de la paciente. Trató de inquirir los motivos de la repentina agravación, y sor Felicité. confesó su falta.

La artista, acosada por las preguntas del conde de San Diego, sobre si había bebido agua, tuvo también que declarar su travesura.

Siete días duró la gravedad y la alarma. Al cabo de ellos volvió á iniciarse la mejoría, que fué acentuándose poco á poco.

A los cuarenta días de haber ingresado en el Sanatorio, abandonó Amalia el establecimiento completamente restablecida. Se despidió emocionada del conde de San Diego, quien á más de haberla devuelto la salud, habíala tratado siempre con tanto cariño.

—Cuando acudía á visitarme—nos dijo nuestra biografiada—me hablaba siempre en andalú. Y solía exclamá : Vamo á vé : ¿ cómo está la sevillanita ?

Todas las monjas salieron también á despedirla, abrazándola cariñosamente. Amalia quiso dejar una prueba de su gratitud á la superiora de la Comunidad, á sor Felicité y á sor Vicenta, y las regaló tres medallas de oro, para el rosario. Los estatutos de la Orden prohibían á las religiosas usar medallas de oro, y hubo que pedir autorización á la madre generala. Esta concedió el permiso especial, y, merced á esta gracia, usan las tres religiosas el regalo de la artista.

Durante el tiempo que Amalia permaneció en el Sanatorio fué visitadísima por sus compañeras, y admiradores. La Fornarina iba á diario á verla. Ya en aquella época minaba el organismo de la inolvidable Consuelo la enfermedad que la llevó al sepulcro. La habían también aconsejado repetidas veces que se operase, sin que ella se encontrara nunca con ánimos para decidirse. Contemplando á Amalia, junto á la cabecera de su lecho, solía Consuelo exclamar con frecuencia, llena de amargura :

—¡ Si yo tuviese valor... !

También acudieron muchas veces al Sanatorio, interesándose por la salud de Amalia, Pepita Sevilla, Candelaria Medina, y los distinguidos periodistas y escritores Javier Betegon, Alejandro Saint Aubin, Luis Gabaldón y Eduardo Montesinos y Asen-

jo. De provincias recibió la enferma numerosos telegramas y cartas. Muchas señoras de Madrid, á quienes la paciente no trataba, enviaban con frecuencia á sus criados al Sanatorio del doctor Gutiérrez, para conocer el estado de la artista.

La prensa, en aquella ocasión, dió igualmente prueba de su cariño á la cancionista.

La primera vez que Amalia pisó la calle después de la operación, vestía el hábito del Señor del Gran Poder, hábito que ofreció para que Dios la sacase con felicidad del terrible trance.

Este hábito lo usó durante seis meses consecutivos, y lo llevó también en la procesión de Semana Santa, de Sevilla, en aquel año, detrás de la famosa imagen. Lo mismo hizo en los tres años siguientes y como no podía por esta causa cantar las saetas al Señor del Gran Poder, por ir en penitencia, se las cantó á la imagen de los Dolores.

La gratitud que guardó siempre para el doctor Gutiérrez, fué inquebrantable. Al enterarse el 27 de Julio de 1914 de que el conde de San Diego había fallecido en Cabezón de la Sal, provincia de Santander, envió á la familia un expresivo telegrama de pésame.

—Aquella operación quirúrgica—nos dijo muchas veces Amalia— fué providencial para mí. No sólo alejé con ella una terrible dolencia física. Me curó á la vé moralmente. En aquellos días memorables vi yo con clariá lo que es er mundo y lo poco que suponen las glorias y las vanidades. Se modificó mi temperamento, se purificó mi espíritu y en el arma me creció un afán mu grande de seguir por la vía la senda de los buenos y de los honrados.

En el mes de Julio de 1907 marchó Amalia á San Sebastián para acabar de reponer su salud.

CAPÍTULO X

VUELTA A LA VIDA

Para reponer la salud. — Viajes por Francia.—La ruleta y los luises. — En Lourdes. — En París. «La Giralda es mayó».

Desde la capital de Guipúzcoa se trasladó Amalia á Biarritz, acompañada de su tía. Allí pasó otros meses descansando. Iba con frecuencia al Casino, donde era solícitamente atendida por sus admiradores. Tras de algunos ratos de amena charla con las personas de su amistad, recorría la sala de juego.

Aquel espectáculo la entretenía. La ruleta, especialmente, era objeto de su predilección, pero como mujer juiciosa y reflexiva, nunca expuso grandes cantidades. Cinco francos era su mayor postura. Jugaba no por la atracción que sobre ella ejerciese el juego de azar, sino por seguir la costumbre que en esos Casinos han establecido las mujeres.

Una tarde ocurrióle un caso peregrino. Lo relataremos.

Pidió cambio y se lo dieron en piezas de luises. No se fijó en ello la artista. Creyéndolas piezas de cinco francos, puso tres á un número, cosa que nunca

había hecho. Las personas que la acompañaban y que conocían la *cobardía* de Amalia para el juego, se sorprendieron grandemente ante aquel inesperado arresto de la cancionista. Entre ellas se cruzaron miradas de júbilo, de admiración, y al advertirlas Amalia, exclamó muy convencida :

—Fíjense ustedes qué valiente estoy. ¡ Juego tres duros !

—¿ Cómo tres duros ?—la dijeron—¡ Esas fichas son de veinte francos !

Oír esto Amalia y recoger el dinero y retirarse de la mesa, todo fué uno.

Desde Biarritz continuó la artista su viaje de recreo por Bayona y Burdeos, donde se celebraba la Exposición internacional Marítima. Desde este punto se trasladó á Lourdes, deseosa de participar de las emociones místicas que tanto le habían ponderado.

Le gustó mucho la gran basílica y oró con devoción ante la famosa gruta, pero no acabó de convenecerle aquel ambiente. Juzgóle poco adecuado para las sinceras manifestaciones de la fe. Se veía demasiado la mano de la explotación francesa.

Amalia, por añadidura, no atinó á comprender aquella modalidad extranjera ; no le atraía la imaginaria, ni los ornamentos, ni el mismo clero. Muchas cosas las juzgaba exóticas, inadecuadas á su temperamento, fuera de su propia y andaluza manera de ver la religión.

Allí, en el centro del catolicismo francés, se acordaba de su Sevilla, del Señor del Gran Poder y de la Macarena, y esas, esas imágenes eran las verdaderamente reveladoras del dolor cristiano, las que mejor hablaban á su corazón, las que personificaban el hondo misterio. Como el poeta, Amalia

Molina cree que el dolor debe estar en los altares.

Ciertas prácticas á que se sometían algunos enfermos, parecieronle del mismo modo inadecuadas. En cambio le gustaron mucho las procesiones que por la noche se celebraban y las fantásticas combinaciones de luces.

Desde Lourdes marchó la artista á Orleans, Versailles, y, por último, á París. En la capital de Francia pasó cinco meses. Recorrió todos los teatros y conciertos, visitó los museos, exposiciones y edificios notables, y, en una palabra, vió cuanto de notable encierra París.

En alguna de sus visitas la acompañó la Fornarina, á la que la unió siempre un sincero cariño y la leal amistad de nobles compañeras. Consuelo acababa de debutar entonces, con buen éxito, en el Apollo Theatre.

Un día fué con ella y con otros españoles á ver la Torre Eiffel. Al divisarla, no mostró Amalia gran admiración. Por el contrario, se dibujó en sus labios un mohín de indiferencia y dijo:

—¿Esta es la Torre Eiffel? La Giralda es mayó.

—¿Pero cómo dices eso, chiquilla?—le contestaron los que la acompañaban—. ¡ Si esta torre tiene trescientos metros de altura y la Giralda no pasa de cien!

Rindiéndose á este argumento, pero no á la belleza de la torre, replicó Amalia.

—Bueno; lo que queráis. Pero es má bonita la Giralda.

De los artistas que vió en los teatros y conciertos de París, le gustaron mucho á Amalia la Otero, que á pesar de sus años seguía llenando el Alhambra, la Lantené, Fracson y Mayol.

La empresa del teatro Apollo ultimó un contrato

con nuestra biografiada, pero no llegó á debutar porque á los pocos días cerróse el coliseo.

También intentaron hacerla otro contrato para Londres, pero Amalia lo rechazó por el miedo que tenía á embarcarse y á pasar el canal.

CAPÍTULO XI

OTRA VEZ EN EL ARTE

En Cartagena. — Por olvidarse de Triana. — El huerto del cura. — Varias anécdotas.

Amalia y su tía regresaron á España en el mes de Diciembre de 1907.

En Enero de 1908 reanudó sus tareas en el Salón de Actualidades, de Cartagena, con veinte duros diarios. Ya no trabajaba menos de ese precio.

El público, tras de la ausencia de varios meses á que la obligó el restablecimiento de su enfermedad, recibió á la artista con el cariño y las ovaciones de siempre.

De aquellos días cuenta Amalia el siguiente lance :

—Una noche comencé á cantar esta copla :

El día que yo nasí
repicaron las campanas,
y toa la gente desía
esta viene á honrá Triana.

Bueno ; pues se me olvía lo de «honrá á Triana»,

y me queo con *la gente*, sin sabé qué desí. Los segundos me paresían siglos. Al fin uno del paraíso, exclamó con voz de trueno: «¡Hija mía; que tiés que honrá á Triana!» «¡Grasias, chiquillo!» contesté yo, haciendo reí al público.

Desde Cartagena se trasladó á Murcia; luego á Vigo y á Santiago, y, por último, á la corte, para trabajar en el Salón Madrid.

Cumplido este contrato, marchó á Alicante y á Elche.

En este último punto visitó la palmera del célebre huerto del cura. Este señor, que era un viejecillo simpático y amable, recibió á la artista cariñosamente y la refirió este sucedido:

«Hace algunos meses vinieron á visitar la palmera dos jóvenes elegantemente vestidos que se presentaron como los hermanos Quintero. Yo, como era natural, tratándose de personas tan ilustres, redoblé las atenciones que procuro guardar á cuantos me visitan, sentándoles á mi mesa. Cuando iban á despedirse, les invité á que firmaran en el álbum que poseo y que encierra ya valiosos autógrafos y hermosos pensamientos de personalidades insignes. Ellos accedieron gustosos á mi súplica, pero me rogaron que no leyese lo que habían escrito, hasta que hubieran abandonado el huerto.

»Así lo hice. Cuando ya ausentes fui á leer su autógrafo, vi con sorpresa que habían estampado un insulto para mi dignidad sacerdotal. No conozco personalmente á los hermanos Quintero, pero desde el primer instante comprendí que había sido víctima de la grosería de dos sujetos usurpadores del nombre ilustre de los aplaudidos literatos».

Amalia comprobó que los individuos de referencia habían sido dos impostores. Ni la letra, ni la rú-

brica eran las de los hermanos Quinteros. Así se lo manifestó al cura, haciéndole un elogio merecido de los ilustres dramaturgos.

Trabajando, poco después, en Málaga, observó que dos jóvenes artesanos ocupaban todas las noches dos butacas de la primera fila.

La última de esas noches, los jóvenes aludidos, abriéndose repetidas veces las americanas, parecían mostrar el pecho á la artista.

—¿Qué queréis desí? Les preguntó Amalia, en uno de los giros de su baile y sin que el público lo advirtiese.

—¡Que cuándo te vas! Mira que por vení á verte toas las noches hemos empeñado hasta el chaleco.

En el mismo teatro, oyó otra noche, al acabar de cantar una copla :

—¡Amalia de mi arma! No te mueras nunca.

—Como si dependiera de mí ex morirme—nos decía después la artista, comentando graciosamente el hecho.

Fué después á Zaragoza, comenzando á actuar en el Salón Farrusini.

Desde el momento de su debut, se agotaban las localidades para la sección en que Amalia tomaba parte. En cambio, era lamentable el vacío en las otras.

Un día comenzó la gente á llenar el teatrillo en una de las secciones en que la cancionista no trabajaba.

Sorprendido el empresario, pensó, lógicamente, que todo aquel público entraba creído de que Amalia trabajaría. ¿Pero cómo anunciarle su equivocación? Era preferible esperar los acontecimientos.

Así fué. Comenzó el espectáculo, y los diversos

números que lo componían se hicieron ante la indiferencia del público.

Al acabar la sección surgió un escándalo formidable. El público pedía que Amalia Molina trabajara. Ante la actitud resuelta del auditorio de no abandonar el saloncillo, un representante de la empresa subió al escenario para decirle que la cancionista no podía trabajar en aquella sección porque no estaba anunciada, y que así había tenido el público ocasión de verlo en el cartel.

A estas palabras replicó un espectador baturro, muy convencido :

—Es verdad ; el cartel no dice que trabaje, pero tampoco dice que no trabaje.

Este argumento reanimó á la gente, y se reprodujo el alboroto. Para aplacarlo tuvo, al fin, que presentarse en escena Amalia Molina, en traje de calle. Cantó una copla ; fué ruidosamente aplaudida, y el público abandonó la sala satisfecho.

Temeroso el empresario de que tal cosa volviera á suceder, decidió que los carteles de las secciones en que la cancionista no tomaba parte, anunciaron en grandes caracteres :

«En esta sección no trabaja Amalia Molina.» Con lo cual el argumento del baturro quedaba destruído.

De Zaragoza pasó Amalia á Logroño, debutando en el Salón de las Tres Bes. Marchó después al Salón Pradera, de Valladolid.

El público de la capital de Castilla la Vieja recibió á la artista, desde el primer instante, con entusiasmo inusitado. Todas las noches era objeto de sinceras manifestaciones de cariño, de admiración y de simpatía. Hízose popular rápidamente. El éxito que entonces obtuvo era el eco de un público entusiasta, que acabaría por aclamarla, como ocurrió más

tarde, por su artista predilecta. Desde entonces no ha dejado Amalia un sólo año de trabajar en Valladolid. En aquella época ocurrió una noche en el Salón Pradera, lo siguiente :

Cantaba la artista sus canciones entre el silencio religioso del público. De pronto, dos soldados de artillería, que ocupaban dos butacas de la primera fila, comenzaron á discutir, sin bajar gran cosa la voz.

—¡ Que sí !—decía uno.

—¡ Que no !—contestaba el otro—. Y poniéndose en pie añadió :—Debemos irnos ahora mismo. No está bien que dos artilleros permanezcan tranquilos ante dos cañones de 24, como son los ojos de esa mujer.

Y acabaron por irse, entre la estupefacción de la gente.

Desde Valladolid, fué la cancionista á Salamanca, donde continuó la serie de sus triunfos. Allí, para seguir ampliando su repertorio de canciones regionales, aprendió las de la tierra, y se compró un traje de charra magnífico.

Este traje tiene una brillante historia. Había sido premiado en Sevilla en un concurso de trajes regionales. Lo confeccionó una caminera salmantina para que lo luciese su hija cuando repicaran gordo, y lo bordó tan primorosamente, que basta decir, para alabar su mérito, que todo el bordado está hecho con mostacilla de colores.

En esta difícilísima labor invirtió la pobre caminera dos años, llegando casi á perder la vista.

Guardábalo con verdadero orgullo, pero llegó el momento de casar á su hija, y como no tenía dinero para la dote, decidió, á tales fines, desprenderse del traje, y se lo vendió á Amalia Molina en una crecida cantidad.

Desde entonces, siempre que la artista vuelve á Salamanca, recibe la visita de la caminera, que acude á contemplar el vestido de charra que ella hizo con tan extraordinarios primores.

Las canciones salmantinas que aprendió Amalia se las instrumentó el notabilísimo maestro Ledesma, y las estrenó en Salamanca con gran éxito.

Fué á continuación á La Coruña y allí permaneció algún tiempo, actuando brillantemente en el Salón París.

CAPÍTULO XII

EN LA HABANA

Un buen contrato. — El miedo al mar. — Nochebuena á bordo. — En pleno triunfo. — La frase de un empresario. — Varias fiestas y beneficios.

Al finalizar su contrato en el Salón París, de La Coruña, decidió Amalia aceptar las proposiciones que le había hecho una empresa de La Habana, y el 23 de Diciembre de 1908, embarcó en el vapor francés *La Champagne*, que aquel mismo día zarpó del puerto gallego con rumbo á las Antillas. Amalia no se había embarcado nunca; sentía cierta repugnancia á cruzar el Océano. Pero, ¡era tan tentador el contrato que se le había ofrecido! Tres meses y ganando diez mil pesetas cada uno de ellos.

Desde cubierta dió un adiós á su patria, que abandonaba por primera vez. El sexteto del barco, en el instante de zarpar éste, comenzó á tocar para distraer á los viajeros y dulcificar las tristezas de la despedida.

La artista contempló con lágrimas en los ojos, cómo iba quedándose atrás, empequeñeciéndose, esfumándose, la tierra querida de España.

Al otro día de navegación, celebróse la Navi-

dad. A pesar de los festejos que se organizaron á bordo, á Amalia le pareció que todas las caras estaban tristes.

Ella se acordará siempre de aquella noche memorable. Comenzó á marearse á las dos horas de estar en el barco, y no cesaba de exclamar :

—¡ Ay, Virgensita mía ! Esto es un castigo del cielo. Me voy á morir por ambisiosa.

A causa de esta indisposición estuvo cinco días sin salir del camarote.

Amalia hubiera querido interrumpir el viaje, quedarse en algún puerto para tornar á su tierra, pero el buque no hizo escalas.

El 2 de Enero de 1910, desembarcó en La Habana. Esperábalos los empresarios, muchos individuos de la colonia española y varios periodistas.

La empresa la había contratado para que trabajara en el teatro Martí, pero decidió que debutase en el Tacón (ahora Nacional) por ser más grande, en vista de la espectación que había producido su anuncio. Formaban programa con ella : Les Emma y Víctor y los notables y muy simpáticos duetistas Mari-Bruni, con quienes trabajó también en el teatro Colón, de Méjico.

La noche de su debut hallábase el coliseo completamente lleno. Ocupaban las localidades las personas más distinguidas de la colonia española.

Amalia fué saludada con una salva de aplausos. Cuando atacó las notas del «Adiós á Granada» y dijo

Adiós, Granada,
Granada mía,

el entusiasmo se desbordó unánime. Los aplausos y

vivas á España se repetían sin cesar. El debut de la cancionista constituyó un éxito resonante.

Cuando, al terminar el espectáculo fueron á felicitarla los empresarios, la dijeron :

—Al tener el gusto de conocerla, cuando desembarcó usted, pensamos, dada su pequeña estatura, que no se la iba á ver detrás de las candilejas, pero ahora vemos que ese escenario, con ser tan grande, es pequeño para usted.

En La Habana permaneció la artista seis meses, actuando en los teatros Tacón, Martí, Payret, Regio y Albisu. Celebró tres beneficios soberbios.

Además trabajó en los Centros Asturiano, Gallego y Andaluz. En este último la fiesta fué organizada en su honor.

También tomó parte, en unión de María Guerrero y Díaz de Mendoza, en una fiesta que se verificó en el teatro Tacón, á beneficio de la Sociedad de Autores Españoles.

Durante el último mes de su estancia en Cuba, trabajó en Matanzas, Santa Clara, Sagua la Grande, Caibarien y Cárdenas.

Celebró varios beneficios muy reproductivos. Uno de ellos le valió más de ocho mil pesetas.

CAPÍTULO XIII

EN MÉJICO

Por no comprender el inglés. — Las gardenias de Orizaba. — El perfume de los zorrillos. — Los «pelaos». — El derecho á «rajarse». — Un debut inolvidable. — Las diadas. — Una noche trágica y un terremoto inacabable. — A España.

Desde La Habana marchó nuestra biografiada á Méjico, embarcando en el vapor yanqui *Morro Castle*, el 1 de Julio de 1909.

Nadie en el barco hablaba el español, y como Amalia y su *chacha* Matilde no conocían el inglés, pasaron grandes apuros para hacerse entender. Las mayores dificultades eran para elegir en el comedor la lista de platos. Un día les sirvieron una chuleta con dulce. Gracias á un médico, compañero de pasaje, que se les ofreció á servir las de intérprete, pudieron las dos viajeras realizar felizmente el viaje y comer lo que deseaban.

Desembarcaron en Veracruz, partiendo inmediatamente para Méjico. En pocas horas el ferrocarril sube á dos mil metros de altura. Al llegar á Orizaba, y á pesar de lo avanzado de la estación, sentíase verdadero frío.

Amalia guarda imborrables impresiones de su

viaje á través de aquel país tan castigado por las luchas de los partidos.

Orizaba es un verdadero jardín, donde se cultiva con especialidad la gardenia. Por todas partes se ven plantas de esta flor, y su perfume lo llena todo. En cambio se da el caso raro de que las demás flores que por allí se crían no huelen.

En la estación compraron cestas enormes de gardenias por muy poco dinero.

Gratamente impresionadas seguían su viaje, cuando al ir aproximándose á las cumbres de Maltrata, se advirtió un olor profundamente desagradable. Los viajeros interrogaron á los empleados del tren por la causa de aquella pestilencia, y éstos explicaron el hecho.

Abundan por aquellos contornos unos animales llamados zorillos, por parecerse á los zorros. Estos bichos expelen un orín que es el que produce el mal olor, sirviéndoles de defensa contra los perros, sus mortales enemigos.

Otra cosa llamó poderosamente la atención de Amalia al llegar á Méjico.

En las inmediaciones de la estación estaban apostados, como suele suceder en España, numerosos hombres de pueblo á los que llaman «pelaos», con objeto de recoger las maletas de los viajeros.

Cuando éstos se las entregan, cargan con ellas y marchan delante lentamente. Pero suele suceder que á la mitad del camino el «pelao» se para, y volviéndose al viajero, le dice :

—Señor : me he rajao.

Con ello quiere dar á entender que se ha cansado ó que, sencillamente, no le da la gana seguir adelante.

Cuando esto ocurre, el viajero no tiene más re-

medio que buscar á otro «pelao» para que conduzca las maletas hasta el hotel, porque ni las autoridades ni nadie se preocupan de hacer seguir adelante al que se ha «rajao». Hay, por lo visto, perfecto derecho á «rajarse».

Amalia debutó en el teatro Alcázar, construído según el estilo árabe del Alcázar de Sevilla.

El éxito fué enorme. Al terminar sus canciones, oyó que el público gritaba :

—¡ Diana, diana !

La artista, sin comprender lo que esto quería decir, trató de retirarse de la escena, pero las personas que se encontraban entre bastidores, le dijeron :

—No se eche atrás, no se retire.

La orquesta atacó las notas de la «diana» en medio de los aplausos generales, y cuando terminó aquélla pidió otra y otra, hasta tres. La última, la oyó el público de pie.

Esta «diana» es un homenaje que los espectadores rinden á alguno que otro artista que se destaca por su arte. Algo así como la concesión de una oreja en las plazas de toros.

Estas «dianas» no se prodigan ; sólo se pide en los grandes acontecimientos teatrales.

El debut de Amalia mereció tales honores. Con ello está dicho todo. Muy conmovida, dió al final las gracias al público, vitoreando después á España y á Méjico.

A raíz de haber llegado la artista á la capital de la república mejicana los compañeros de hotel le advirtieron de los efectos de los terremotos, muy frecuentes de aquellas tierras, indicándole las precauciones que debía adoptar. Dijéronla, entre otras cosas, que no se acostase nunca sin dejar sobre lo mesa de noche velas y cerillas, pues las trepidacione-

suelen interrumpir la corriente eléctrica quedándose las casas á oscuras y constituyendo esto una dificultad para ponerse en salvo cuanto antes.

En efectó; á los seis ó siete días de hallarse Amalia en Méjico, despertó una noche sobresaltada. Advertíase un gran movimiento y ruido de cristales.

Creyendo que eran ladrones, encendió una luz, y cual no sería su sorpresa al observar que la lámpara de su habitación oscilaba como si fuera un incensario.

La tía de Amalia, que dormía en una cama de las que se cierran, quedó encerrada en el lecho por efecto de la trepidación.

Amalia, presa de gran pánico, sacó á su tía como pudo de la cama, cogió su joyero y un gabán de pieles y se dispuso á salir á la calle.

Antes se asomó al balcón, presentándose á su vista un espectáculo curioso. La gran plaza de la Avenida de Juárez donde está enclavado el hotel donde se hospedaba, hallábase desierta. Solamente en el centro de ella y de cara al teatro Nacional, se hallaba un indio de rodillas, con los brazos en cruz y la mirada puesta en el cielo, pidiendo á la divinidad que cesara el terremoto.

Amalia, horrorizada por esta contemplación, por las oscilaciones cada vez más intensas y por el estrépito que producían los compañeros de hotel al abandonar éste para buscar su salvación en la calle, corrió tras ellos, seguida de su tía, en confuso tropel. Cuando salió á la plaza anteriormente citada, esta hallábase ya invadida por una verdadera muchedumbre.

Las sacudidas sísmicas se repetían con gran frecuencia. Una farola monumental que se alza en el

centro de la plaza, movíase con oscilaciones espantosas. En varios sitios se abrieron zanjas de más de 10 centímetros.

La gente, desnuda, aterrorizada, huyó poco después de la plaza, refugiándose en el hermoso parque de la Avenida Chapultepec.

Aquel terremoto se prolongó hasta las doce de la mañana, acusando el sismógrafo 29 trepidaciones, algunas de cincuenta y cinco segundos de duración.

En Méjico se hundieron varias casas. El pueblo de Monterrey fué completamente destruído.

Un viejo palacio, construído en tiempos de la dominación española, se hundió de tal forma en otro terremoto ocurrido muchos años antes, que lo que antes eran balcones, ahora son puertas. El teatro Nacional sufrió muchos desperfectos. Uno de sus muros laterales bajó del nivel más de 30 centímetros.

A causa de estos terremotos, estuvo Amalia sin trabajar ocho días. El 27 de Agosto de 1909, organizó una función á beneficio de los damnificados de Monterrey y de los heridos de Melilla, cuya campaña había comenzado aquel año.

Asistió al espectáculo don Porfirio Díaz, entonces presidente de la República, que dió por una platea 1.500 pesetas, y nuestro ministro señor Cologan.

Ningún artista de los que tomaron parte en la fiesta, cobró nada.

Amalia trabajó después en el teatro Colón. Su estancia en Méjico se prolongó durante nueve meses.

Actuó después en Chihuahua, San Luis de Potosí y Veracruz. Esta tournée duró tres meses.

De Méjico á Chihuahua se tarda en ferrocarril dos días y una noche. Allí hay una finca que es considerada como una de las mayores del mundo. Tiene una extensión, aproximadamente, como Asturias.

Amalia oyó referir que el Gobierno de cierta nación solicitó del dueño, que se apellida Terrazas, la compra de 50.000 cabezas de ganado, y que aquél preguntó, con la mayor naturalidad, que de qué pelo las querían.

Estando trabajando en Veracruz, llegó á este puerto el vapor *La Champagne*, en ocasión en que Amalia se paseaba por el muelle. Al verle, exclamó la artista :

—Este me trajo de España y éste volverá á llevarme.

En efecto ; marchó á la Casa consignataria y adquirió los billetes.

Al enterarse el empresario del coliseo de Veracruz, y el representante de la empresa de Méjico, quisieron contratarla por un año más, pero Amalia no aceptó, embarcando el 11 de Julio de 1910.

El viaje de regreso fué verdaderamente delicioso. Al pasar por la Habana, acudieron en botes á saludarla los empresarios, muchos periodistas y numerosos amigos. Los primeros le ofrecieron otro contrato por un año, abonándola el pasaje, pero Amalia tampoco quiso aceptar.

CAPÍTULO XIV

REGRESO A LA PATRIA

Al pisar tierra española. — La felicitación de unos Infantes. — Campaña brillantísima. — En Cádiz. La Hermandad de Jesús Nazareno y la generosidad de Amalia. — Las campanas de Jaén. — Cójame usted, que me voy.

La Champagne hizo felizmente la travesía de la Habana á Cádiz.

—¿En qué fecha desembarcó usted en la Península?—la preguntamos á la artista.

—El 25 de Julio de 1910, festividad de Santiago, apóstol, Patrón de España. Un gran día, ¿verdad?

—Efectivamente.

—Yo llegaba contentísima, y al pisá de nuevo tierra española, sentí un júbilo indecible.

—¿Tardó usted mucho en reanudar sus tareas artísticas?

—Permanesí en Madrí, descansando, hasta el 10 de Agosto. En esa fecha tomé parte en un festival que se celebró en Parisiana. Luego acepté un contrato para Málaga, ganando ya un sueldo de ciento cincuenta pesetas diarias.

Los éxitos de la famosa artista volvieron á repe-

tirse con mayor intensidad que en los anteriores años. Desde Málaga fué á Valencia, cuando se celebró la Exposición Regional. Luego, á Palma de Mallorca, y á Valladolid, por segunda vez.

En esta última capital, no sólo confirmó el éxito que había logrado el año anterior; su arte y su gracia despertaron aún mayores entusiasmos. La población entera, sin diferencia de clases sociales, redobló sus ruidosas y espontáneas manifestaciones de simpatía y de cariño á la artista. Una noche acudieron á verla trabajar la infanta Paz, su esposo el Príncipe de Baviera y su hija la Infanta Pilar, que se encontraban de paso en la capital de Castilla la Vieja.

Al terminar la representación, llamaron á su palco á la cancionista para felicitarla.

—¿De dónde es usted?—le preguntó cariñosamente la Infanta Paz.

—De Andalucía—contestó Amalia, llena de emoción.

—¿De qué parte?—insistió el Príncipe.

—De Sevilla.

—Nos ha gustado mucho su arte—agregó la Infanta, con su afabilidad encantadora.

—Representa usted á España como ninguna otra cancionista.

Otras amables frases escuchó Amalia de labios de las augustas personas, á las que mostró su gratitud y ofreció sus respetos.

Al acabar en Valladolid, debutó en Santander, donde hizo una brillantísima campaña. Así terminó el año de 1910.

En Enero de 1911 trabajó en Salamanca y en Zamora; en Febrero, y parte de Marzo, en Barcelona, y en los últimos días de Marzo y todo el mes

de Abril, en el teatro Príncipe Alfonso, de la Corte.

En este coliseo presentó por primera vez su decorado propio, hermosa obra de Muriel, que le costó 3.000 pesetas. En otro capítulo hablaremos detenidamente de este decorado y de los que más tarde adquirió.

Durante el tiempo que Amalia estuvo actuando en el Príncipe Alfonso, no sólo hizo su número; tomó parte, en unión de todos los artistas que allí trabajaban, en el estreno de dos obras, una de Plañiol y otra de Luis Gabaldón, con música, ambas, del maestro Padilla.

En la obra de Plañiol, estrenó el tango *Lerele*, que hizo tan popular, y en la de Gabaldón, que tuvo un éxito grande, la canción andaluza titulada «Mi persona».

Como los triunfos de Amalia crecían, y presentaba su número con verdadero lujo (fué la primera artista de varietés que tuvo en España decorado propio), decidió la cancionista, al terminar su campaña en el Príncipe Alfonso, no trabajar menos de 200 pesetas diarias. La primera empresa que la contrató, después de Parisiana, fué la del Salón Imperial, de Sevilla, donde actuó con éxito brillantísimo. Volvió luego al Príncipe Alfonso, de Madrid, donde estuvo todo el mes de Junio. Luego, y cobrando ya 200 pesetas, trabajó en Melilla, Málaga, Gijón, Valladolid (tercera vez), Rioseco, Oviedo, Avilés, León, Zaragoza y Huesca.

En 1912, comenzó á trabajar en Logroño, y luego actuó en Calahorra, Bilbao, Barcelona, Palma de Mallorca. El 1.º de Abril vino á la Corte, y debutó en el Trianon Palace, donde estuvo todo el mes. También en aquellos días tomó parte en dos fiestas

de caridad que se celebraron en Madrid, una en el teatro de Novedades, cuyos productos se destinaban á la Asociación benéfica del distrito de la Latina, y otra en Price, para la del distrito del Centro.

Terminados sus compromisos en la corte, marchó á Cádiz. Hizo allí una campaña brillantísima. Desde la noche de su presentación no se interrumpieron los éxitos. Llegó á ser tan grande la popularidad de la artista, y tan unánimes las simpatías que había despertado, que la Hermandad de Jesús de Nazareno, á quien el pueblo llama *El Greñúo*, de la iglesia de Santa María, acudió en su busca para remediar un importante quebranto.

Habíase hundido la cúpula de la citada iglesia, La Hermandad no tenía fondos para reconstruirla, y pensó que la mejor manera de arbitrarlos era solicitar de Amalia la organización de una fiesta benéfica, cuyos resultados serían pingües, dada la admiración que el público gaditano sentía por la cancionista.

Amalia acogió tal idea con verdadero entusiasmo, y, en unión de otros artistas, organizó el beneficio, que fué, como se esperaba, un éxito completo.

La Hermandad de Jesús de Nazareno le regaló, en agradecimiento, una placa de plata y varios hermosos ramos de flores.

A esta atención correspondió la artista regalando á la iglesia dos soberbios jarrones de plata con primorosos claveles artificiales, á los que Amalia perfumó con esencia de clavel, para que dieran la sensación de verdaderas flores.

Acompañada de la Hermandad y del mayordomo del convento, fué en persona á entregárselos á la madre abadesa.

—La religiosa—nos dijo nuestra biografiada—

agradesió con frases cariñosísimas aquel obsequio. Dijo que eran unos claveles mu presiosos, pero que olían mucho á mundo.

Cuando salió de la iglesia, enclavada en un barrio popular de Cádiz, un público numeroso que la esperaba la tributó una ovación cariñosísima.

Siguiendo al coche que conducía á la artista, llegó hasta la fonda, sin cesar en sus aplausos.

En otras dos ocasiones que volvió Amalia á Cádiz, organizó nuevas fiestas á beneficio de la Hermandad de Jesús de Nazareno, repitiéndose los triunfos y las manifestaciones de cariño de aquel pueblo.

Esta conducta generosa de Amalia ha sido después imitada por otras artistas, deseosas de captarse las simpatías del público gaditano.

De Cádiz fué á San Fernando y luego, á Jaén, donde hizo una gran campaña en el teatro Cervantes.

Era empresa de este coliseo don José Casanova, hombre muy simpático y muy gordo, que gozaba de una gran popularidad.

Le habían dicho á Amalia que era tal el viento que en Jaén soplabá algunas veces, que hacía sonar las campanas. Ella creyó en un principio que tal cosa no pasaba de ser una exageración andaluza, pero hubo más tarde de comprobar la exactitud de la noticia.

Una noche se desencadenó temporal de viento y de lluvia tan horrible, que fué preciso suspender la función porque el público no se atrevía á acudir al teatro. Al salir del edificio iba la artista acompañada del empresario y del taquillero. Era éste menudo de cuerpo, flaco de carnes y menguado de estatura. Al doblar una esquina, el huracán, encontran-

do resistencia en el paraguas que llevaba abierto, elevó al pobre taquillero de forma tan alarmante, que gritó horrorizado:

—¡Cójame, don José, que me voy!

El empresario y la artista le sujetaron fuertemente para evitar un espectáculo de aviación, del que no quería el taquillero ser protagonista. Con grandes apuros llegaron todos á sus casas. Durante el trayecto no cesó la artista de oír sonar las campanas, movidas por el viento.

En Jaén vió también Amalia la Cara de Dios.

Trabajó luego en Granada y en Córdoba, y vino después á Madrid para encargarse á Muriel un nuevo decorado, mucho más lujoso y extenso que el que tenía.

Este decorado, que costó diez mil pesetas, lo estrenó aquel año en Valladolid, durante la feria de Septiembre.

Luego fué á Gijón. En esta ciudad dió una fiesta á beneficio de las familias de las víctimas de la catástrofe del puerto de Musel.

Trabajó después en Avilés y en Oviedo y vino, para acabar el año, al teatro Romea, de Madrid, donde actuó durante todo el mes de Diciembre.

CAPITULO XV

LOS ÚLTIMOS ÉXITOS

En toda España. — La campaña de Apolo. — Una frase inolvidable de Amalia. — Los hermanos Quintero y la cancionista. — Una fiesta hermosa. — Homaje en provincias. — Breve descanso.

En los primeros días de Enero de 1913, volvió Amalia á salir á provincias.

Trabajó primero en Albacete, y luego en Murcia, Cartagena, Sevilla, Jerez, Granada, Almería, La Línea, Algeciras, Zafra, Llerena, Badajoz, Montijo, Mérida, Don Benito, Villanueva de la Serena, Almería (segunda vez), Valladolid (quinta vez), Bilbao, San Sebastián, Calahorra, Haro y Valencia.

No pudo descansar en todo el año.

En 1914 realizó otra extensa y brillante campaña artística. Comenzó en Enero en Valencia. Después actuó con éxito creciente en Castellón, Alcira, Alcoy, Tortosa, Tarragona, Reus, Lérida, Barcelona, Palomos, Port-Bou, Figueras, Gerona, Sabadell, Huesca, Logroño, Haro, Vitoria, San Sebastián y Santander.

En esta última capital actuó por última vez con la Fornarina. Dentro de la mayor corrección turnaban en el cartel.

Una noche era el último número el de Consuelo ; otra, el de Amalia. Esta conducta de buenas compañeras fué muy alabada por el público, pues dos artistas de categoría que habían trabajado días antes promovieron tal escándalo por no querer levantar el telón una á la otra, como se dice en la jerga de varietés, que llegaron á pegarse de mala manera.

Desde Santander fué Amalia á Palencia, Valladolid (sexta vez), León, Medina de Rioseco y Gijón. En esta localidad última había un ciego que todas las noches asistía á la sección en que trabajaba Amalia Molina, ocupando una butaca de la primera fila. Cerca de él sentábase un manco, entusiasta también de la artista. Este, para aplaudirla, abofeteábase en la cara con la única mano que tenía útil. Luego trabajó Amalia en Avilés y Medina del Campo. Finalizó el año en Madrid, actuando en Apolo durante los meses de Noviembre y Diciembre.

El público madrileño recibió á la cancionista con el cariño de siempre, tributándola ruidosas ovaciones.

El día del debut, estaban en el teatro numerosas artistas de varietés y todos los críticos de la corte, quienes al día siguiente en la prensa dedicaron grandes elogios á nuestra biografiada.

Todas las noches se repetía el éxito. Las tiples de Apolo, admiradoras del arte de Amalia, presenciaban su trabajo entre bastidores.

Cuando, al terminar un número, retirábase la cancionista de escena entre las ovaciones del público, para vestir otro traje, solía decirles al pasar junto á ellas, refiriéndose á los *morenos* :

—Vienen más güenos que er jamón.

Esta frase hizo suerte entre los artistas de Apo-

lo. Desde entonces, siempre que se estrena alguna obra y el público se muestra complacido, repiten las palabras de Amalia, imitando su acento andaluz :

—Vienen más güenos que er jamón.

En Enero de 1915 inauguró nustra biografiada otra campaña por provincias. Trabajó en Albacete, Cádiz, Puerto de Santa María, San Fernando, Ecija, Córdoba y Sevilla, donde estuvo cincuenta y ocho días entre el Salón Imperial y el Lloréns, el cual inauguró.

Durante este tiempo se celebró en la capital de Andalucía la Fiesta de la Flor.

Amalia, vestida de andaluza, postuló por las calles en unión de Josefina Chimenti.

Despertaron entre el público un entusiasmo enorme.

Iban con ellas más de quinientos estudiantes, provistos de carracas y acompañados de una murga.

Cuando el transeunte que las artistas detenían aceptaba la flor voluntariamente, le tocaban la música. Cuando quería escapar ó se negaba á entregar un moneda, una serenata abrumadora de carracas era el castigo á su negativa.

Amalia Molina y Josefina Chimenti fueron las que hicieron mayor recaudación.

Desde Sevilla marchó Amalia á Llerena, donde había de cumplir un largo contrato. Pero como había quedado comprometida en la citada capital andaluza para trabajar en el Salón Lloréns en una función benéfica, cuyos productos se destinaron á construir el pabellón para la Exposición permanente de Bellas Artes, volvió á Sevilla el día señalado para la celebración de dicha fiesta.

Este beneficio había sido iniciativa de los hermanos Quintero, y tuvo un resultado brillantísimo.

No trabajó otra artista que Amalia Molina. Serafín Alvarez Quintero leyó, con su habitual maestría y entusiasmando al auditorio, la comedia que acababa de escribir en colaboración con su hermano y que aún no había sido estrenada en aquella época, titulada : «Dios dirá».

Los ilustres dramaturgos han importado esta costumbre de los grandes Centros literarios europeos. Está muy difundida especialmente en París, donde el gran público de las solemnidades literarias acude á las lecturas de Tristán Bernard y de otros insignes autores, con más entusiasmo que al acto corriente de escuchar la representación escénica.

En Sevilla tuvo también gran éxito en aquella fiesta tal innovación de los hermanos Quintero.

Los pintores sevillanos, agradecidos al concurso que Amalia prestó á aquel beneficio, regalaron á la cancionista un artístico pergamino y una cesta de flores «de tres pisos».

Con el dinero que se recaudó se inauguraron las obras del pabellón que hoy se está construyendo.

Regresó Amalia á Llerena para acabar de cumplir su contrato, y desde allí marchó á Azuaga, Berlanga y Granada.

En esta última población trabajó durante las fiestas del Corpus, en el teatro Cervantes.

Fué tal el éxito que obtuvo, que se celebraron en su honor dos fiestas muy simpáticas.

La primera fué en el clásico ventorrillo del camino de Huétor conocido por *El último*. Tuvo carácter íntimo para celebrar los triunfos de la cancionista.

Después de la tradicional paella, se sirvió el suculento jamón de Trévez con habas, corriendo pa-

rejas el resto de la comida con ese castizo plato de la tierra.

Asistieron á la fiesta varios literatos y artistas de Granada, el empresario del Cervantes don José Casanova y numerosos amigos y admiradores de la festejada.

En tan pintoresco sitio, entre gente joven, culta, y de tanto gracejo, no hay que decir lo que el almuerzo resultó, bajo aquel sol granadino y ante la vista de singulares panoramas.

Amalia Molina, en obsequio á sus amigos, cantó infinidad de números, que saboreados en la intimidad de aquella reunión, tenían el doble encanto del arte de la genial cancionista y del marco donde, como ecos de España, sonaban sus canciones.

El poeta Vázquez de Sola, recitó algunas composiciones á Granada, á Andalucía, y una inédita á Amalia Molina.

Bellver Cano relató algunas impresiones de un libro próximo á publicarse, titulado *Los ojos de la Sultana*, que también dedicaba á la artista.

A las seis de la tarde regresaron á la población, á cuya hora Amalia Molina estuvo en la iglesia de la Virgen de las Angustias orando ante la sagrada imagen de la patrona de Granada y haciéndola ofrenda de las cestas y ramos de flores con que en la noche de su beneficio la obsequiaron la empresa, sus admiradores y amigos.

La otra fiesta fué organizada por los socios del Centro Artístico para despedir á Amalia y celebrar los triunfos que había obtenido.

Se verificó en el pintoresco carmen que la sección fotográfica de dicha entidad posee en los bosques de la Alhambra.

A las seis de la tarde llegó la encantadora artista

acompañada de varios socios, siendo acogida su presencia con grandes aplausos, que se repitieron cuando, á las nueve de la noche, abandonó el carmen.

Durante las horas que en él permaneció fué obsequiada espléndidamente y se le hicieron numerosas fotografías.

El notabilísimo guitarrista don Manuel Jofré interpretó de modo admirable numerosas obras flamencas y de concierto.

A continuación y accediendo benévola á las indicaciones de todos, la incomparable festejada dejó correr el caudal de su sentimiento, encantando el misterio de la noche, que llenaba con las armonías de su voz.

Nunca habrá tenido más apropiado escenario para su arte la inmensa Amalia Molina, que el deparado aquella tarde por la naturaleza. Para la artista de los ojos gitanos y de las melancolías moras, se alzaron á un lado los torreones de la Alhambra y al otro las tortuosas calles del Albaicín evocador.

Cuando llegó el momento de abandonar el carmen se propuso—y fué aceptado por la inimitable intérprete del alma española—que fuera ella la parte principal de la fiesta benéfica proyectada para allegar fondos con que contribuir á los gastos del traslado de los restos de Ganivet á Granada.

Una interminable ovación de gratitud acogió el desinteresado rasgo de Amalia Molina, quien en las calles del tránsito fué repetidas veces vitoreada por los chiquillos que la reconocían.

Desde Granada fué á Jaén Martos, Málaga, Gijón, Palencia, Valladolid (séptima vez), Medina del Campo, Bilbao, Logroño, Pamplona, Calahorra, Zaragoza, Egea de los Caballeros y San Sebastián.

En Enero de 1916 trabajó en Baracaldo, León,

Lugo, Burgos y Valencia, y en Febrero en Alcoy.

Al terminar este último contrato vino á Madrid para descansar y adquirir nuevos decorados, nuevos trajes y nuevas canciones.

Ese descanso es el que aprovechamos para escribir este libro.

CAPITULO XVI

CÓMO ES LA ARTISTA

Creadora de la canción popular en las varietés. Cómo aprende las canciones. — Trabajo de selección. — Diversos aspectos de la cancionista.

Ya hemos dicho que Amalia Molina es la verdadera creadora, dentro del género de varietés, de esos números atrayentes, en los que la canción popular española luce todos los encantos de su hondo espíritu y de su profunda filosofía, traducidos en notas hermosas y originales, que en muchas ocasiones son fuente de inspiración para el artista.

Amalia se asomó á la vida del arte en aquellos días de decadencia y de degeneración del gusto. Reinaba por doquiera el cuplé pornográfico, impregnado de aroma francés, y los garrotines y las farfucas, danzas que no carecieran de plástica atracción mientras se pudo conservar su pristina pureza, pero que pronto fueron profanadas, desfiguradas por artistas inhábiles que trocaron la gracia suprema del movimiento concertado, por la procacidad desentonada de la adulación al sentimiento lúbrico.

Amalia Molina reaccionó contra tal ambiente. En su corazón de sevillana neta bullía un poderoso

germen de gracia, de gentileza y de donaire. Su alma vibraba de emoción al evocar los cantos de su tierra, porque su sensibilidad exquisita la permitía gustar todas las modulaciones y cadencias, interpretando sus sentires, identificándose con aquella modalidad espiritual ha llenado á España de gor-geos y de coplas divinas.

Pero Amalia no era sólo una artista regional. Su talento traspasó las pequeñas fronteras de la hermosa Andalucía, y fué posándose en todas las demás provincias, para beber allí nuevas gracias. Amalia Molina es la reformadora, la ennoblecedora, la purificadora del arte que cultiva. Huyó ante ella todo lo prostituído; decayó la sicalipsis que un día amenazara ahogar el arte; el público dejó de pedir en Salones y Coliseos la «pulga», y un nuevo período se abrió para los varietés.

Amalia posee un poderoso talento de interpretación. Las canciones más opuestas salen de su garganta con el mismo arte, con la misma gracia, puras, cristalinas, tal cual son.

Su dominio y su abarcamiento de esta materia es tan perfecto, que los ilustres hermanos Quintero la han denominado «la maga de los cantos populares españoles».

¿Cómo aprendió tanta y tan hermosa canción? Como se aprenden estas cosas. Dándose toda entera al arte, identificándose con la modalidad, con el espíritu, con el sentimiento que brota de cada una de esas canciones populares.

Ella se dió toda al arte, y éste le correspondió, haciéndola fiel intérprete de cuanto quiere decir.

Nuestra artista llegó á una región, por ejemplo á Asturias. Visitó aldeas, asistió á romerías y recibió lecciones de aquellos músicos incipientes, tos-

cos, que los domingos y días de fiesta hacen sonar la gaita por aquellos valles llenos de melancolía.

Después, ya en Oviedo, perfeccionó sus conocimientos con otro músico del terruño, con Baldomero Fernández. Este le instrumentó las canciones para que pudiesen ejecutarlas las orquestas.

Los bailes los aprendió de igual forma, allí, en las regiones, sobre el terreno, saturándose de ambiente y de espíritu local, amoldándose al ritmo popular y primitivo.

Por eso, muchos escritores la han apellidado «la genial intérprete del alma española».

Sus trajes, sus famosos trajes, de que más adelante hablaremos, fueron adquiridos, algunos, como el de charra, de la vieja arca donde una familia lo guardó durante muchos años.

Acaso, al exhibirlo Amalia en el tablado del teatro, olía aún á los viejos perfumes salmantinos.

Pronto la genial artista se vió asediada por los músicos, que la enviaban nuevas canciones. Ella, sin embargo, no aceptó estos ofrecimientos así como así. Su espíritu artístico vigila, y en presencia de una nueva producción, estudia, contrasta, depura, y no la interpreta en público hasta que se ha convencido de que lleva el marchamo de la región y limpieza de origen.

Este exquisito cuidado con que escoge sus canciones y el tino con que las elige, le ha proporcionado fama de inteligente en música.

Algunos maestros, sorprendidos por esta verdadera intuición, han advertido á sus compañeros :

—Andate con cuidado, que ésta sabe tanto como nosotros.

Amalia cuida también mucho de mantener su verdadera personalidad artística. No canta ningún

número que no sea creación suya y que no haya pasado por el tamiz de su hondo sentido artístico.

Además, exige á todos los autores una carta en la que hacen constar que mientras ella actúa en una población, no puede otra cancionista ó bailarina cantar ó bailar las mismas composiciones musicales en ninguno de los teatros de la localidad.

También goza de la exclusiva para impresionar sus creaciones en los gramófonos.

Pudiera dirigir perfectamente una orquesta; ella sabe lo que han de hacer en todo momento los individuos que la componen.

Sus autores.

—¿Quiénes son sus autores predilectos?—le preguntamos á Amalia.

—¡Oh! Tengo varios. Entre los músicos, Cándido Larruga y Ricardo Yust son los que me han escrito más canciones. Tengo también canciones de maestros tan notables como Chapí, Quinto Valverde, Calleja, Castillo, Bravo, Martínez Abades, Rincón, Vilches, Malé, Elola, Barrera, Villarazo, Aurelio González, Maya, Cotarelo, Padilla, Duruti, y Meléndez. Todas las canciones me las entregan instrumentadas para gran orquesta, pero, generalmente, son interpretadas por media orquesta ó por sextetos.

—¿Qué literatos le escriben las letras?

—Muchos. De los hermanos Quintero tengo cosas preciosísimas. Escribieron para mí, otorgándome la exclusiva, las Sevillanas clásicas y los Celos malditos, con música del maestro Bravo, y las Sevillanas corraleras, con música de Bravo y de Castillo. La letra de «La vereíta» es de los mismos ilus-

tres autores, á los que profeso verdadero cariño y sincera admiración. También tengo letras de los notables escritores García Alvarez, Fernández del Villar, Luis Gabaldón, Montesinos, Retana, Vázquez de Sola, D'Lapi, Jakson Veyan, Palomero, Guimerá, con música de Morera, AVECILLA, Gil del Monte, Diego San José, Escamilla, Rafles y Tegen.

—¿Produce mucho el pequeño derecho?

—Muchísimo. Aumenta de día en día. En 1905, cobraron los autores, de pequeño derecho, 24.000 pesetas anuales; pero en 1915, se había elevado ya esa cantidad á 660.000 pesetas.

La copla popular.

Amalia Molina es entusiasta de las letras de las coplas populares andaluzas. Posee una colección hermosísima, que aumenta á diario con las que oye y merecen figurar entre las que ella canta.

A continuación copiamos algunas :

No me llames por María,
llámame por Soleá;
porque de mare no nase
María tan degrasiá.

Dises que no la quieres
ni vas á verla;
pero la vereíta
no cría hierba.

Yo soy como el árbol solo,
que está en medio de un camino
dándole sombra á los lobos.

Si yo fuera fuente clara,
por tí formara un remanso,
para servirte de espejo
por las mañanas temprano.

Dime qué remedio habrá
para dos que bien se quieran
y no se puean hablá.

En una sola mirada
tus ojillos y los míos
se dijeron mil palabras.

En el campito llueve,
mi amor se moja.
¡Quién fuera chaparrito
con mucha hoja!

Tu querer y mi querer
son como el agua del río,
que atrás no se puen volver.

Mádre : yo compré un cariño
en la feria del amor ;
¡qué bonito era el juguete,
y qué caro me costó !

No sé qué será,
que me empeño en dejar de quererte
y te quiero más.

La voz.

Ninguna artista de varietés tuvo escuela de canto
en los comienzos de su carrera. Muchas, muchísi-

mas, después de largos años, no consiguieron poseer tales conocimientos.

Amalia no fué tampoco una excepción de la regla. Se lanzó al teatro fiada tan sólo en sus dotes naturales.

Pero más tarde comenzó á preocuparse de su educación artística, y para ello dió lección con el maestro Larruga, cuyas enseñanzas sirviéronla para conseguir la impostación de su voz.

Sin embargo, cuando canta flamenco no se aprovecha de esta facultad. Todo lo andaluz lo canta con voz de pecho, para dar mayor sentimiento á la canción.

Los trajes.

Vamos á ocuparnos de los famosos trajes de Amalia, atracción del público femenino.

La artista acostumbra á vestir para el número de presentación, trajes de fantasía, lujosísimos. Luego, en las canciones regionales, viste los trajes típicos de cada país, pero confeccionados también con lujo, aunque acomodándose, como es natural, á las exigencias de indumentaria.

Así, por ejemplo, la faldilla de volante que usa para las canciones andaluzas es de seda, porque las gitanas, no sólo visten de percal, sino de seda también.

Antes, encargaba todos los trajes de fantasía en París. Ahora, le hace los modelos el culto literato y originalísimo pintor de elegancias Alvaro Retana.

Con esto ha conseguido tener modelos propios, y no ir, como los carabineros, vestida igual que sus compañeras.

Los trajes que dibuja el señor Retana, se los confecciona la renombrada y acreditada modista madrileña Marina Fernández.

De esta señora, dice Amalia que guarda gratísimo recuerdo, pues en sus primeros días difíciles, le proporcionó trajes á plazos, al igual que otras hoy notables artistas.

—Ahora—dice—, que puedo pagárselos de una vez, es justo que sea ella la que siga vistiéndome.

El vestuario de Amalia es enorme y costosísimo. Tiene trajes desde trescientas á dos mil pesetas. Hay una excepción. El traje de charra le costó tres mil pesetas.

Sus armarios guardaban más de sesenta trajes. En estos días, que descansó en Madrid, ha aumentado la colección con veinte más. Es decir, un verdadero equipo, como si fuera á debutar por primera vez.

Nosotros hemos tenido el gusto de ver algunos. Son, realmente, magníficos.

Posee también Amalia diez y ocho mantones de Manila, entre los de talle y grandes. No es tanta la cantidad como la calidad. La mayoría de ellos son antiguos y valen varios miles de pesetas cada uno.

El decorado.

En estos días ha ampliado también Amalia su decorado, que ya era magnífico.

Tenía antes veinticinco telones forillos. Ahora ha adquirido veinte más, representando cada uno de ellos algo típico de las respectivas regiones. Todos sirven de fondo á una riquísima y suntuosa decoración de puro estilo árabe, adornada con hermosos cortinajes de damasco de seda y alfombras que imitan el mosaico árabe.

El telón de boca es serio y figura dos cortinones que se descorren. En el centro aparece el escudo de España.

Cuando Amalia termina un número, no se baja el telón, sino que se apaga la luz mientras los maquinistas realizan la mutación.

Entre tanto, la orquesta preludia la canción que luego ha de salir á cantar.

Puede asegurarse que en el género de varietés no hay nadie que se presente con tanto lujo y conciencia artística en trajes y decorado.

En esta temporada Amalia interpretará veinticinco nuevas canciones, que han escrito exclusivamente para ella.

La Casa Ortega, de Valencia, le ha hecho unos preciosos carteles anunciadores.

Posee preciosas caricaturas de los notabilísimos artistas Bagaria, Lafita, Doiz, Sebastián Miranda, Retana y otros.

Lo que gana.

Amalia Molina cobra bien su trabajo. Cuando el contrato pasa de diez días, exige 250 pesetas diarias. Si es de menor duración, de cuatro ó cinco días, 300 ó 400. Si es sólo de dos días, 500 cada uno, y si se la solicita para un solo día pone un precio convencional.

Los viajes, en primera, y exceso de equipaje, son siempre á cuenta de los empresarios.

CAPÍTULO XVII

CÓMO ES LA MUJER

Hacendosa y activa. — Su vida habitual. — «Se prohíbe hablar mal de nadie». — Consideraciones y simpatías.

Amalia Molina es una mujer que está siempre sumamente ocupada.

Lo mismo cuando trabaja que cuando descansa, apenas si tiene un momento libre.

En los días que estuvo descansando en Madrid, últimamente, días que aprovechamos para escribir este libro, tuvimos ocasión de confirmar personalmente cuanto vamos diciendo.

En esas cortísimas temporadas que no trabaja, y que no suelen llegar á lo mejor en dos ó tres años, la vida habitual de la artista es la siguiente :

Abandona el lecho relativamente temprano, á las nueve ó nueve y media de la mañana. Inmediatamente hácese el tocado, y á continuación se ocupa en dirigir las labores domésticas. Amalia Molina, lector, es una mujer de su casa, muy hacendosa.

Antes de comer, si le queda tiempo, estudia las canciones que tiene en preparación.

Después, en las primeras horas de la tarde, ya

comienzan á acudir á su domicilio maestros y autores, y con ellos pasa largos ratos cantando al piano, ensayando las canciones que ha adquirido y oyendo las nuevas que le presentan, y cuya elección hace muy escrupulosamente.

En esta labor pasa más de media tarde. El resto lo invierte en examinar los modelos que le hacen para la confección de nuevos trajes de fantasía, en compras que constantemente tiene que realizar para su vestuario, y en acudir á la casa de la modista, donde raro es el día que no tiene preparada alguna prueba.

La tarde en que no la entretiene alguna de dichas ocupaciones, sale de paseo en coche.

Ya en las afueras, suele apearse para continuar el paseo á pie, pero llevando el carruaje al lado, pues en cuanto lo deja atrás le parece que se cansa.

Todas las noches, excepto aquellas en que alguna ocupación urgente se lo impide, va al teatro.

Los empresarios de los grandes coliseos de Madrid profesan á Amalia tal cariño, que en cuanto se enteran que se encuentra en la Corte, la envían palcos para que presencie las representaciones que se celebran en sus respectivos teatros.

En cambio, no va nunca á las representaciones de varietés.

Cuando trabaja, los deberes de su profesión la absorben por completo el día.

Su cuarto es siempre el lugar de amena tertulia, á la que acuden artistas y personas distinguidas de la localidad.

Pero en esas tertulias jamás tiene cabida el chisme, la crítica, ni la maledicencia.

Lo primero que hace Amalia es pegar en un espejo el siguiente letrero :

«Se prohíbe hablar mal de nadie, y especialmente de las artistas.»

Tiene buen cuidado de separarse de esa costumbre tan arraigada entre la gente de bastidores, y que á tantos disgustos da frecuentemente motivos.

Aunque Amalia es la artista á quien más intentan copiar sus compañeras, nunca se ha preocupado de esto. Cree, acertadamente, que del contraste salen las diferencias.

No sabe tampoco lo que es la envidia.

Cuando algún empresario desea informarse del valer de otras artistas y se lo pregunta á Amalia, ésta le contesta diciéndole que todas son buenas.

Así, con esta conducta, con esta manera de ser tan simpática, conquistó siempre y seguirá conquistando el cariño y el respeto de cuantos la tratan.

CAPÍTULO XVIII

EL PÚBLICO

Madrid, Sevilla, Oviedo, Valladolid... España entera. — Una frase de Alba. — La visita de las niñeras.

—¿Qué público le gusta á usted más?—preguntamos á Amalia en una entrevista.

—Es difícil contestar á esa pregunta—nos dijo—. El público de toda España me ha distinguido siempre, alentándome con sus aplausos en mi carrera artística. Ahora bien; por circunstancias varias, guardo especial recuerdo de algunas poblaciones. Tengo para el público de Madrid un profundo agradecimiento. Aquí, puede decirse que obtuve mi consagración como artista; aquí, he recibido ovaciones inolvidables. No olvido tampoco á mi Sevilla, á mi patria chica, la que siempre me recibe con los brazos abiertos y me colma de atenciones. También siento una especial simpatía por el público de Oviedo. Allí, en la capital asturiana, amplié mi repertorio, conocí nuevas canciones y completé mi estudio de las diversas modalidades en que se expresa el alma española. Valladolid me ha demostrado siempre y desde el primer momento, verdadera admira-

ción y cariño. Cuando visito la capital castellana, la gente me sigue y me saluda.

Es tal mi popularidad, que el señor Alba llegó á decir un día que si se concediera el voto á las mujeres, y trataran de elegirme diputado á mí, sería al único candidato que temiera.

Voy á contarle una anécdota que prueba hasta qué punto me aprecia el público valisoletano.

Desde el primer año que trabajé allí, venían á saludarme á mi cuarto dos niñeras, por cierto muy monas, que me ofrecían ramos de flores.

La visita se repetía siempre que yo debutaba. Este año último, transcurrieron algunos días desde mi presentación sin que recibiera tal visita. Mis amigos me preguntaban ya, ¿y las chicas?

Cierto día se presentaron, por fin, y después de saludarme, me dijeron: «Perdone usted, señorita Amalia, que no hayamos venido antes, pero está gravemente enfermo el señor de la casa y no nos han dado permiso. Hoy hemos aprovechado el tener que salir á avisar el viático, para venir á saludarla.»

Los públicos de Bilbao y Barcelona son muy entendidos. También me han aplaudido ~~mucho~~.

CAPÍTULO XIX

INTIMIDADES

Gustos y aficiones de la artista. — Todo lo español. — Las flores, el campo, las modas.

—Ahora quisiéramos conocer algunos de sus gustos y aficiones—seguimos diciendo á la artista—. ¿Por qué música siente usted predilección?

—Por la música popular española. Todo lo español es lo que más me gusta. No encuentro nada como lo nuestro.

—¿Qué maestros le agradan más?

—Chapí, Granados y Bretón.

—¿Y de dramaturgos y poetas?

—El teatro de los hermanos Quintero me entusiasma por su gracia é intensa poesía y su exactísima pintura de la realidad. Son mis autores predilectos. También me gusta mucho el de Benavente, Rusiñol, Guimerá, Galdós y Echegaray.

De poetas prefiero á Gabriel y Galán y Rubén Darío.

—¿Le gustan los toros?

—Sí, me entretienen. Únicamente la suerte de los picadores es la que no puedo presenciar serena. ¡Po-

bres caballos, qué fin tienen ! Es brutal que se haga sufrir tanto á un animal tan noble. A mí me gustan mucho los caballos, y monto regularmente. También me gustan los perros grandes, sobre todo los de San Bernardo. ¿Y los gatos? ¿Verdad que no hay otro animal tan fino, tan suave, y que tenga tanta elegancia en los movimientos? Yo tengo un gato gris, que es un ejemplar precioso.

El campo y las flores son otra de las predilecciones de Amalia Molina. Como sevillana y como artista, no podía ocurrir otra cosa. Siempre tiene en su casa hermosos ramos de flores.

En verano, las flores componen también su tocado.

Generalmente, usa un sombrero de paja liso con una cinta. Entre ésta y la copa mete un manojo de rosas naturales, que constituye su único adorno.

Algunas amigas han exclamado al ver las flores : ¡ Ay, qué bonitas son, parecen naturales ! Como que realmente lo son, contesta Amalia .

—¿Le gusta á usted mucho los viajes?—le hemos preguntado también.

—Mucho, y eso que ya podían irme cansando, pero no es así. Viajo además con el ojo abierto y el oído en escucha. Soy muy detallista. Las poblaciones y los paisajes despiertan en mí gran curiosidad. No soy de esas que viajan en un baúl.

Otra de las cosas á las que Amalia presta gran atención es al vestido de calle y al calzado.

Hablando de esto, nos dijo la artista :

—Me gusta vestir muy bien y siempre á la última moda. Yo soy de las primeras que adoptan las innovaciones de París. Cuando una moda se extiende y se generaliza, suelo estar yo cansada de llevarla. También me gusta calzar de una manera irreprocha-

ble. Cuando voy á Sevilla, á la feria, uso exclusivamente trajes de manola.

—Gustándola tanto las flores, ¿será apasionada de los perfumes?

—Prefiero el perfume intenso, pero en poca cantidad. El Agua de Colonia la uso mucho, pero ha de ser exquisita, como la «Colonia de Oro», de mis paisanos los señores Luca de Tena.

—Y de la amistad, ¿qué concepto tiene usted?

—Poseo pocas amistades pero buenas. Entre éstas se hallan muchas de las grandes figuras artísticas españolas.

CAPÍTULO XX

LA ÚLTIMA CHARLA

Una vida feliz y un porvenir asegurado. — Las joyas. — Contenta con su suerte. — Seguiré trabajando.

En nuestra última charla dijimos á la célebre artista :

—Aún necesito de usted que me amplíe sus confesiones para que quede completo en el libro ese aspecto biográfico íntimo que tanto intrusa al público.

—No tengo inconveniente en haserlo. Pregúnteme lo que le parezca.

—¿Es usted rica?

—Según en el sentido que se tome esa palabra— contestó rápidamente—. No tengo una fortuna grande, pero poseo el capital suficiente para vivir bien, como á mí me gusta vivir; aunque mañana me retirase de la escena. En una palabra: tengo de sobra asegurado mi porvenir. Puedo satisfacer todos mis deseos, ver realizados todos mis caprichos y tener mi automóvil, mi casa en Sevilla, rodeada de un jardín lleno de pájaros y de flores.

—¿Y ha pensado usted alguna vez, como consecuencia de ese vivir asegurado y tranquilo que usted disfruta, retirarse de la escena?

—Jamás he pensado en tal cosa. Es más; creo que nunca abandonaré en absoluto mi arte. Le tengo una vocación desidida. Lo que haré, como es natural, más adelante, cuando vaya sintiéndome cansada, será trabajar únicamente donde quiera y cuando quiera, sin la constancia y el ajetreo de ahora; y después, cuando observe la menor señal de que el público ya no estima mi labor artística como lo ha venido haciendo hasta hoy, entonces me retiraré á mi casa, en donde haré construir un teatrillo para cuando se me antoje recordar mis buenos tiempos. De esta suerte viviré siendo artista en tanto dure mi existencia.

—No me ha enseñado usted sus joyas—continuamos diciendo—. Tengo noticias de que las posee usted soberbias.

—Soy partidaria de poseer pocas, pero buenas. Verá usted algunas.

Se fué á buscarlas, y volvió al poco rato con varios estuches. Uno de ellos encerraba un juego magnífico de brillantes, formado por un collar, unos pendientes, una sortija y una pulsera, valuado todo en sesenta y cinco mil pesetas.

Vimos otro juego de perlas y brillantes, otro de zafiros y brillantes y muchas sortijas y relojes. Aproximadamente, el capital que Amalia Molina tiene en joyas pasa de ciento veinticinco mil pesetas.

—De cuanto me ha dicho en nuestras charlas, he sacado la impresión de que es usted una mujer feliz.

—Sí señó; sí lo soy. Dios me consede cuanto le pido. Ya sabe usted que yo soy religiosa sin inogiga-

tería. Tengo gran salud, buen apetito y. hasta por estar conforme, lo estoy con mi estatura. Con mi tipo y con mis carnes. Soy, físicamente, como hubiese deseado ser. Así, puedo asegurar que todo cuanto he querido lo he logrado. Por eso canto con mucha frecuencia esta copla :

Toito lo que intento logro ;
no me quejo de mi estrella.
Yo no he intentado una cosa
que no me sarga con ella.

—¿Qué propósitos tiene usted para el porvenir?

—Seguí trabajando. Tal vez vaya al extranjero á realizá una campaña artística de grandes resultados económicos. De desidirme á ello, sería en buenas condiciones.

En este punto dimos por terminadas nuestras charlas. Al día siguiente marchó Amalia Molina á Córdoba para cumplir un contrato en el teatro del Gran Capitán. Después ha trabajado en Lucena, en Ecija, y, actualmente se encuentra actuando con éxito extraordinario en la capital de Andalucía.

Los triunfos se han repetido.

Esta artista tan genial, tan simpática y tan española. merecía hace mucho tiempo un libro ; pero ha tenido la poca fortuna de que fuese una pluma tan torpe como la nuestra la que se lo trazara.

Refiriéndose á esto, no podrá repetir su copla :

Toito lo que intento logro ;
no me quejo de mi estrella.
Yo no he intentado una cosa
que no me sarga con ella.

AMALIA MOLINA
CANTADA POR LOS POETAS

De *Blanco y Negro*, de Madrid:

Nació, para su orgullo, sevillana,
el sol del pueblo la pintó morena,
y creció en la famosa Macarena,
de San Bernardo envidia y de Triana.

Huele á clavo, jazmín y mejorana,
y lleva por señuelos á la escena
risa en los labios y en los ojos pena,
en salero andaluz pasión gitana.

Maga de los cantos populares,
de su voz cariñosa y cristalina
enamóranse todos los cantares.

Y sostienen batalla peregrina
carceleras, serranas, soleares,
por resonar en su garganta fina.

S. y J. Álvarez Quintana.

De *Bohemia*, de Sevilla:

Un suspiro de amor que nunca cesa,
flota en tus labios de encendida grana
y en tus negros ojazos de gitana
hay un rayo de luz que abrasa y besa.

Tu arrogancia parece aragonesa ;
 tu nobleza parece castellana,
 y tienes la hermosura valenciana
 con la dulce ternura montañesa.

Aunque hay algo en tu voz de guzla mora,
 tu patria no es tan sólo Andalucía ;
 eres un ruiseñor que canta y llora,

compendio de dolor y de alegría :
 Tú eres raro conjunto que enamora :
 ¡Tú eres España entera, vida mía !

José Jackson Deyan.

De *Mundo Gráfico*, de Madrid:

Es la musa flamenca ; morena y sevillana ;
 tiene en sus ojos negros el sol del Mediodía
 y en su cantar mudo de lánguida poesía
 que evoca las galantes verbenas de Triana.

Es su risa como una seductora mañana
 que le brinda al paisaje su luz y su alegría ;
 cuando ríe parece que toda Andalucía
 palpita entre la mueca de sus labios de grana.

Solemnidad de rito, sugestión de conseja
 tienen de sus cantares la plañidera queja
 y á su conjuro el alma sueña dulces amores.

La Molina es compendio de la raza andaluza
 es la musa gitana que por la escena cruza
 vestida de caireles y tocada de flores.

J. Fernández del Villar.

De *El Liberal*, de Murcia:

Adiós, cabecita de ángel
en cuerpo de mariposa ;
adiós, pedazo de cielo
de nuestra tierra española.

De la tierra sevillana
trajiste por aureola
repique de castañuelas,
de esos que saben á gloria
y derramaste la gracia
de Andalucía en tus coplas,
y entre mirar de gitana
y en tus cantos y en tus jotas.

Adiós, calandria triguera,
volandera y revoltosa,
que vas cantando de España,
las más populares notas.
Cuando por la escena ondulas
tu figura prodigiosa,
eres un clavel de fuego
que en pétalos se desborda
y que cayó en el escenario
al tirarlo de la gloria.
¡Adiós, cabecita de ángel
en cuerpo de mariposa !

Pedro Jara Cavillo.

De *Por Esos Mundos*, de M

Golondrina de amores que vas cantando
y las almas de dulces notas llenando
con los dulces gemidos de tus canciones,

¿qué es lo que hacen los labios con que suspiras?
 ¿cómo miran los ojos con que nos miras,
 que se llevan sumisos los corazones?
 Tienen las «marianas» de tus cantares
 el rumor de las obras crepusculares;
 brillan tus «sevillanas» como caireles,
 al latir de tus breves notas divinas;
 y tienen en tu boca las «granadinas»
 perfume de azucenas y de claveles.
 ¡Ay, golondrina, amante de la ribera...!
 Pronto nos abandona la primavera.
 Pronto de tus cantares las armonías
 vibrarán en los aires de otras regiones...
 ¡con tus coplas te llevas las ilusiones,
 y se van con tus ojos las alegrías!

J. Sánchez Rodríguez.

De Mundo Gráfico, de Madrid:

Clavel de los jardines sevillanos,
 menuda llama, lírica morena:
 en tus ojos profundos y gitanos,
 mares de sombra, se escanció la pena.

Eres el corazón de Andalucía
 hecho mujer, aroma, flor, tormento;
 eres una guitarra, una poesía...
 ¡la encarnación de todo sentimiento!

Eres el arte mismo que, en ti, ofrece,
 la esencia nacional; y así parece,
 cuando lanza la copla seductora

y en llanto se armoniza tu garganta,
que Andalucía entre sollozos canta,
¡que toda España entre cantares llora!

A. Dásquez de Sola.

De *Sevilla Artística*, de Sevilla:

Mujer, Gloria y maravilla
de este vergel macareno,
que, prodigando lo bueno,
levantó Dios en Sevilla...

Mujer, maga del decir,
hechicera del cantar,
reina del pueblo solar
que riega el Guadalquivir...

Ante tu cuerpo torero,
gentil y cascabelero,
que bulle por donde cruza,

al son de tu risa bella,
¡pongo mi capa andaluza
para que pases por ella!

Salvador Dalverde.

De *Varietés*, de Madrid:

¡Adiós, cuerpo de rosas, maravilla
que debes existir eternamente,
porque el sol de la gloria da en tu frente
como da en la Giralda de Sevilla !...

¡Adiós, plecto ideal, joya sencilla,
que vives con el pueblo dulcemente !...
La voz de tu garganta es elocuente
cuando interpreta el alma de Castilla.

De este cacho de tierra que venero
recuerdas la dulzaina y el pandero
cuando cantan las coplas castellanas..

Y pones en tus gracias de manola,
juntas con el carmín de una amapola,
las flores de las rejas sevillanas...

A. Gavvachón Bengoa.

De *El Nuevo Diario*, de Badajoz:

La esencia de la ardiente manzanilla
perfuma el cáliz de su boca grana,
y su frágil figura de zingana
va mostrando la gracia de Sevilla.

Cuando ciñe su busto la mantilla
y con rosas y nardos se engalana,
vemos á la chispera cortesana
con la sangre cañí de Preciosilla.

El alma de la hermosa Andalucía
vertió en su cuerpo lluvia de primores.
En sus ojos su luz y su poesía.

En su boca el aroma de las flores,
en su lindo semblante su alegría
y en su gitano corazón amores.

Manuel Monterrey.

De *El Reformista*, de Albacete:

Después que comentaron los Quintero
y otras notables firmas, tu salego,
perdón pido á las musas,
y á ti genial mujer, doy mis excusas,
pues crimen es, cantarte un romancero.

Sólo diré, que tu labor supina,
es arte, es expresión, canela fina,
y que al verte, por mí la idea cruza
que el mundo conoció gracia andaluza,
el día que nació Amalia Molina.

Elías Serna.

AMALIA MOLINA
ANTE LA CRÍTICA

De A B C, de Madrid :

La más famosa en su género, la típica y genuina artista española que conserva en toda su pureza la solera castiza del alma popular, que ella mantiene airosamente, gallardamente, con el brío, la alegría y el gracejo de su personilla pinturera y *cañí*, se presentó ayer en Apolo, después de dos años de ausencia y de magníficos contratos por esas tierras, vedaderamente espléndida de vestuario, de brillantes y demás pormenores para la atracción y sugestión del espectáculo.

Amalia Molina ha seleccionado su repertorio, dándole una gran variedad, pues en él figuran canciones y coplas del alma española, vibrante en la jota, apasionada en los cantos andaluces, doliente y nostálgica en los aires de la montaña, ingenua y llana en las canciones de Castilla, que dice esta sevillanita juncal, todo corazón y nervios, con el más expresivo carácter. Su gracia fina y netamente andaluza se destacó ayer una vez más, con gran encanto del público, que la aplaudió calurosamente en los diversos tipos regionales que interpretó, llamándola á escena repetidas veces á la terminación del espectáculo. La empresa de Apolo está de enhorabuena con la adquisición de Amalia Molina, cuyo número fino, elegante y bien presentado, constituye una pintoresca nota de españolismo.

LUIS GABALDON

* * *

Del Heraldo de Madrid :

La regitanísima cancionista y bailarina ha reaparecido ante el público de Madrid, que, con el aplauso concedido á sus graciosos «sampedros» la dió nombradía, cartel y bandera.

Amalia Molina, que ha logrado dominar como ninguna la especialidad que cultiva, dentro del género de variedades, presenta un número de gran visualidad con el decorado y la vestimenta lujosísima para canciones regionales españolas.

Sigue triunfando en su especialidad de cancionista andaluza, y así consiguió estruendosas ovaciones en soleares, bulerías y tientos, cantados con verdadera gracia y gran pureza de estilo.

La *divete* sevillana conserva la integridad de sus facultades vocales y el arte, la flexibilidad y la fuerza para el baile.

A una gran ampliación de los números del programa se vió forzada por el aplauso de todos, y es seguro que Amalia Molina realizará una brillante campaña artística en su contrata de Apolo.

ALEJANDRO SAINT-AUBIN

• • •

De *El Imparcial*, de Madrid :

La graciosa y simpática cancionista española Amalia Molina, alejada durante largo tiempo de los tablados madrileños, apareció ayer tarde en la escena de Apolo y renovó con su «ángel» y su arte los éxitos á que debe la justa y grande fama de que goza en su especial trabajo.

Con su castizo y alegre repertorio, constituido exclusivamente por cantos y bailes nacionales, logró esta gentilísima artista calurosos aplausos, más nutridos y entusiásticos cuando premiaban la parte andaluza y flamenca del programa. Las coplas de «La verita», las bravías «soleares» y las gitanas «bulerías» valieron á Amalia Molina sendas y grandes ovaciones.

José LASERNA

• • •

De *España Nueva*, de Madrid :

Yo te admiro, Amalia, porque eres admirable ; y eres admirable por tu pelo negrísimo, resplandeciente y frenético, como rebano que escala las cimas del monte Galaad ; lo eres por tus ojos, ásperos en el enejo, de paloma en la sumisión, como los de la dulamita ; por tu boca, por tus labios de granada, por tus menudos dientes de blancura y de crueldad, por el gesto infantil de tu rostro gitanesco, y, sobre todo, eres admirable por el arte singular con que expresas tus inimitables canciones y danzas.

RAMÓN PEREZ DE AYALA

• • •

De *La Tribuna*, de Madrid:

Ayer tarde debutó en Apolo la notabilísima Amalia Molina, que por su gracia, belleza y simpatía, y por la exquisitez de su arte sin rival, se ha adueñado de los públicos más exigentes.

La Molina es una de las pocas artistas en cuyos elogios no hay hipérbole. La variedad de su repertorio, el sentimiento con que matiza sus canciones, el sello de españolismo que imprime á cuanto canta, y, sobre todo, la ductibilidad de su voz, amplia y agradable, llena de dulcedumbres, la han conquistado un lugar preeminente entre las artistas de varietés. Como dice un poeta, ensalzándola, «La Molina es compendio de la raza andaluza.— Es la musa gitana que por la escena cruza,—vestida de caireles y tocada de flores.» Comprendiéndolo así, los concurrentes á Apolo la tributaron en su debut los más entusiastas aplausos.

TOMÁS BORRAS

• • •

Del *Diario Universal*, de Madrid:

LOS OJOS DE AMALIA MOLINA

Sobre todos los encantos que posee, sobre todo su arte, sobre toda su simpatía, tiene unos ojos que atraen y que subyugan. Sus ojos negros, grandes, vivos, brillantes, cubiertos por largas y sedosas pestañas, rodeados siempre de un círculo amoratado, ojos de ensueño ó de leyenda, son el mayor encanto de su graciosa personilla.

Si Amalia Molina no fuese artista, que lo es, y muy grande, si no supiese bailar, que baila maravillosamente; si no acertase á cantar, que lo hace con estilo por nadie superado, le bastarían sus ojos para triunfar de todos los públicos.

No tendría más que mirar á los espectadores para que todos se sintiesen hipnotizados, y la ovación estallase espontánea y clamorosa.

¡Es mucho lo que pueden los ojos de Amalia Molina!

ANTONIO LÓPEZ MONIS

• • •

De la *Revista de Varietés*, de Madrid:

Amalia Molina, menuda, morena y pizpireta, es sevillana pura. Bajo los negros rizados que bordean la frente arden un par

de ojazos «que quitan el sentido», como dirían en su tierra, y en los cuales parecen reflejarse la Giralda, el Guadalquivir, Triana, la Torre del Oro, la Macarena y el Cristo del Gran Poder; toda Sevilla entera con su alegría y su luz, con sus cañas de manzanilla, sus pintados pañuelos de Manila, sus rejas de rebosantes claveles, sus niños pintureros, sus hembras saladísimas y demás cegadores complementos que han forjado la España de pandereta. Amalia Molina es toda nervios, vivaz, inteligente, con un alma de mujer tan grande como sus ojos negros y un corazón de artista tan enorme como su alma. A esta sevillana, rebonita y graciosa, hay que retratarla en el círculo de una pandereta sobre un fondo de flores y de sol, y prender luego en las sonajas unos madroños rojos como sus labios perfumados con la sal de Andalucía.

Si algún día el Cansancio ó el Amor la aconsejan una prudente retirada, el Recuerdo evocará sus brillantes actuaciones, en las que los vivas, los aplausos y las frases de cariño se mezclaron galantemente.

Entonces sus lindos labios rojos de muñeca iniciarán una sonrisa de nostalgia y de dicha, murmurando: *Cuando yo era artista...*, á diferencia de otras estrellas que tendrían que exclamar: *cuando yo era furcia...*, y en sus ojos de sevillana el genio tomará á llamear, y sobre su felicidad se alzarán como fantasmas dulces y luminosos sus grandes triunfos, sus clamorosas ovaciones y sus constantes é incontables éxitos.

ALVARO RETANA

* * *

De la *Revista de Varietés*, de Madrid:

AMALIA MOLINA

Hace tiempo sabemos, todos, quién es Amalia Molina: una de las glorias más puras del arte español; porque Amalia es un símbolo, es un trozo de alma española, que, envuelta en los flamantes colores de la bandera nacional, pasea por el mundo los caracteres invictos de esta raza, con su alma llena de misterios, de exaltaciones, de tristeza, de ensueños, de grandezas caídas y de enamoramientos del ideal, que la lleva por el mundo de la más quimérica poesía.

Amalia Molina es un volcán y una flor, y un rayo de luna, que nos embalsama con su tristeza, y un suspiro que brota en la fronda, en la callada noche que ampara toda melancolía, y una

castañuela que de improviso nos inunda de gracia y de alegría, y nos transporta á las fiestas más puras y castizas de la inmortal Andalucía.

Amalia Molina es inmensa como el mar y profunda como los cielos, y sus ojos, carbones encendidos en medio de tenebrosa noche, luceros rutilantes que reflejan la infinitud del alma humana, con todos los abismos inacabables y tempestuosidades pasionales.

Por eso, Amalia es grande y es excelsa, no precisamente por vestido más ó menos, decorado peor ó mejor, ni detalle escénico de mayor ó menor cuantía (aunque tengan siempre un valor relativo), sino por esa arma de artista de que Dios plugo dotarla, y de que, ¡ay!, tantas llamadas artistas carecen, y que, sin embargo, es lo que realmente conmueve á las muchedumbres.

Ahora bien; claro es que si á esta condición se reúnen la demás accesorias á que me he referido: presentación, decorados, vestuario, repertorio, etc., etc., entonces, ¡miel sobre hojuelas!, la artista, y más si es artista de varietés, alcanza el *summum* de la perfección y acaba de reunir todas las armas para alcanzar la más brillante y definitiva victoria en sus fieras batallas con el público.

Y esto le ocurre á Amalia Molina. No me detendré á detallar sus preciosos decorados, de Muriel, de todas las regiones españolas; ni su vestuario magnífico, primoroso, lujosísimo, que hace que las damas tengan verdadero empeño en entrar en el camerino de Amalia, para verlo y examinarlo de cerca; ni las alhajas suntuosas y valiosísimas que adornan el gentil cuerpo y rostro y garganta de la sin par macarena; ni su colección, maravillosa, de mantones, que es de lo más notable que existe en España; ni su repertorio, extenso, selecto, complejo, de toda clase de canciones y aires regionales, que demuestran la flexibilidad de temperamento exquisito que posee la artista para adaptarse á tan diversas creaciones; repertorio cultísimo todo él, que atrae, sugestión y entusiasmo á todos los públicos.

Ilustres literatos y poetas, á porfía, han cantado los méritos y grandezas de la famosa sevillana, sus rasgos geniales, su espíritu castizo y simbólico del alma patria, poniendo todos ellos en sus plumas las frases más entusiastas de gentileza y de homenaje.

Bien quisiéramos entrar á detallar todas sus campañas artísticas y sus incontables triunfos, pero bariamos interminable este artículo, por cuanto la incomparable Amalia no da apenas descanso á su alma de bohemia, que, como el pájaro, nació para cruzar eternamente el espacio cantando las glorias de la Creación.

ALFONSO MARTÍN

De *El Eco Artístico*, de Madrid :

AMALIA MOLINA

La trompeta de la fama resonó por todos los ámbitos de la tierra en obsequio de esta artista portentosa, que va derramando á montones la sal, que al llegar á los labios del espectador le enardece de tal manera, que prorrumpe en vítores y aclamaciones frenéticas.

¿Cómo no va á derramarla quien parece haber salido de las propias salinas, por la gracia irresistible que atesora, y la hace elevarse sobre un pedestal consistente que el tiempo y su excepcional arte han consolidado?

Amalia Molina es una estrella que brilla con luz propia en el género de varietés.

Su nombre ejerce en el público mágico poder, y en cuanto sale á escena, vestida lujosamente, con esa nerviosidad propia de los artistas que desean transmitir su espíritu inquieto á las muchedumbres, éstas se agitan, cual olas rizadas que á impulsos de la corriente se deshicieron, murmurando calladamente una ovación en obsequio de artista tan fascinadora.

¿Me negaréis que no es fascinación la que ejerce Amalia Molina sobre todos los públicos?

Suavemente comienza á cantar; poco á poco va tomando calor, y las tonalidades que dan vida á su trabajo surgen gradualmente mientras su rostro da simpatías al conjunto, y acciona graciosamente imprimiendo á la canción el complemento que necesita.

¡Si vierais qué difícil es decir nada que no le hayan dicho ya á Amalia Molina!

Su repertorio inmenso está tejido por autores expertos que seleccionaron para ella sus mejores composiciones.

Su figura gentil, vestida siempre original y apropiadamente ó cruzando sobre sus hombros el clásico pañolón de Manila, parece arracada de esos cuadros maravillosos que nos pintan á Sevilla con todos sus atractivos de un cielo azul y una morena prendida de flores, como atraídas por su encanto irresistible.

Y Amalia Molina es eso: una flor nacida en el vergel del arte, para el que vive dotada de cualidades meritísimas.

Muriel, ese gran maestro de la escenografía, pintó para Amalia, un decorado ideal, y en ese marco, que pregonaba la excelencia de un artista de la paleta, encaja maravillosamente esta otra artista incommensurable, genial.

Actuó en los principales teatros de España y del extranjero, pues su fama traspuso fronteras, cruzó mares, y llevó su nombre á lejanas tierras para que allí la admiraran, privilegio que no había de ser sólo exclusivo de nosotros.

Amalia se un prestigio, una atracción formidable para cualquier empresa; y comprendiéndolo así, éstas la asedian en tal forma que no la dejan momento de descanso.

¿Pero qué más? Amalia Molina tiene su mayor apología en su nombre.

Y aunque parezca una perogrullada, decir su nombre es cantar sus excelencias definitivamente.

FERNANDO MORALES

* * *

Del *Saltimbanqui*, de Madrid:

AMALIA MOLINA

El alma española, cuyos lamentos y alegrías la musa popular llevó al pentagrama, tiene en cada región, en cada pedazo de tierra, diversa manera de expresarlos, siempre generosa, artística y valiente, sentimental ó retozona, constituyendo un inestitica y valiente, sentimental ó retozana, constituyendo un inestimable tesoro: la copla.

El pueblo fué su cuna y allí permaneció hasta que una artista netamente española, la recogió cariñosa iniciándose entonces una nueva era, un nuevo género, *los cantos regionales*, cuya creadora fué *Amalia Molina*, el número más completo de variedades que existe en España.

Pero no vayan á creerse muchas denominadas estrellas, que Amalia pensó y quedó hecho de improviso su número tal cual hoy lo exhibe. No. Es fruto de tiempo; es un compendio de estudio visto al recorrer las distintas y muy variadas regiones españolas; es el resultado obtenido merced á su intuición portentosa, á su fino instinto de observación, á su exquisita flexibilidad y admirables aptitudes de adaptación, y el fuego artístico de su alma *quid divinum* que anima á todo el que es genial.

Sólo así se puede triunfar, no con rápidas imitaciones.

El dios *Exitto* acompaña siempre á esta saladísima sevillana, que va derramando por todas partes raudales de alegría.

GREGORIO GOTA

De *El Liberal*, de Sevilla.

He ahí una mujer sevillana de «arriba abajo» ó de los pies á la cabeza; una muestrecita de lo que por acá criamos para esparcimiento y solaz de nuestro espíritu; una criatura deliciosa, que pasea triunfalmente por los escenarios todo el donaire de esta tierra, de esta «ciudad de la gracia», que ríe siempre con la alegría de su cielo.

Una sevillana esbelta por los cuatro costados, como la torre de la Basílica hispalense, graciosa «de nacimiento». artista desde antes de nacer; un manojito de nervios, con unos ojos así de grandes, que no hubiera resistido José el casto.

Hay que ver á Amalia Molina con su simpática y graciosa des-
envoltura; para sentir hondamente la alegría de haber nacido y para que se afirme en nuestro ánimo con soberano impulso la voluntad de vivir. «¡Hay que quererla!»—como gritan los entusiastas del cante «jondo».

Y hay que oirla. Con alegría unas veces y otras con sentimiento en sus cantares y bailes, sabe hacemos el regalo inapreciable, espiritual y sublime, del alma española.

Al conjuro de sus coplas y canciones, el amor á la patria chica deja de ser egoísta y se extiende y agranda para abarcar en un mismo sentimiento á Aragón, á Levante, á Castilla, á Galicia, á Asturias, á Andalucía... á todas las regiones, en fin.

He aquí una mujer que hace por la armonía y fraternidad regionales, desde el escenario, más, mucho más que el mismísimo Dato desde la cumbre del Sinaí político.

Artista es Amalia Molina por excelencia de su temperamento, porque late al impulso de serlo en su cuerpo de andaluza y sevillana; acaso porque su alma es un pedazo de este cielo de Sevilla, que ríe siempre...

Y esta noche, en la noche de su beneficio, cuantos amen á Sevilla rendirán un tributo de admiración á esta singularísima artista, tan castizamente sevillana, que hasta en París sostener quiso en una ocasión la supremacía de la Giralda sobre la altura de la torre Eiffel...

J. LÓPEZ SAN MIGUEL

Del *Fígaro*, de Sevilla :

AMALIA MOLINA

Amalia Molina, esa mujer menuda y graciosa, manojito de nervios, risa perpetua, alegría sana y simpatías sinceras, que ha paseado triunfalmente los principales escenarios de España y del extranjero; esa gentilísima sevillana, siempre nerviosa é inquieta, de conversación aguda, ingeniosa, variada, fina é irónica, reapareció anoche entre nosotros, cada día más sugestiva, más artista y más alegre.

Amalia Molina, que ha elevado á la categoría de verdadero arte las varietés, que sin recurrir á exotismos ni á falacias artísticas supo conquistar el primer puesto entre las estrellas españolas, con naturalidad suma, viendo con el claro repiquetear de sus crótalos, que ilustra el alma de sus insuperables canciones, fué nuevamente consagrada entre nosotros por el numerosísimo público que al anuncio de su debut llenó el teatro.

Su labor personal y extraña, matizada por las exquisiteces y finuras de su alma artista, única en su género, se impone y triunfa por sí propia.

Su voz, armoniosa, dulce, delicada, su clara dicción y su arte supremo saben y aciertan á expresar el secreto que duerme en el fondo del alma de las regiones.

Agilísima, su cuerpo, cuando baila, es algo tan sutil y quebradizo que hace próximo á romperse. Rítmica, danzarina, elegante, dando la verdadera sensación de la danza pasional (fuerte, impetuosa, si son aires andaluces; alegre, ligerísima, viril, si es la jota; dulce, lenta, pausada, si son aires de la vieja Castilla); hay algo en ella que la transforma en estos momentos, y al espectador llegan, por los órganos de la visión, las contorsiones de un cuerpo que se mueve dulcemente, mientras la orquesta acaricia los espíritus.

El debut de Amalia Molina fué anoche un acontecimiento artístico; las ovaciones eran clamorosas, los aplausos frenéticos y la escena se cubrió materialmente de flores. Tratándose de Amalia, forzosamente había de registrarse una nota de buen gusto, color y ambiente sevillano: una simpatiquísima andaluza, su mejor amiga, le regaló una hermosa escultura representando al Señor del Gran Poder. Cuando la vió, la genial artista entonó una sentidísima saeta que le valió una ovación indescriptible.

Y nosotros nos hemos extendido hoy un poco más para pagar á la artista el recuerdo de aquellos días en que, ignorada por todos, trabajaba en un modesto Salón, sin que ninguno viese en

ella el más leve destello de ese arte tan suyo, que ha lanzado su nombre, consagrándolo, á los cuatro vientos.

Días lejanos, en el cómputo del tiempo, pero muy vivientes en el corazón de la artista que anoche habrá evocado al verse objeto de tales manifestaciones de entusiasmo.

DIEGO MARTIN NUÑEZ

* * *

De *El Liberal*, de Sevilla :

AMALIA MOLINA

Chiquita de cuerpo, viva, graciosa, de insuperable arte y con unos ojos maczrenos, grandes, negros, sumamente expresivos, por fuerza tiene que triunfar.

Canta y baila con incopiable estilo, sintiendo hondamente las canciones y dando á sus danzas todo el fuego y delicadeza necesarios.

Preséntase, además, con inusitado lujo, propiedad y buen gusto.

El acabado estudio que la celebrada artista tiene hecho de la música, trajes, bailes y costumbres españolas, la permiten con una facilidad grande, asimilarse el espíritu de cada una de las regiones cuyos tipos representa.

Su público, como ella llama al de Sevilla, acudió presuroso, hasta agotar las localidades, á fin de testimoniar á su genial paisana las unánimes simpatías que por ella siente, y los frenéticos aplausos y las incontables ovaciones premiaron constantemente la meritísima labor artística de la gentil Amalia.

ANTONIO PEDRAZO

* * *

De *El Noticiero Sevillano*, de Sevilla :

AMALIA MOLINA

Anoche debutó Amalia Molina. Bastó sólo el anuncio de que la artista sevillana haría desfilar ante nuestra vista su arte vario y personalísimo para que el público concurriera nutridamente, llenándose el teatro, cuyo aspecto era brillantísimo.

Indudablemente no han exagerado los apologistas de Amalia Molina en sus juicios encomiando las bellezas de su arte complejo y múltiple. Anoche, la gentil artista confirmó su reputación. En las diversas canciones que le oímos se nos reveló como artista, dotada de un don de asimilación que maravilla y de un alto y exquisito sentimiento que cautiva poderosamente el ánimo.

Los aires regionales de Valencia, Andalucía, Cataluña, Ara-

gón, Castilla, Asturias, etc., etc., al pasar por el tamiz del temperamento artístico de Amalia, adquieren tal carácter de realidad que, oyéndolos, se experimenta la sensación de las cosas sentidas.

El decorado que presenta, variado según las canciones que interpreta y la propiedad con que viste los tipos de las distintas regiones, son detalles que prestan realce y vistosidad á su trabajo de artista consumada en el género, que creó y que cultiva con tanta fortuna y acierto.

Amalia Molina puede encontrarse orgullosa y satisfecha de la acogida que anoche le dispensaran sus paisanos, pues las ovaciones que escuchó al final de cada canción surgieron con tanta espontaneidad, que los aplausos, clamorosos y entusiastas, parecían dictados por un común sentimiento de admiración y simpatía hacia la genial artista.

Al terminar la última canción, Amalia, en vista de los constantes y prolongados aplausos del público, salió al escenario, y toda emocionada dirigió algunas frases de agradecimiento á sus paisanos por la entusiasta acogida que le dispensaron.

LUCIO SERRANO

* * *

De Sevilla, diario de Sevilla :

AMALIA MOLINA

La inimitable, la inmensa artista Amalia Molina, estrella de primera magnitud, triunfa en Sevilla, su patria chica, llenando el teatro de público culto que no se cansa de aplaudir el trabajo afligranado de la genial sevillana.

Confiada en sus excepcionales facultades, pues en esta artista se hermanan la gracia y el arte en grado sumo, representa y canta las diversas regiones de España tan á la perfección, que los públicos, de no conocerla, lo mismo creerían que era valenciana, que castellana, andaluza, aragonesa...

Satisfechísima puede estar de sus paisanos; pero en realidad, tampoco éstos pueden pedir más arte, gracia ni lujo á esta insigne artista que va por doquier cosechando ovaciones estruendosas.

José CASADO DOMINGUEZ

De *El Correo de Asturias*, de Oviedo :

AMALIA MOLINA

Decir Amalia Molina es decir ¡España! Y decir España, es decir sol, color, alegría, sentimiento, nobleza y gracia.

Lleva tan prodigiosa artista en su cuerpo breve y delicioso todas las cualidades de nuestra raza, y el alma de ésta encuentra en el arte imponderable de Amalia su más esclarecida y fiel intérprete. Por eso, no solamente los *intelectuales* son sus entusiastas admiradores, sino que también la aclama el *pueblo soberano*, porque en sus canciones vibra el espíritu que anima á las muchedumbres, con sus pasiones, con sus celos, con sus penas y con sus alegrías.

Amalia Molina, como todos los grandes artistas, ha sabido crear un género, tan original y tan suyo que difícilmente se presta á imitaciones.

Unase á todo esto : elegancia suprema, derroche de lujosos y apropiados trajes, selectísimo y original repertorio, y todo ello presentado en suntuosas decoraciones pintadas por el eminente escenógrafo Luis Muriel.

Al celebrar los resonantes triunfos de la sin par Amalia, deseamos que los aplausos y las ovaciones que á diario le tributa el público sean ofrenda sincera en una interminable serie de legítimas glorias.

FÉLIX ORDÓNEZ

* * *

De *El Comercio*, de Gijón :

AMALIA MOLINA

Ante enorme concurrencia, entre la que descollaba lo mejor de la sociedad gijonesa, hizo anoche su presentación la gentil y sin rival estrella de varietés Amalia Molina.

Artista portentosa, simpatiquísima en extremo y poseedora en alto grado de toda la gracia y sal que atesora Andalucía, su divina tierra, sugestionó y cautivó al público desde el momento que hizo su presentación en el trono de sus triunfos.

Imposible es trasladar al papel la admiración, rayana en delirio, que Amalia supo infiltrar en el ánimo del auditorio. Jamás, dentro del espectáculo de varietés, hemos presenciado, en Gijón, manifestaciones tales de entusiasmo.

Esta esclarecida artista imprime á las notas de sus canciones el sentimiento unas veces, la alegría otras ; gimen elegíacas con

frecuencia, á menudo son risas cascabeleras, y siempre evocaciones de la tierra, de la región, de la patria.

Los diversos cantos y bailes de nuestra inmortal España los interpreta la Molina con tal propiedad y con tal verismo, como nunca habíamos visto ni oído á artista alguna, y es que siente lo que canta, y en cada nota de sus canciones, nos manda un pedazo de su alma grande, de su alma española.

Todo su repertorio ha tenido un ruidoso éxito; pero al interpretar de forma completa y acabada, cual ninguna otra artista, nuestros «cantos norteños», una verdadera tempestad de aplausos rindió justo tributo á la sin par cancionista.

Después cantó unas «soleares» que salieron de sus labios como si fueran inventadas por ella; parece que en su pecho nacen, y al querer salir, y al chocar con los nácares de su boca se deshacen en lluvia de vibrantes y armoniosas notas, que hacen juntar las manos del espectador en resonante aplauso.

¡Qué heterogeneidad de público y qué común acuerdo en cuanto al aprecio del exquisito arte de la Molina!

Los palcos y la sala de butacas, ocupados por lo más distinguido de nuestra sociedad, y el simpatiquísimo obrero y el alegre y noble pescador de Cimadevilla, llenando por completo la general.

¡Qué difícil y qué admirable es que juzguen y aplaudan al unísono los poderosos y los humildes!

Amalia: á ti y á los que como tú sois magos del arte, os cabe la gloria de ser los únicos capaces de confundir los diversos sentires.

LUIS FERNANDEZ VALDES

* * *

De *El Norte de Castilla*, de Valladolid:

AMALIA MOLINA

Del alma del pueblo son expresión viva las canciones populares; en ellas pone el dolor de sus penas y el gozo de sus alegrías. Las notas musicales de esos cantos, que vuelan de boca en boca, llevan de corazón á corazón la flor de sus sentires. Vibra en ellos todo el vivir del pueblo. Por eso son inmortales.

Y por eso el pueblo se apasiona con los artistas que á interpretarlos dedican su talento y su arte.

Así Amalia Molina, y así el entusiasmo con que en todas partes se la acoge.

Es la linda cantatriz la más inspirada intérprete de las canciones populares.

Cuando en la escena, graciosa y elegante como una figulina de Tanagra, toda expresión la cara, toda pasión los ojos, toda vivacidad su figurita delicada, canta una copla andaluza, derrama su voz una oleada de aquella melancolía que dejaron los árabes artistas en la tierra del sol; si un cantar asturiano, trae de las fértiles montañas norteñas un eco nostálgico; si una canción salmantina, siéntese la recia vibración del alma castellana, y si canta al ritmo alegre de una seguidilla, parece como que toda la alegría española, sana y fuerte, repica á gloria.

Del arte del pueblo, que es artista cuando llora y cuando ríe, ha hecho Amalia Molina una síntesis genial. El pueblo todo canta por su boca, y al oír en sus canciones el eco de sí propio, lo aplaude entusiasmado.

RICARDO ALLUE

De *La Defensa*, de Valladolid :

Arte español

AMALIA MOLINA

Esta gentilísima andaluza proyecta una excursión artística por el extranjero, impulsada por una creciente curiosidad de conocer públicos nuevos.

Sin duda, acostumbrada á nuestro aplauso constante y á la admiración que la profesan los hispanoamericanos, quiere presentarse ante muchedumbres de opuestos caracteres para gozar del triunfo sobre ellas.

Tal propósito debe mirarse con simpatía por los que amamos el arte español, tan falsamente conocido por los extranjeros.

Una verdadera plaga de cantadoras y bailarinas españolas, ó españolas falsificadas, ha invadido los teatros y los *music-halls* del mundo para ridiculizar nuestro arte popular en unas grotescas parodias caricaturescas.

Y sus cantos y bailes amanerados, cómicos, risibles, han hecho que los que tenían de nosotros un concepto de bandidos y toreros hayan visto confirmada su creencia en un arte de contorsiones, desplantes y jipios.

Así, en vez de nuestras leyendas de ingenua poesía, conocen *españoladas* bárbaramente trágicas ó simplonamente regocijantes. En lugar de sentimentalismo andaluz, nuestras artistas de exportación hiciéronles oír su eterno lamentar de fúnebres lloronas. La franqueza, espontaneidad y patriotismo de los aragoneses llegó á ellos trocado en brusquedad, incultura y odios cerriles. De las demás regiones apenas llegó nada. Todo español, para los extranjeros, se amodorra llorando al sol ó blasfema pegando á la suegra ó al pollino.

Y á deshacer esta creencia va la Molina fuera de España.

Amalia Molina, la artista más española y una de las españolas más artistas, puede lograr con esta empresa de extensión del nombre patrio más que una campaña literaria, periodística ó guerrera.

Amalia Molina canta y baila exclusivamente canciones y bailes españoles, y su único maestro ha sido el pueblo.

Es el suyo un arte que no se improvisa ni se estudia; es hijo de su espíritu y su temperamento, y nació en ella entre flores de colores ardientes, bajo un cielo purísimo en una tierra toda armonía.

Sus exhibiciones no parecen sino escenas vividas en plena campiña y á todo sol. Sus cantos no se adaptan á la rigurosidad del pentágrama, sino que son naturales, expresivos de placer ó dolor, que surgen desbordantes en claros surtidores de trinos delicadísimos y originales, y al danzar lo hace sin dislocamientos estudiados ni actitudes forzadas, sino con la flexibilidad de la mujer oriental y la raza y gentileza de su raza.

Aunque Amalia Molina es genuina y representativamente andaluza, su cariño á las ciudades donde fué celebrada y á sus motivos regionales fueron causa de que hoy figuren en su repertorio bailes y cantos de todas las comarcas españolas, y es de tal modo extraordinario su temperamento de adaptación, que siente todos los tipos que interpreta con una fidelidad tan precisa como los mismos motivos andaluces.

Porque ha vivido en eterno contacto con el pueblo y ha escuchado sus quejas y sus risas, no para imitarlas, sino para sentir las.

Yo la he visto gozosa é inquieta, entre una cuadrilla de vendimiadoras, que al concluir el tajo bailaban al compás de un almirez. La he contemplado absorta, escuchando las clásicas tonadas de Castilla, y cuando ya al regreso, una aldeana comenzó á gritar el «Tápame, tápame», ese insostenible fado portugués, la vi entristecer, diciéndome: «Yo no tengo culpa de eso. Son las otras.»

Las que hacen que poco á poco se olviden nuestros cantos y nuestras danzas típicas son *las otras*, las que han bastardeado nuestro arte y prostituído la escena española y nos han presentado ante el extranjero como un arcaico motivo de diversión y de burla.

A deshacer esta obra va fuera de España la gentilísima Amalia Molina, y sus armas son las dulces y apacibles asturianadas, las fuertes y placenteras tonadas de Castilla, el épico y religioso grito de la jota y la exquisita efectividad y la sana alegría de la tierra andaluza.

Cuando ella cante, al añorar su patria y sus hermanos, pondrá tal emoción y sinceridad en las coplas, que dará vida á las cosas mismas y el escenario parecerá un carmen ó una sierra, y las bambalinas semejarán un espléndido cielo español.

Y no faltará quien, ante su evocación, le grite con lágrimas de ternura :

¡¡ Viva España !!

ARTURO PEREZ CAMARERO

* * *

De *El Liberal*, de Barcelona :

AMALIA MOLINA

La genial Amalia vuelve á actuar en Barcelona. Como la ausencia fué larga, los deseos de verla y aplaudirla crecieron con el tiempo ; el éxito de ahora sobrepuja á los de antes, y eso que aquellos fueron ruidosísimos.

No es preciso que «descubramos» á la genial artista, cuyo nombre ha ido de triunfo en triunfo por los escenarios de España y del extranjero.

Ella y la Fomarina, cada una en su género, fueron las afortunadas creadoras de dos aspectos del cuplé y de la canción netamente española.

Amalia Molina es, ante y por encima de todo, una española que pone en sus cantares y bailes el fuego ardiente de sus miradas, el alma de una raza y la encantadora gracia de la «tierra de María Santísima» en las canciones que recuerdan á Sevilla, á Córdoba, á Granada...

Y en lo andaluz y en lo levantino, en los cantos nortefios como en los viriles acentos de la aragonesa jota, Amalia Molina vence siempre...

Es tal la magia de sus cantares y tal el arte con que los viste, que al verla y al oirla nos parece cada vez más admirable, más subyugadora.

VICENTE LOPEZ GALINDO

De *La Tribuna Artística*, de Barcelona :

La reina del regionalismo, la excelentísima sevillana ha debutado en el teatro Apolo de Madrid, ¡en la catedral del género chico!, con un éxito loco. Amalia Molina es la artista gitana, que entusiasma al público con su trabajo verdad, dando un poco de cada región y llevando á corazones ausentes el canto de su patria chica; cuando Amalia Molina canta y baila la jota del heroico pueblo aragonés, cuando ejecuta unas sevillanas y canta unas malagueñas, y después las baila; cuando canta el pregón de ¡s bocuerones de la tierra del vino, ¡como nadie! Sí, lectores, ¡¡como nadie!! Cuando canta y baila unas seguidillas como sólo ella sabe, cuando ejecuta su trabajo todo, el público en masa siente el frío de la emoción, y aquel baturro que, ausente de su tierra, oye el noble canto, y aquel otro sevillano que, lejos de la Giralda, ve sus bailes y oye la clásica sevillana que dice :

En habiendo luna y sol
no hay ya tristeza ninguna;
que mientras el sol se apaga
se está encendiendo la luna,

aplauden entusiasmados á esta artista genial, cuyos éxitos son continuos, y que, pese á quien pese, es la única, es la artista verdad, es la que triunfa, porque es artista, y no porque cante un cuplé más ó menos intencionado. Amalia Molina es la artista puramente española. Amalia Molina es el apóstol del patriotismo.

JOSÉ MANZANARES NAUSA

De *La Publicidad*, de Granada :

¡Amalia Molina! Porque eres copla de Sevilla, cielo de Málaga, rosal de huerto granadino; porque tienes «trapío» de

gitana picaresca y espíritu de reina poderosa ; porque eres Andalucía hecha carne y aroma, sonido y bendición, hoy te elevo mi canto.

En el hondo milagro de tus pupilas negras fulge esa chispa de melancólica alegría que es el alma de nuestras clásicas verbenas estivales y que hace que se desaten en trémolos de llanto nuestras guitarras, mientras que líricas gargantas andaluzas aturden el ambiente con atropellados cantares de amor y celos.

Amalia Molina : tu cuerpo es ágil y menudo como una llama, pero esbelto como la Giralda de tu madre tierra ; la proverbial gracia de Andalucía colmó tu vida con sus más preciadas galas, el alma del pueblo expresó su más honda emoción en tus cantares ; y así, por bella y por artista, seduces como mujer, y llevas á prosternarse ante tu corazón los corazones devotos del sentimiento.

¡Cómo canta el pájaro-copla de España cuando toma nido en tu garganta de cristal ! ¡Y cómo llora su canto en tu voz serena y flexible, que es rumor de frondas, susurro de besos, tintineo de campanillas del Señor !

Amalia Molina : tú más que nadie sabes representar á Andalucía. ¡Tú eres Andalucía !

Porque vives engarzada en el espíritu de la copla clásica ; porque pregonas la alegría al andar de tu cuerpecito garboso, y eres flor de la gracia en el ingenio de tu charlar sin tregua, y eres melancolía en el inconcebible abismo de tus ojazos gitanos.

J. VAZQUEZ DE SOLA

* * *

Del Noticiero Granadino :

Cuando el domingo, en el teatro de Cervantes, ante un público heterogéneo, en el que tenía espléndida representación la más alta aristocracia de Granada, Amalia Molina, ese espíritu de mujer, orgullo de la región andaluza, después de cantar, infatigable y complacientísima, cuanto se le iba pidiendo, lanzó al aire su voz, diciendo :

«Adiós, Granada,
Granada mía» ;

crujió una ovación estruendosa, formidable. Y al completar la estrofa diciendo :

«ya no volveré á verte»,
centenares de voces gritaron : «no, no ; no te vayas».

Ese ha sido el resultado de su campaña, de éxito y triunfo constante. ¿Fué esa canción final un latiguillo de efecto en esta tierra

«de la torre de la Vela» ?

No, porque Amalia Molina hizo el programa excluyendo dicha obra, y desde que al comenzar la función en esas sevillanas clásicas, que tan magistralmente ejecuta, decía :

«Este cariño grande
que nos tenemos» ;

el público suscribía en aplausos las palabras de la copla, que se repetían más sentidas.

La despedida de la genial artista constituirá una gratísima fecha en Granada, donde tantas eminencias han tenido un adiós cortés, sí, pero á todas luces frío.

A petición, como todo cuanto hizo, cantó las saladísimas «corraleras»—flor de Sevilla, nacidas al conjuro de los famosos autores Alvarez Quintero—, que desatan en brincos nuestra alma de andaluces. Contrastan con aquellas «soleares» quejumbrosas y tristes que oprimen el espíritu, manifestándolo en lágrimas de dolor.

La función de despedida finalizó tardísimo, entre insistentes repeticiones. Las señoras aplaudían á la delicadísima artista ; el escenario recogió flores y sombreros. Amalia Molina tuvo que adelantarse al proscenio y gritar : «¡ hasta muy pronto !», con lágrimas en los ojos y con voz ahogada por la emoción.

J. BELLVER CANO

* * *

De *El Cantábrico*, de Santander :

Al fin se presentó la artista en escena. Apenas empezó á cantar, se apoderó del público. Todos los oídos, todos los espíritus pendientes estaban de aquella voz fresca, sonora, voz

«de la tierra», como la manzanilla, que metía en el alma todos los aromas de aquellos cármenes de ensueños.

Aquel canto era puro canto español. Era el arte del pueblo en que éste pone entera su alma hermosa y limpia. Las canciones sublimes en que el pueblo canta y llora é increpa y ríe y ruge y ama. Eso inimitable, que ni el método, ni las reglas, ni la sabiduría é inspiración del técnico han conseguido sobrepasar jamás. Porque es ello los sentires, las pasiones, es la sangre y la vida de ese pueblo artista y poeta, y genio creador.

Y esas canciones eran expresadas por Amalia Molina, pedazo triunfador de aquella Andalucía gloriosa, como nunca las habíamos escuchado.

En la voz de Amalia Molina había lágrimas, arrebatos trágicos, estremecimientos de pasión impetuosa y arrobadora, vibraciones trémulas de hondos sentires, languideces, temuras, arrobamientos..., un poema en cada frase; en cada copla un aroma. Por eso, cada vez que terminaba de cantar, estallaba una ovación inmensa, ensordecedora, entusiástica. Y de muchos labios salían aclamaciones inconfundibles emanadas «de los redaños del alma».

La ovación, cuando terminó la insigne artista, fué inenarrable... Aun escribiendo muchas cuartillas, no acertaríamos á expresar la intensa admiración que supo infundirnos la famosísima cantatriz española.

JOSÉ ESTRANI

De *La Unión Mercantil*, de Málaga :

Amalia Molina, la genial y simpatiquísima cancionista y bailarina; esa muñequita que en cada ojo lleva un Onofroff y en su canto un raudal de sentimientos, sabe dar á cada público lo suyo y conseguir el entusiasmo entre todos, logrando un triunfo en cada representación.

Las secciones en que ha tomado parte se han contado por rebosantes llenos. ¡Lástima que el ilustrado ingeniero á cuyo buen gusto se debe á la construcción del Novedades no haya podido edificarlo en forma de acordeón! Entonces sí que sería fácil reducirlo ó ampliarlo, según las circunstancias.

La Empresa está de enhorabuena, pues número tan fino, elegante y de presentación tan lujosa como éste no ha podido encontrarlo hasta ahora.

Y es que Amalia Molina, con su arte exquisito, su gracia, su cara y su figurita, tiene el doble privilegio de identificarse

con el público de palcos y butacas, sugestionando, al propio tiempo, al de entrada general, y por eso todos salen diciendo :

¡Pero qué artistaza, qué mona y qué simpática es esta chiquilla !

¡Bien haya el pueblo que, no ante exaltaciones políticas, sino ante lo que el arte inspira y unos bellos ojos sugestionan, aplaude expansivamente, y, sin fanatismos, se entusiasma !

JOSÉ CARLOS BRUNA

* * *

De *El Popular*, de Málaga :

En el escenario del teatro elegante, la artista famosa soporta valientemente cientos de miradas que, con insistencia de escalpelo ante la carne rebelde devoran su figurita grácil.

El torneado cuerpo, dócil al compás de la música, ricamente ceñido, se yergue en triunfo, mientras la copla desolada evoca en todos los corazones viejas amarguras, imborrables recuerdos de juventud y de alegría ; cosas perdurables, para las cuales de nada sirve la tierra de los años, cuando una voz amante, voz de mujer bonita, trae el misterio de la resurrección en un cantar de dulce melancolía, de amargo dejo.

Estos aires andaluces, vencedores en todas las claves, vibran como ningún otro en el diapasón de todos los sentimientos. No ahogada aún la copla soñolienta de triste decir, ha surgido la seguidilla fácil y alegre, el repiqueteo continuado con vertiginoso compás, y la letra oportuna, «guiadora», riente, como un aluvión de dichos graciosos, de cosas pintorescas.

Entonces el aplauso resuena con prisa, con ligero compás, por obsesión, y parece como carcajadas de alegría entre el chocar de las copas de manzanilla y el rasgueo, casi apagado por una continuada aclamación.

Amalia Molina ha triunfado. El alma del artista, asomada al rostro, sonríe toda, con una expresión de inefable felicidad. Un concurso desconocido acaba de sancionar sus méritos de elocuente manera ; en su ejecutoria artística hay un nuevo blasón que poner.

Cae la verde cortina, cerrando rápidamente la escena ; la amable visión ha desaparecido ; pero queda perenne su último cantar, la granadina de dulce sentir :

«Voy por el mundo
siempre cantando...»

J. SANCHEZ RODRIGUEZ

De *Heraldo de Aragón*, de Zaragoza :

Hacia tiempo que Amalia Molina, la más genial de nuestras cancionistas, no nos deleitaba con sus emocionantes canciones españolas ; así su debut era esperado con gran expectación.

Ayer, Parisiana estuvo rebosante de público en las dos secciones en que hizo su presentación Amalia Molina, y todo el mundo quedó encantado de la insuperable gracia y la estupenda expresión de la artista.

Todas las regiones de España fueron evocadas por la insustituible estrella andaluza, que ha estudiado á conciencia las palpitaciones y los sentimientos de la raza española en todos sus aspectos.

Las canciones de Amalia Molina constituyen un verdadero himno nacional que nos llena de recuerdos y nos obliga á sentir con verdadera emoción.

No recordamos otra artista que sea para los españoles más emocionante que ésta.

Está dotada de una rica sensibilidad de artista, de una graciosa, linda y simpática figura, de una voz llena de cadencias y de sentimientos, que se adapta como ninguna á los cantos de cada región, pero esencialmente á los andaluces, que son los predilectos de la artista.

Además, hace su presentación con verdadera riqueza y con exquisito gusto de indumentaria y decorado. Lleva decoraciones, como la que corresponde á Zaragoza, que son verdaderos prodigios de las artes escenográficas ; no caben mayores efectos ni una técnica más irreprochable.

Por todo ello, constituyó un verdadero éxito el debut de Amalia Molina, á quien el público no se cansaba de aplaudir y de aclamar, con razón esta vez.

TORRES

* * *

De *El Noticiero de Vigo* :

AMALIA MOLINA

Pero, ¿cómo hacerlos desde estas columnas su presentación? Si pudiéramos personalmente... Amalia, haya nacido ó no en Sevilla, es algo más que «digna de ser morena y sevillana».

Para mí, que nunca olvidaré á Sevilla ; que la veo, como el poeta, cuando cerrados los ojos huele una naranja, cuando as-

piro el aire de la primavera, á ciertas horas de calurosas tardes, á las puertas de un jardín; cuando escucho sonar de castañuelas ó rasgar de guitarra... Amalia Molina es el alma hecha carne de la Sevilla misma.

Su nombre se me aparece, como entre las brumas de una borrachera de amor, grabado en inmensa pandereta, orlada por el Guadalquivir, en cuyo terso pergamino se reproduciesen, con sobrehumano arte combinados, todos los colores del iris, toda la luz del sol del Mediodía, el perfume de azahar de todos los naranjos de la tierra, la poesía enervante, embriagadora, de una noche de novios, y como artífice de tan prodigiosa obra, el Dios creador usando por pinceles jirones de cielo...

Esa es la Sevilla que nos evoca Amalia con su arte: la poética Sevilla en que se destaca esbelta la Giralda, coquetona, tocada airosamente con encajes de piedra; la Sevilla de rejas misteriosas, tras de las cuales brotan las flores con estallidos de aromas que enloquecen; la Sevilla que, bañada por la incierta luz que los toldos velan, guarda esos patios donde susurran surtidores de agua con rumor de enamorados besos, cuyos ecos callados, seguidos, penetrantes, se disuelven tenues entre acuosos susurros.

Ante Amalia, evocadora, todo es fuego: los rayos del sol, el color de las flores, el batir de los labios... Y, á pesar de esto, y aun por esto mismo, su arte no es obsceno; es, si me permitís la palabra, «una ideal purificación» de las canciones y de los bailes andaluces, que hicieron exclamar á otro poeta, hijo éste de Mahoma:

«¡Sevilla! Para vivir entre tus muros, quisiera alcanzar vida más larga que la vida de Noé; quisiera tener los tesoros de Faraón para gastarlos en vino y en sevillanas, las de los ojos suaves que convidan á besos...»

¡Gloria á tu arte, Amalia!

MIGUEL DE ZARRAGA

* * *

De *El Noticiero Bilbaíno*, de Bilbao:

AMALIA MOLINA

Debió ser... Tuvo que ser en un día de sol esplendente, en un día de toros, en un día castizamente español.

Sevilla *arde* en fiestas. Las flores de sus jardnes embalsaman el ambiente y el pecho se dilata al aspirarlo.

Un cielo azul puro convida á la vida, un sol ardiente fecunda la deliciosa campiña sevillana y enciende en las pupilas negras de las hermosas mujeres, paisanas de la Torre del Oro, el fuego abrasador de la pasión.

En el real de la feria, en los antepechos de las clásicas y arabescas casetas, morenas de ojos negros traicionan al sol con sus miradas provocativas y tentadoras.

En el interior de las casetas corren las cañas de manzanilla de mano en mano, y los quejidos melancólicos de ese instrumento tan español, llamado guitarra, suenan dulces y armoniosos.

Por el Prado de San Sebastián rueda, en calesas tiradas por enjaezadas jacas, la belleza sevillana, tocada con la clásica mantilla y con claveles en el pecho y cabeza.

En el circo taurino realizan mil proezas aquellos hombres temerarios, vestidos con trajes refulgentes. En el cielo, el sol envidia aquel cuadro deslumbrador; en la arena del circo, una mancha roja es emblema del sacrificio, de la grandiosidad de la fiesta.

Todo es júbilo, alegría, locura deliciosa, apaciblemente bañada por el Betis y fielmente guardada por la Giralda, centinela perpetuo de tanta belleza.

España, en días así solemnes, sonríe satisfecha de ser madre de ciudades tan españolas.

Debió ser... Tuvo que ser en un día de éstos cuando vino al mundo la más genial artista española: Amalia Molina. Por eso, ella sola simboliza toda España en sus más características bellezas: gracia, ambiente, luz, alegría.

Por eso, cuando Amalia canta nos hace temblar de emoción en lo más íntimo de nuestra alma; por eso, cuando Amalia baila, adornando sus manos finas y diminutas con los palillos, más que bailar parece que va tejiendo el finísimo encaje con que termina su falda de seda grana.

Por eso es morena, por eso en sus ojos brillá el fuego del amor y del patriotismo. Aunque no fuera más que por eso, justificaría el entusiasmo que en los públicos produce.

Amalia Molina es como las cuerdas de una guitarra, que nos muestran toda la gama de nuestros cantos populares.

Amalia Molina, con la que nadie puede competir en española, es un lazo de unión de nuestras regiones, tan variadas en la forma y tan íntimamente unidas por un mismo ardiente temperamento de fuego y sangre.

Amalia Molina tuvo que nacer en un día de esos en que Sevilla es paraíso encantado, plantel de bendiciones. Y sus

ojos, al ver luz tan radiante, cuadro tan lleno de vida, sintiéronse artistas.

ANTONIO AROCENA

• • •

De *El Liberal*, de Murcia :

Amalia Molina, la genial y sin par artista que cuenta en su ejecutoria timbres tan preclaros y laureles que nunca se marchitan, ha hecho anoche su presentación desde el escenario del teatro circo Villar.

El donaire y el salero de pura cepa española, sin mixtificaciones ni desplantes, que atesora la imponderable Amalia, le valieron ayer en Murcia un nuevo y resonante triunfo. Las ovaciones clamorosas y los aplausos entusiastas con que el público premió sus incomparables canciones y sus originales y rítmicos bailes, parecían encender más su sangre y acrecentar su retrechera é inimitable gracia.

Envuelta airosamente en un riquísimo mantón de Manila, cuajado de flores, aunque ninguna tan bonita como su cara, se adelantó hacia el proscenio en actitud tan gallarda, tan juncal, tan sugestiva, que muchos espectadores no pudieron contener una exclamación de fervoroso entusiasmo.

Su voz fina, melodiosa, encantadora, imprime tonalidades dramáticas, cariñosas, tristes ó arrulladoras, y su cuerpo todo, en ritmo constante, se retuerce en inverosímiles espirales, sin perder la armonía de sus líneas ni su atrayente gentileza, entre las cadencias de la música, que parece someterse al imperio dominante de la monísima artista.

Las rosas que en su cabello negro se destacaban con toda la soberbia de su rojo color, cayeron al suelo para alfombrárselo á la artista, que gallarda y salerosa segufa bailando á la manera que se baila en Sevilla, á los acordes de una morisca guitarra y entre macetas de albahaca, claveles, nardos y azucenas.

¡Vaya mi sombrero á los pies de Amalia Molina, para que deje en él las huellas de sus tacones, que, al repiquetear sobre las tablas de los escenarios, hacen que repiquen á gloria en el corazón de todos los espectadores.

PEDRO JARA CARRILLO

• • •

De La Tierra, de Cartagena :

Amalia Molina, la más gentil y graciosa cancionista que pisa los escenarios, la más castiza sevillana que se canta—¡á callar los ruseñores!—por marianas, bulerías, serranas, farrucas y So-leares (con S mayúscula y todo), hizo anoche su presentación ante el público cartagenero.

Sevilla, la riente capital de Andalucía, la urbe coquetona que, enamorada de sí misma, no cesa de contemplarse en las hialinas aguas del Guadalquivir, es aún más famosa en toda la redondez de la tierra por la hermosura y gracia sin par de sus mujeres, que por la enorme valía artística de sus notables monumentos, los naranjos de sus incomparables huertas, las flores de sus jardines y la gloria de sus preclaros hijos. Tan es así que para hacer el elogio de una mujer deidad, decía el gran Campoamor que era «digna de ser morena y sevillana».

Pues... Amalia Molina, la genial artista, es natural de Sevilla, y por si esto fuera poco, se bautizó en San Juan de la Palma y se crió en el propio barrio que es algo así como el *budoir* de la mansión celeste. Es Amalia; en toda su persona, una perpetua canción; cantan sus ojos, negros y luminosos, pesares de amores; canta su boca sentires del morisco pueblo en que vió la luz; su cuerpecillo gitano y cimbreante canta, rítmico, como las ondas del Betis, el río de las ninfas y las náyades; y sus pies, que con dedales se podrían calzar, cantan, retozones y alegres—¡fijáos en sus andares!—, sobre las tablas de los escenarios.

Como artista, la serie de sus triunfos se cuenta por los días que lleva trabajando desde que se presentó en los escenarios empuñando el cetro de la gracia y reconocida como la reina del salero.

El público llenó por completo el teatro Principal, y se entusiasmó con el sugestivo espectáculo que le ofrece la gracia incomparable de ese ramito de nardos, jazmines y rosas de pitimín que se llama Amalia Molina, rindiéndole el tributo de sus aplausos, sin reparar en lo que le cuestan las localidades, pues sabe que lo bueno hay que pagarlo, y con *una perra gorda*, á lo más que se puede aspirar es á *jartarse de higos chumbos*.

Este milagro lo ha realizado la sin par sevillana, la que estaría achicharradita con el fuego de sus propios ojos, si no se abanicara continuamente con sus largas y sedosas pestañas.

A su enorme y merecidísimo triunfo unimos el homenaje de nuestra más fervorosa admiración.

JOSÉ M.^a MARABOTO

De *El Pueblo*, de Valencia :

AMALIA MOLINA

No es desconocida para nuestro público ni para ninguno de España. Todos le son familiares, todos la quieren, todos la admiran y la consideran como la mejor intérprete de sus aires regionales, como la artista que más se adueña de sus costumbres y que más, de acuerdo con el alma popular, siente con mayor viveza sus quejas y sus pesares y los trasmite con más fino arte y más castiza forma á cuantos la oyen.

Ella sola tiene el secreto de saber interpretar en una canción, en un quejido, en un lamento que escapa de sus labios finos y contraídos por la nerviosidad de su temperamento, un aspecto de alma popular, que en sus cantos y poéticas relaciones estampó gran parte de su historia.

En Amalia Molina, artista, no hay que buscar lo que otras artistas del género de varietés entendieron que debía ser la base de su triunfo. La mayor parte de esa gente anduvo equipocada. Belleza, escultural figura y riqueza de trajes fueron su base. Pronto se marchita la primera, y aunque perdure, su contemplación causa hastío sin el adobo del arte, sin la compañía de algo que la anime, que la haga expresar fielmente momentos y situaciones de la vida real, que nos impresionen, que pongan en tensión todas las cuerdas del sentimiento, haciendo vibrar nuestro organismo todo.

En Amalia Molina, su cuerpo es pequeño, su cara picaresca, gitana; sólo unos ojos insondables y vivos la animan y la hacen expresar cuanto quiere y cuanto su alma de artista les ordena.

No es una gran belleza ni una escultural figura: es una artista de bello conjunto, una artista completa, acabada, que triunfa y triunfará siempre por su temperamento dúctil, fiel á la realidad que siente y transmite.

En ella no hay que decir que si se arranca por «soleares» está mejor que si lanza al viento sus amores, entonando la jota. No. Está bien de todos modos, y de todos modos inimitable.

Ayer tarde, al efectuar su presentación en día de moda y ante un público que llenaba por completo el amplio teatro de Apolo, presentó bien variados tipos, bien distintos aspectos de la vida y del alma española.

Salió ofreciendo al auditorio las excelencias de unas seguidillas clásicas, finas, de un encanto insuperable, en las que hizo un primor de interpretación. Un aplauso cerrado fué el premio.

A continuación salió el baturrico, deidido y despierto, que demuestra la variedad de su gracejo cantando amores en una de sus coplas y lanzando ironías á las señoras en otra. Después fué el típico «lereles», ese tango gaditano en el que no tiene rival Amalia, y fué dicho con finura, con gracia que nadie ha podido aventajar. Luego se arrancó por «soleares», y sin llegar á los desplantes y ridiculeces de un canto y un estilo que exageran los aficionados, fué filigrana pura, oro de ley, moneda antiguamente acuñada, pero servida ahora por una gitana.

Por último, sevillanas, bulerías y unas sevillanas corraleseras, de los hermanos Quintero, escritas expresamente para Amalia Molina, que fueron dichas por ésta con un arte extraordinario, con el alma toda, sevillana pura desde la peineta á los *pinreles*, y que provocaron una ovación.

La presentación de Amalia Molina fué un exitazo para la artista, que presentó distintas fases del temperamento nacional. Delicada y tierna en las seguidillas, franca y brusca en la jota, fué intencionada y sugestiva en el «lereles» y bulerías para acabar, apasionada y tierna, en las sevillanas y soleares.

Cuando tan variado espectáculo se ofrece; cuando con tanta realidad se interpretan tipos y personajes, llegando, como Amalia, á crear un arte completamente suyo, se llega al triunfo inevitablemente.

Además, la artista, todo nervio y corazón, se presenta al público con decorado adecuado, copia fiel de lo más saliente de la región que interpreta y todo él de una riqueza y una propiedad admirables.

El público salió complacido del debut, y cuantas más veces vean á Amalia Molina y más personajes le vean representar, sin que ni una sola de las modalidades de las regiones españolas dejen de ser objeto de su arte, se darán cuenta de lo raro que es encontrar otra artista que pueda igualarla.

A nosotros nos parece que tiene la exclusiva.

JULIO JIMÉNEZ

* * *

Del *Diario de Cádiz* :

Amalia Molina brilla en los escenarios gaditanos con luz propia y espléndida, como estrella que es del arte lírico español. Sus danzas y canciones tienen todas las reminiscencias de lo clásico. Su gentil figura es el arquetipo de la mujer española. Ingenua, graciosa, fervorosa creyente, ejerce la sugestión y cau-

tiva á las muchedumbres con las cadenas de oro de la admiración y del entusiasmo.

En sus ojos resplandece la eterna alegría de la vida : arte, belleza, juventud, amor, ensueños de felicidad, nostalgias de gloria. Creadora, como los poetas, diviniza el símbolo y modela el mármol con los cinceles de su talento, que es inspiración y es fantasía. Y la maja, y la asturiana, y la huertana, y la castellana, y la andaluza, y la aragonesa toman cuerpo y alma en Amalia Molina, que canta y baila todas las canciones y bailes españoles, reproduciendo en maravillosas figuras el poema de nuestras mujeres, nunca, jamás, bien ponderadas.

Sus aires de triunfadora se avaloran con los laureles de la modestia ; y cuando el público rompe en aplausos, una lágrima tiembla en los ojos de la mujer adorable y encantadora, ojos en los que resplandece la eterna alegría de la belleza, el amor, la juventud, la fe, el ensueño, la vida que irradia el sol creador del arte, primavera inextinguible del corazón...

Sus típicos y lujosos trajes, sus valiosísimas joyas y los artísticos decorados que presenta, contribuyen también á conquistar envidiables y excepcionales éxitos, que coronan siempre la labor imponderable de esta genial artista.

* * *

De *La Voz de Guipúzcoa*, de San Sebastián :

La presentación de Amalia Molina en el escenario del Gran Casino constituyó un gran acontecimiento artístico y extraordinario y señaladísimo triunfo para esta admirable exaltadora del alma española.

Su poderosa intuición artística y su alma ~~netamente~~ hispana son portadoras de las sanas brisas de la tierra, bendita entre todas, donde, como en la rima de Heine, el ~~puerto~~ porteño y la palmera del Mediodía se mandan sus amores en ese aire que cruza por el infinito.

Ante su evocación, la tonada asturiana, el ~~voto~~ voto y armonioso zortzico, la heroica jota, la jocundez de las ~~gaitas~~ gaitas, la lírica sobriedad de los cantos de trilla y la ~~gruesa~~ gruesa herencia árabe del canto andaluz pasan como una ~~suprema~~ suprema del alma nacional.

Con Amalia Molina desfilan por el escenario ojos de diferentes regiones, arrancados á la realidad, ~~vestidos~~ vestidos con propiedad exquisita y colocados en apropiada escena, ~~Esced~~ Esced al genio de Muriel, que ha pintado las magníficas ~~decoraciones~~ decoraciones que Amalia presenta.

Felicitemos nuevamente á tan genial artista y ~~encomendamos~~ encomendamos nuestros

aplausos á los muchos que ayer ha cosechado del aristocrático público que de esta suerte ha querido premiar la meritísima labor de la saludísima sevillana.

FERNANDO D'LAPI

* * *

Del Diario de Córdoba :

Anoche se despidió del público de Córdoba Amalia Molina, y la concurrencia, extraordinariamente numerosa, hasta el punto de que se agotaron las localidades y muchas personas tuvieron que quedarse en la calle, aplaudió con entusiasmo efusivo y cordial á la sin par artista sevillana.

Yo, andaluz, nacido, como Amalia, en la *ciudad de la gracia*, limitome hoy á escribir acerca de mi saludísima y excepcional paisana, considerándola exclusivamente como genuina representación de las mujeres de mi tierra, y dejo aparte su meritísima é incopiable labor artística cuando nos presenta á maravilla el resto de nuestra alma nacional.

Amalia Molina, encanto de Andalucía, merece todas las frasecillas de cariño que nuestro pueblo dedica á las mujeres chiquititas y preciosas : granito de pimienta, terroncito de sal, pedacito de azúcar, capullito de olor.

Y en esta personilla tan pequeña ¡cómo se expresa en todas sus fases variadísimas el alma popular de nuestra Andalucía encantadora !

Desde la mocita viva y despierta que en Sevilla canta y baila unas alegres sevillanas corraleras, hasta la soñadora hija de la Alhambra, que melancólicamente entona el «¡Adiós, Granada !», Amalia Molina muestra todos los aspectos de la mujer andaluza, y así, por igual conmueve los corazones en Córdoba que en Málaga, en Sevilla que en Granada...

Ella presenta el arte del pueblo tal cual es : alegre y melancólico, sentido ó ligero, pero sin jipíos ni tonterías, ni mixtificaciones de abanicos y panderetas, sin nada de española.

Amorosamente y con acierto de suprema artista, ha tomado el natural con exquisita fidelidad y lo ha llevado al teatro, buscando siempre la impresión exacta, y poniendo para ello á contribución la música popular, cuidadosamente escogida, y las decoraciones, en las que con plausible escrupulosidad se han pintado las más bellas vistas de Andalucía. Para llegar á producir el efecto que obtiene, se necesita ser una artista de verdad, que en ello no caben habilidades ni mixtificaciones.

Aquellas saetas, particularmente, dan la sensación completa de que se está en Sevilla, en la calle de Placentines, en la

plaza de San Francisco, en un lugar cualquiera de la hermosa Bética cuando los *pasos incomparables* la cruzan y entrecruzan en todas direcciones, convirtiéndola en un templo inmenso, en el que á plena vida, entre el pueblo, bajo el cielo con luna ó con sol, luce la maravilla del Cristo del Gran Poder y la Virgen de la Esperanza, y todos los espectadores de aquel asombroso espectáculo, heridos por un arte único, que está al servicio de la piedad y el fervor religioso de una raza entera, caen de hinojos, abaten la cabeza y elevan el alma hacia el libre y siempre azul cielo de Andalucía.

Llegan al alma las saetas de Amalia Molina, porque así son las clásicas saetas de Andalucía cuando no son estropeadas por quienes á todo trance propenden á los jipíos flamencos.

A Sevilla va ahora para cantarlas, hasta perder las fuerzas, ante la Virgen de la Esperanza, el Cristo del Gran Poder, de cuyas Hermandades es devotísima cofrade, y tantas otras imágenes admirables.

Verdaderamente que esa mujer tan chiquita y bonita no es más que un corazón en el que se recoge, late y expresa el alma popular de Andalucía.

En breve recibirá un homenaje perdurable: la publicación de un libro en el que se reunirán las loas que le han tributado los más privilegiados ingenios de España y fuera de ella.

EUGENIO GARCÍA NIELFA

* * *

De La Información, de Almería:

Ya no cruza el escenario de nuestro teatro la gentil sevillana, que trajo al solar almeriense una ráfaga de verdadero arte.

Cesaron las risas y los cantos; por la amplia sala ya no esparce sus perfumes la más jugosa flor del jardín andaluz. Apagóse el eco de los aplausos; enmudecieron los cronistas de espectáculos, y de nuevo requieren nuestras plumas las inquietudes y miserias que laceran el alma de la ciudad.

Fué la alegría errante que todos conocéis la que vino aureolando la frente de una mujer artista, que hizo florecer en la escena la recidumbre de los acentos populares con la gracia de un arte sencillo y netamente español. Fué un relámpago de luz el que prendió en el cielo de las almas, alzando nuestros espíritus por sobre las pesadumbres de la vida diaria.

Todo pasó; hasta mi compañero Oscar ya no sublima con su

imaginación de poeta el decir del cronista, que el verbo del maestro tuvo que rendirse á más prosaicos empeños.

Y yo, que soy un poco rebelde, no quiero internarme en el farrago de la contienda periodística sin asomarme de nuevo á estas columnas para ofrecer á los lectores un detalle de la fisonomía moral de Amalia Molina, gloriosa cancionista, que tiene siempre en los labios una sonrisa de modestia.

Hablaba anoche de la bella sensación producida en su ánimo por el frenético aplaudir de las manos infantiles, y mostró vivos deseos de organizar una velada á beneficio de los niños pobres.

A pesar de que la graciosa artista quiso vencer en un instante los obstáculos que se oponían á la efectividad del generoso anhelo, no ha podido cristalizar su deseo por causas ajenas á su voluntad; pero bueno es que el público sepa cómo siente la sin par triunfadora.

Y bueno es que sepa también que dentro de poco aparecerá de nuevo en la escena de nuestro teatro, enaltecida durante unas noches por su arte exquisito.

FERNANDO S. ESTRELLA

De La Libertad, de Vitoria :

En la inacabable serie de números de varietés y *estrellas* que van desfilando por Vitoria, Amalia Molina es la mejor, sin ningún género de duda.

Esbelta, graciosa, gentil, desde que aparece en escena se capta por completo las simpatías del público y se adueña de él de tal modo, que cada número le vale una ovación y el auditorio, casi cruel con la excelente artista y encantadora mujer, no se cansa de pedirla repeticiones.

Con selecto repertorio, riquísimo vestuario y suntuoso decorado de magnificencia y lujo asiáticos hasta en los detalles más nimios, esta dominadora de multitudes, esta reina triunfadora de la escena podría apropiarse (si de él tuviera necesidad y no fuera tan manido) de aquel lema que usan las segundonas de varietés: «arte, belleza y rica presentación». Porque todo lo reúne Amalia en el más alto grado.

Mas á más de todo esto y por encima de todo sobresale su soberano arte y su gentil y atrayente figura, que aparece en escena como una mariposa, haciendo salir de palcos y butacas

galantes frases y estallar los piropos en la galería, como rendido tributo á aquella cara bonita, á aquel cuerpo flexible y elegante y á aquellos ojazos grandes y negros que, cuando miran, parece que centellean.

Amalia Molina triunfó en Vitoria como triunfará en cuantas partes se presente; y cuantos hemos visto su trabajo y apreciamos como se merece su arte y gentileza, no olvidaremos á la mejor artista de varietés que pisó nuestros escenarios.

Sean para ella nuestras protestas de admiración y entusiasmo.

EUGENIO GARCIA

* * *

De *El Demócrata*, de Alicante :

En este momento hace su presentación escénica la gentil cancionista Amalia Molina.

Yo no quiero analizar su trabajo; es decir, yo no puedo ser su juez; yo sería parcial, porque al verla tan gentil, tan menudilla, tan morena, tan graciosa; con su mantilla prendida con el aire y el aquél que sólo saben darle las que han *nasío de la Alameda p'arriba*, en esa incomparable ciudad que el Betis baña con sus aguas mansas, que besa amorosa la brisa perfumada de azahares, y que tiene por techumbre un cielo siempre azul, ¡Sevilla!, yo siento añoranzas de tiempos mejores, en que el trino de los pajarillos, que hacían su nido entre las ramas verdes de las acacias de la plaza de Pumarejo, sonaban para mí á rasgueo de cuerdas de guitarra, á chasquido de besos y chocar de copas; ó en que parado en la desembocadura de la calle de San Luis, en el gran arco que da frente al hospital, escuchaba las sentidas saetas que la muchedumbre, electrizada de entusiasmo, lanzaba al paso de esa Virgen que simboliza todas las gracias de la tierra y que tiene su camerino en la poética iglesia de San Gil.

Amalia: mi saludo es para usted, la incomparable, la gran artista; el suyo, en justa reciprocidad, sea para nuestra Virgen.

Con entusiasmo lo consigno: no se recuerda aquí un éxito, gen, la de la Esperanza, la de los Macarenos. como el conseguido por Amalia Molina, al que contribuye la expresión de sus imponderables ojos, en los que pone el cariño, el amor, el sentimiento ó el arrebatado de sus incopiables coplas y canciones; su manera de bailar, naturalísima, académica, pura, desprovista de amaneramientos y desplantes chabacanos;

la propiedad en la carecterización de los tipos regionales, su vestir suntuoso, sus alhajas riquísimas y sus magníficas decoraciones.

Gentil y portentosa artista, mi enhorabuena.

PEDRO FERNANDEZ SANTOS

* * *

De La Rioja, de Logroño :

Hoy debutó en el teatro Moderno la sin par Amalia Molina, que es, sin duda, la artista de más renombre y cartel en las varietés españolas, y justo es reconocer que tiene méritos sobrados para ocupar, precisamente, tal puesto.

Su actuación constituyó un éxito enorme, el que siempre mereció aquí y en todos aquellos lugares que fueron alegrados con la magia de su arte imponderable.

Para la sin rival Amalia hubo constantemente palmas y ovaciones, y es que nadie puede dejar de *entregarse* ante la emoción, la sinceridad y el alma que pone en sus originales é incompables canciones y bailes.

El repertorio de la eminente artista es variadísimo, porque, aunque como alguien ha dicho, que Amalia es genuina y representativamente andaluza, su cariño á las ciudades donde fué celebrada y á sus motivos regionales fueron causa de que hoy figuren en su repertorio cantos y bailes de todas las comarcas españolas, y es de tal modo extraordinario su temperamento de adaptación, que siente todos los tipos que interpreta con una fidelidad tan precisa como los mismos motivos andaluces.

Satisfecha puede estar Amalia de la efusiva acogida que, una vez más, la ha dispensado nuestro público.

LEANDRO SAENZ

* * *

De La Tarde, de Palma de Mallorca :

Con piedra blanca hay que señalar el triunfo obtenido anoche por Amalia Molina, cuyo debut era esperado con verdadero interés. La fama de que venía precedida la gentil artista no ha exagerado ni un ápice; hasta diremos que se ha mostrado parca.

Se presentó en escena, y su figura atrayente, subyugadora y

gentil atrajo todas las simpatías. Cantó las canciones de nuestra España querida con tal arte, tanta gracia y nitidez, verdadera filigrana, que el público se convenció de que los elogios tenían sobradísimo fundamento y que se encontraba ante una artista que con finura, supremo arte y decencia va esparciendo las penas y alegrías de nuestra alma y el orientalismo de la copla andaluza purificada y depurada sin las adulteraciones á que la someten tantas artistas sin arte, que para ofrecer una imagen de la España de color y de ambiente van á aleccionarse en París, recordando su labor las tradicionales descripciones de la Iberia pintoresca vista por un francés, y sabiendo sus canciones, más que á gratos murmullos del Guadalquivir, á picardías y *españoladas* de Montmartre.

La enorme concurrencia que acudió á oír á Amalia Molina ha sido extraordinaria, y tan satisfecha quedó de la labor de la genial artista, que no cesó de ovacionarla en toda la noche.

T. FLÓREZ

* * *

De *La Región Extremeña*, de Badajoz :

AMALIA MOLINA

A las verdaderas artistas no se les puede medir por las dimensiones de sus cuerpos ; hay que medirlas por las condiciones y riquezas del alma que atesoran, y cuando esas riquezas se revelan y manifiestan, como en el caso de la sin par Molina, en todos sus gestos y actitudes, por muy diminutas que aparezcan, resultan siempre inapreciables para los que saben ver y distinguir.

La Molina es un alma grande en un cuerpecito pequeño, pero gentil, ligero y gracioso, con el cual le basta y sobra para ganarse los públicos y llevarse de calle, como vulgarmente se dice, á cuantos la ven y escuchan con alma de artista. Y esto ha pasado con ella en Badajoz, y pasará donde quiera que vaya, porque lleva la gracia por arrobos y el sentir por toneladas, y sabe expresar con exquisita delicadeza toda la gama de sentimientos de que es capaz el corazón humano. La copla que canta comparándose á la guitarra, sintetiza todo su ser, y así canta ó llora siempre con armoniosos gorjeos, haciendo sufrir espasmos de dolor ó escalofríos de placer á cuantos la contemplan, y según ella llora, con lágrimas amorosas, ó ría, con alegría fran-

ca y fecunda. Eso es ser artista, «expresar con arte todos los afectos humanos». Ella habla con los hermosos y expresivos ojos que Dios le dió; habla con las manos, con el cuerpo, con los pies diminutos que la sostienen, y siempre habla y dice, cantando ó bailando, cuanto quiere decir, con la mar de gracia. Eso es belleza.

Pensar que los públicos se arrastran y conquistan por la sola hermosura física, es una inocencia; pero, si además de ser graciosa y bonita, como es la Molina, se tiene el talento que ella posee para expresar y sentir los más delicados y opuestos afectos humanos, entonces la mujer se completa y transforma en un ser distinto: la mujer artista, el *summum* de la belleza.

Tal es la Molina, á quien rindo gustoso testimonio de admiración, enviándola mis aplausos sinceros y entusiastas.

LUIS MONTALBAN

* * *

Del Diario de Burgos :

El debut de Amalia Molina en el lindo teatro de la plaza Mayor constituyó anoche un nuevo y colosal triunfo para la genial artista, y un excepcional día de ingresos para la simpática Empresa.

Así como hay artistas que, aun siendo eminentes, se les juzga por unos y otros con distinto criterio, el arte inimitable de Amalia consigue obrar el raro prodigio del unánime juicio, pareciendo como si al recibir sus impresiones, el público todo hubiera sentido la misma grata sensación.

Por eso, los calurosos aplausos que se prodigaron á la incomparable artista eran sinceros, espontáneos, unánimes, desbordándose el entusiasmo al ver cómo una andaluza de pura raza supo interpretar tan maravillosamente las costumbres, canciones y bailes de las diversas regiones españolas.

Amalia Molina es España; en su alma de artista caben los sentimientos de toda nuestra patria. La movilidad de sus facciones, la gracia de sus movimientos, el enorme poder de asimilación que tiene, son el principal secreto de sus victorias. A la sensibilidad exquisita de su alma le basta con estos elementos para triunfar; por eso Amalia Molina nunca echa mano de efectismos más ó menos estudiados ni de desplantes de dudoso gusto; por eso en el trabajo de ella todo es gracia de buena ley, espontaneidad, talento...

Felicítamos á la saladísimá sevillana, cuya cabecita encierra todo un mundo de poesía, que tiene como noble ejecutoria unos ojos grandes y negros, por donde ríela la luz de su alma, y una boca divina, por donde, entre mohines graciosos, sale á torrentes toda la pasión de un corazón andaluz.

RAFAEL MEJORADA

• • •

De *La Regeneración*, de Jaén :

Artista, y artista exquisita por su donaire, por su salero y por su gentileza. Descubrir á esta mujer, alma del arte típico español hoy, sería aventura de insensata tontería. España la reconoció como una de sus predilectas, y España no sabe equivocarse.

Amalia Molina es una «personilla güena», que siente lo que dice porque se le ve subir del corazón, y dice lo que siente, *porque pone una carita—más bonita, más bonita—que las camelitas blancas—que abren por la mañanita*, y eso en el temperamento de la raza son fustazos dados á las almas que sueñan en regocijos y en sentires hondos de ilusión y de querer.

Canta Amalia Molina todo el son rítmico que de polo á polo hace reír ó llorar á nuestra patria. En sencillas notas pinta el alma gallega y baturra; en armonías de una intimidad soberana esboza el ambiente castellano con canciones hidalgas y campesinas; con un sentir que es pena y retozo á la vez, habla de Andalucía, con sus gitanerías castizas, con sus flamenquismos amenizados en traición, en unos celos, en una esperanza de amores... Canta también á las chulas madrileñas, hijas de las majas juncales de las Vistillas y del Avapiés. Y canta todo con una salsa salpimentada en revuelos de gloria, y todo lo recama en espumas de gorjeos finísimos que se escapan de su garganta y subyugan, como subyugan los *propios angelitos del cielo*...

Esa es Amalia Molina: una hembra, macarena de corazón, madreña de nervios, bonita, porque la gracia es una belleza insuperable, gallarda, y, sobre todo, sana de juicio y voluntariosa para hacer arte que diga amores y cante alegrías.

Y en el cinematógrafo del pensamiento perdura el recuerdo de aquel tipo monísimo, de aquella cara que en sus mohines abre un cielo de lindezas, de aquellas piedras preciosas, ricas, riquísimas, relampagueadoras, que orlan un cuerpo gracioso y lo enmarcan en la sublime grandeza del poder único de la tierra :

el tesoro, el dinero; los trajes se repiten suntuosamente, las decoraciones son un dechado de arte escenográfico y los mantones de Manila son tan numerosos, que con ellos se le podría poner un toldo á todo el barrio de la Macarena un día que pasara por él la virgen del mismo nombre.

Anoche obtuvo un éxito más en su carrera artística. Un numeroso público refrendó sus laureles; los laureles que en Jaén resfrescará, y con los cuales hará nueva corona de sus glorias.

JUAN GUTIERREZ FERNANDEZ

* * *

De *El Ruido*, de Huesca :

De la ciudad de la Giralda, la reina de Sevilla, puesto que tiene por dosel las nubes, por súbdito al manso Betis, que lame y acaricia sus pies; al sol y á la luna por tributarios, á sus campanas por voceros de su fama, y por guardia de honor los esforzados pechos de los valientes y nobles sevillanos; de esa bendita tierra es Amalia Molina, la genial artista que ayer noche debutó en nuestro coliseo.

Al escuchar su gracioso *ceceo*, su acento dulce como el trinar de ruiseñores, y admirar sus ojazos negros, que miran con apasionamientos arrobadores, su cabello finísimo como la endrina, su talle flexible como el lirio y su andar gracioso, me imaginaba estar de nuevo en aquel barrio de la Macarena, que es algo así como la antesala de la mansión celeste.

Los cantos regionales en labios de Amalia, la sin par, la única, llevan la impresión de los cielos andaluz, valenciano ó aragonés, como el reflejo de las aguas del Guadalquivir, del Tura ó del Ebro, como el perfume de sus vegas exuberantes.

Artista singular, graciosa y gentil, cautiva al auditorio, que se rinde á sus pies, acariciándole agradecida con una sonrisa de sus rojos labios ó una mirada de sus negrísimos ojos de macarena.

Jamás recordamos que los aplausos y el entusiasmo hayan llegado á rayar á tan alto grado, é indudablemente que ha sido Amalia la más notable artista de varietés de cuantas han desfilado ante el público oscense.

RAFAEL LATORRE

De *El Diario Palentino*, de Palencia :

Como un homenaje de colores (en el fondo la bandera española, y destacándose en él la famosa artista), yo quisiera traducir en estas líneas la admiración que Amalia Molina despierta en todos los públicos.

¿Por qué quiero tributar á Amalia este homenaje de admiración? Pues por su arte singular y por su entusiasta españolismo, algo castizo, de pura raza, que tiene expresión en las modulaciones del canto de la notable reina por la gracia de sí misma. El ambiente andaluz, temblador al sol meridional, palpitante, lleno de aroma, de flores de azahar, sombreado por los naranjos. «Aquello», que en el varonil ademán torero deslumbra y embriaga en las tardes de toros. El «así se canta en España» de la canción flamenca.

Yo quisiera rendir á Amalia un homenaje de claveles del Sur, de caireles, de clásicas mantillas y de policromos mantones. Un paisaje español cuyo cielo estuviera tachonado de luceros tembladores, por los cuales se asomara la divina pupila de Andalucía; el entusiasmo de un tendido de sol, deshecho en lluvia de rosas, ante la faena del Gallo, artista; la melancolía de un tiento gitano, suspirante, lánguido, arrullador; el trágico sollozo de las serranas; el entrecortado requiebro de suspiros de las soleares... ¡España entera, en un jardín meridional, entre cuyas olorosas flores se destcase esbelta y magnífica la Giralda.

Amalia Molina es el arte español sonorizado en la divina garganta de una mujer, excelsa encarnación de la gracia. En su arte hay algo tan nuestro, que parece, al oírlo, que se siente latir con más brío el alma de la raza, siendo la única artista que condensa en sus canciones y bailes las palpitaciones del arte popular español.

Y la divina exaltadora de nuestras canciones, de nuestras costumbres, de nuestros bailes, pasa ante los espectadores extasiados como representante de un arte cultísimo, moral (en la plenitud de la gracia), genuinamente español; y sueño que Goya la ofrece su genial paleta para copiar sus excelsas manos; los insignes hermanos Quintero, su fino ingenio y clarividencia para arrancar del natural nuestros tipos y costumbres; Chapí y Bretón la envuelven en sus españolas composiciones musicales, y Chueca en su sinfonía chispera, y que todos los representantes del arte patrio le ofrecen coronas de laurel... á ella, la reina indiscutible del alma nacional, cuyos pies cubren

envidiosas las más olorosas flores, y su cuerpo, gentil y airoso, los pliegues santos de la bandera roja y gualda.

TEJERINA BREGEL

* * *

De *El Reformista*, de Albacete :

AMALIA MOLINA

Actúa con éxito formidable en el Teatro Circo esta monísima y genial artista exaltadora, maga y reina de los cantos populares de España; y Albacete entero se congrega á diario en el elegante teatro para aclamar, más que aplaudir, á la delicada y gentil mujer de cara extraordinariamente simpática y atractiva, cuya alma se acomoda á las más variadas y difíciles modalidades del arte que cultiva para purificarlo y engrandecerlo.

¡Bienvenida sea entre nosotros Amalia Molina! ¿Qué hemos de decir de ella que no se haya repetido millares de veces en el tiempo que lleva pisando flores por los palcos escénicos y provocando con su gracia inimitable y con su portentoso talento artístico el entusiasmo de los públicos?

Las plumas mejor cortadas han descrito en su honor todos los ditirambos; morena y sevillana, ha servido de fuente de inspiración á las más delicadas composiciones de los mejores poetas españoles; la crítica la tiene sancionada como estrella de incomparable magnitud, y los amantes del arte la estiman como una de las más preciadas joyas. Lo que nosotros podamos decir de la incomparable artista será flor pálida y marchita, que por deferencia al cariño y á la admiración que por ella sentimos, unirá á la fragante y lozana corona de sus triunfos.

Mas, no por reconocidos, hemos de callar sus relevantes méritos. San Bernardo, la Macarena, Triana y San Juan de la Palma se disputan con ardor la cuna de su nacimiento. Y es que Amalia Molina, que alberga en las delicadezas de su alma todos los refinamientos del arte más puro, es el orgullo del pueblo en que ha nacido. Los tipos por ella creados y en la escena vividos son exclusivamente suyos, hijos de su prodigioso talento. Quien trate de imitarlos fracasará ruidosamente.

Tal es el arte exquisito de esta linda sevillana, que cuando pisa las tablas, derramando á torrentes la sal por los brillantes caireles de sus fastuosos trajes, y desgranando en su fina gargan-

ta todas las pasiones y sentimientos populares, el espectador se siente transportado á las distintas regiones de España, y ve cómo se exalta en su pecho el amor á la patria.

Por eso luchan estérilmente los famosos barrios sevillanos, disputándose la cuna de nacimiento de la extraordinaria y saladísima artista. Amalia Molina es de todos : de Cataluña, de Aragón, de Valencia, de Asturias, de Castilla, de Galicia, de Andalucía... porque es de España. Y al verla, fuerza es decirle :

En España no ha *nasío*
ni una sola, ni una sola,
que contigo haya *podío*
competir en española.

P. N. P.

* * *

De *El Clamor*, de Castellón :

Ayer hizo su presentación ante el público castellonense la famosa y genial artista Amalia Molina.

De gran renombre goza la singular estrella, y, á decir verdad, es tan justa su fama, que puede afirmarse, sin que nadie se atreva á desmentirlo, que no hay otra que la iguale en el género que cultiva.

Amalia Molina lleva un género tan exclusivamente suyo que, indudablemente, se expondría á un grave fracaso cualquiera que intentara imitarla.

Canta con estilo y precisión tan admirables, exterioriza el sentimiento artístico en tal forma, viste con tanta propiedad, que siempre entusiasma al público, arrancándole verdaderas tempestades de aplausos y aclamaciones. Las decoraciones resultan admirables y con efectos que extasían.

En fin, una excepcional artista, tanto por su arte como por la forma de presentarse.

Con todos estos primores reunidos, excusamos decir el éxito imponderable que ha obtenido en Castellón, al extremo que no recordamos otro igual.

RAFAEL ROMERO

Del Diario de Tarragona :

AMALIA MOLINA

Una oleada de gracia y sal sevillanas inundó el escenario de nuestro teatro, y los rojos claveles reventones abrieron sus corolas y los azahares volcaron sus diminutas copas de nieve repletas de esencia, y florecieron triunfantes las encendidas flores del granado, y llegó, para que lucieran la belleza y esplendor de sus matices, un rayo de sol andaluz con sus transparencias y diaphanidades, con sus tonalidades de rosa y ópalo. Y sonaron unos crótalos, quedos, lentos, rítmicos, con sonoridades misteriosas, poéticas, divinas..., así como si fueran el eco del taconeo gentil del hada de la alegría y del arte, que se iba acercando, que llegaba...

Y apareció monísima, deslumbradora, derramando gracia andaluza, la sin par Amalia Molina; y el público saludó á la ideal cancionista con una ensordecedora y entusiasta ovación. Y con arte insuperable, con ese arte que es, no el reflejo de la vida y de la naturaleza, sino la misma vida con sus sentires, con sus pasiones; la misma naturaleza con sus bellezas, con sus armonías, con sus colores, cantó y bailó como sólo canta y baila Amalia Molina.

El arte de Amalia es cálido, sugestivo, apasionado, porque es todo del corazón, y semeja cual si hubiese nacido con la artista y en su alma hubieran anidado las coplas de su tierra con la música misteriosa de aquel sol ardiente, de sus flores rojas y aromosas, de sus vergeles edénicos, de sus costumbres gitanas...

Por eso admirábamos la unión perfecta, mejor, la fusión acabada de sus facultades; canto, baile, actitudes gallardas y plásticas, gesto adorable, aquellos ojos grandes; como océanos de amor; aquella sonrisa encantadora que parecía emerger de un rojo clavel desgarrado por un mordisco de pasión insaciada.

Todas cuantas canciones interpretó la genial artista fueron para ella un triunfo espléndido y clamoroso, y el público, entusiasmado, delirante, no acababa nunca de aplaudir y pedir más números de su original y extensísimo repertorio.

La presentación de Amalia Molina es elegante, rica y fastuosa. Las decoraciones de Muriel son un asombro de belleza, de realismo y de arte. El pintor escenógrafo ha creado con su fantasía exuberante el estuche digno de la joya. El modisto que creó las *toilettes* que envuelven aquel gentil cuerpecito, el orfebre que cinceló y engarzó tan bellas joyas como las que brillan

sobre el cuello, brazos, manos y orejas de la artista, merecen todos los elogios, aunque á la simpatiquísima cancionista le basta su arte, su gracia y gentileza para triunfar.

Nuestro público recordará siempre con simpatía y aforanza el paso de la estrella sevillana por la escena de nuestro teatro.

VICENTE MONNER

De *El País*, de Lérida :

Un cielo limpio como la gota de agua que brota del manantial; sereno como el lago tranquilo, espejo donde la diosa contemplaba sus eburneces; azul refulgente, de turquesa.

Bajo ese cielo, cruzado por un sol fogoso, que dora con su luz amarilla las campanillas y los nardos, los pájaros desgranaban sus cantos de amores, los hombres tejen sus églogas de cariño.

Ese cielo y ese sol son el sol y el cielo de Andalucía, la Sultana. De esa tierra bendita de Dios, que reposa reclinada sobre las arenas del Mediterráneo, que cuenta con los más hermosos jardines del mundo y que cría seculares árboles de lozana frescura, que, gigantes del tiempo, levantan sus copas al cielo hasta parecer rozar con besos las estrellas; de esa tierra de Dios es Amalia Molina.

Lo dicen de lejos sus bellísimos ojos de morena, fulgurando brillantes bajo los negros arcos de sus cejas de gitana; su gentilísimo talle, incomparable, de sultana ideal, que ondula cadencioso con ritmo de liturgia; su cara retrechera, de graciosa sonrisa; su inacabable gitanería de macarena legítima.

Amalia Molina, artista gentilísima, de voz flexible y de temperamento tan flexible como su voz, ha hecho bullir en mi alma las dulces reminiscencias regionales.

Satisfechísima puede estar la genial artista de la brillante acogida que le ha dispensado el público, pues no ha podido ser más entusiasta ni efusiva.

Mi enhorabuena más sincera, y que, al marcharse de esta población, vaya con Dios paseando por el mundo su majeza, sin olvidarse que el nombre de Amalia Molina deja en Lérida tantos admiradores cuantos tuvieron la dicha de escucharla.

José MORALES

De *El Sitio*, de Gerona :

AMALIA MOLINA

En todo el apogeo, ahora, de su triunfal carrera, muy ascendente, Amalia Molina, astro de primera magnitud, por los cielos del arte patrio, resaltando, luce con todo su esplendor, casi inverosímil de intenso y de profuso; y su brillo nos atrae y nos encanta, porque allí la belleza y la gracia componen una como *fantasía luminosa en el concertante del infinito del ideal*.

Amalia: bien sabes que el secreto de la sugestión que ejerces está en el candor de tu rostro angélico, donde el orgullo de la gloria ni dió artificio á la expresión ni le puso altivez en la mirada más que cuando alzas, con mano trémula, la bandera de nuestra idolatrada España.

Entonces tus cánticos, *esencia del lirismo trasunto del amor, ofrenda del corazón y acicalamiento del entusiasmo*, en raudales de armonía para excelsitud de la patria tórnanse, y por eso quedaste consagrada, maga cerúlea, por todo eso junto: por tu gracia, tu arte, tu ideal, tu amor y tu españolismo.

CLEMENTE BLANCO VILLEGAS

* * *

De *La Voz de Galicia*, de La Coruña :

Ayer se presentó ante nuestro público la genial Amalia Molina, síntesis suprema del alma nacional, musa del arte genuinamente español, en quien han encarnado todas las notas del cantar popular, y en cuya garganta trina la malagueña, vibra la jota y evoca dulces remembranzas la granadina de incomparable dejo.

Preséntase la hechicera del decir gitano, la maga de todos los sueños amorosos, la intérprete del íntimo sentir en que envuelve la humanidad poeta sus anhelos, su dolor y su espíritu, consagrada por todos los públicos, pletórica de gracia, deslumbradora en lujo y con decorado suntuoso y nuevo; trae la fe de vida de un arte moderno que sus ojos incomparables inspiraron y que distinguidos artistas hicieron florecer; trae el éxito glorioso que le rindieron todas las almas, y todas las palmas le ofrecieron.

Artista tan singular y de méritos tan relevantes, natural era que haya obtenido ante el cultísimo público coruñés el éxito

más franco, más espontáneo y más resonante de cuantos aquí hemos presenciado.

¡Mil veces benditas seas, Amalia Molina!, espíritu de una raza y maga evocadora de nuestra historia y de nuestros héroes.

MANUEL CEBALLOS

* * *

De *El Progreso*, de Lugo :

¡Han sufrido tanta evolución las costumbres escénicas y las aficiones del público, de antaño á hogaño!...

Encuétrase, no obstante, hoy, quien asaz enamorado del teatro clásico, donde se calzaba el alto coturno y se desenvolvía todo el efectista aparato de una fábula á menudo extrahumana, reniega de las varietés, creyendo que son algo así como una prostitución del viejo teatro, como dislocación de lo que ante todo y sobre todo debe ser educación estética y escuela de costumbres.

Los que tan cerradamente opinan, yerran de medio á medio. Porque, ¿no es mucho más humano, natural y espontáneo el espectáculo de una artista que trae á las tablas todo el rico caudal de nuestras costumbres, trajes, canciones, bailes y paisajes, sin que nada de esto sea desfigurado por la fantasía de ningún autor, que no un aspecto de la vida, dislocado y mixtificado á gusto del artista creador del argumento escénico, y frecuentemente puesto fuera del alcance del común de gentes?

El teatro debe ser escuela donde se eduque el sentimiento estético y, á ser posible, los impulsos más íntimos del corazón humano, y para ello nada mejor como desgranar á los oídos del público, desde las *candilijas escénicas*, toda la escala policroma de los cantos regionales, honradamente reveladores de la psicología de todo un pueblo.

Aunque dentro de este género, hacia donde evolucionó la escena, hay quien solamente sirve para hacer el payaso sobre el tablado, es indiscutible que existen en España artistas que, sabiendo posesionarse de estas nuevas tendencias del público, saben sentir sus gustos y contener en justos límites sus caprichos, desplegando ante las gentes toda la sentimentalidad de ese variado mosaico nacional donde los hijos del Norte ponen los nostálgicos suspiros en sus almas enfermas, y los del Mediodía los arranques impetuosos de sus espíritus, exaltadamente soñadores.

Amalia Molina, la sin par cancionista, la maga de nuestros

cantos populares, que ha recorrido de triunfo en triunfo los principales escenarios de España y del extranjero, es de las pocas que enaltecen y acreditan el género, renglón de la vida exageradamente profanado, en donde muchos osados cifran su porvenir, sin reparo alguno á manchar una hoja del libro en que figuran los legítimos y no sofisticados haberes de indiscutible mérito.

Al mecerse su cuna bajo los azahares sevillanos, derramó la gracia andaluza sobre la gentil Amalia toda la sal de aquella tierra jocunda, prendiendo en su alma el fuego pasional de los hijos de la ciudad de la gracia. Por eso la genial artista, al cantar las canciones hispanas, tiene el don subyugante de comunicarles no sé qué misteriosa vida y hondo sentimiento, dejando al público suspenso de las divinas notas desgranadas por su garganta de ángel.

Amalia Molina es extraordinaria en su dicción y en su música, y sus modales son tan discretos, tan elegantes, tan naturales y tan graciosos, que encantan y seducen verdaderamente. Es magnífica en su vestuario. Sus trajes, así como las decoraciones que constituyen sus báltulos artísticos, son una verdadera riqueza que realza sobremanera la celebrada labor de tan simpatiquísima artista.

Amalia Molina sabe sentir lo que canta, tener muy dentro del alma la pasión que anima y late en cada una de sus originales y selectas canciones.

Tal es, á grandes rasgos perfilada, esta soberana dominadora de multitudes, que entre bravos y ovaciones, por senda de rosas y bajo palio de bien merecidos laureles, va honrando, escenarios adelante, el tan injustamente fustigado género de varietés, del cual es ella excelsa sacerdotisa.

ALFREDO V. REAL

• • •

De *El Porvenir*, de León :

AMALIA MOLINA

Una ráfaga de sana alegría pasó el jueves por el escenario de nuestro teatro, y volverá á pasar hoy, mañana y cuantos días actúe en él la genial é inimitable cancionista española cuyo nombre va á la cabeza de estos renglones.

Amalia es, entre todas las artistas del género de varietés, la que más sobresale, por la exquisita manera de presentar su trabajo y por la gracia y arte infinitos con que lo ejecuta.

Grandes poetas la han cantado; eminentes críticos han elo-

giado su labor; las Empresas se disputan su contrato, como una garantía del negocio; el público de todas partes la ovaciona; no seremos, pues, nosotros los que caigamos en la vulgaridad de pretender *descubrir* á una artista ya consagrada como estrella de primerísima magnitud; pero no podemos menos de hacer resaltar algo profundamente educativo de esa labor de Amalia, al llevar de teatro en teatro los cantos típicos de cada una de las regiones de España, presentándolos con sus peculiares trajes y con un decorado espléndido y copiado de la misma naturaleza, presidiendo á todos estos aciertos un gusto depurado de verdadera artista que siente la belleza, y una selección acertadísima de autores de letra, músicos, pintores y modistos.

Además, Amalia tiene *ángel*, y cuando se presenta en escena, su sola aparición produce ya una impresión agradable y una corriente de simpatía como nadie la produce; y cuando con su voccecita gitana desgrana la nota de los cantos regionales, se transfigura y agranda su cuerpecito, y arrebata, y se la aplaude, y nadie se mueve del asiento, pidiéndole coplas y más coplas, y si á esto se une su flexibilidad extraordinaria como bailarina, contoneando su talle como una mata de jazmines y dando á las danzas regionales verdad y colorido ajustadísimos, tendremos el secreto del eterno atractivo de Amalia Molina.

Satisfecha puede estar del formidable exitazo obtenido en León, pues ha sido de los que forman época en la vida de gloria y de triunfo de los artistas.

FERNANDO BLANCO

• • •

De El Castellano, de Salamanca :

AMALIA MOLINA

Yo que he gritado como un poseído cuando por primera vez he visto y contemplado en Madrid á esta monísima mujer, tan castiza y tan profundamente española, he tornado á admirarla anoche en Salamanca, y he veulto á aplaudir una vez más su donaire netamente nacional, su imponderable gracia, su brío clásico y espontáneo y su voz timbrada y armoniosa, apasionada y dulce.

Hay que verla y hay que oirla. Es, en buena balanza, mujer bonita, de negros grandes y acometedores ojos; de cuerpo ligero, gentil, flexible y extremadamente elegante. Su voz, melodiosa, acariciadora; su dicción, irreprochable: su acción, justa

y adecuada; sus miles de arrobas de gracia y simpatía y su arte, jamás superado, hácenla ser la elegida entre las elegidas...

Qué extraño ha de ser, pues, que nuestro público haya premiado con frenéticos aplausos y calurosas ovaciones la meritísima labor artística de la sin par Amalia.

JOSÉ SANCHEZ ROJAS

* * *

De *El Correo*, de Zamora :

Amalia Molina, la notable artista de la copla, ha renovado, está renovando la larga serie de sus triunfos en nuestro hermoso teatro, donde todas las noches acude el pueblo á deleitarse con el ritmo de su idioma peculiar, los cantares, y la gente de la clase adinerada, en especial las señoras, á alabar la cultura del repertorio de Amalia Molina, la riqueza y el buen gusto de sus trajes, su excelente decorado, y á sentir la copla popular, como la siente su monísima cantora.

Más que cantante, Amalia Molina es artista exquisita. He aquí su mérito principal. No busquéis en la canción popular los primores del lenguaje versificado; buscad el sentimiento, que titila en un rayo de inspiración. Ya puede estar mal hecho al cantar, ya el crítico exigente podrá encontrarle tales ó cuales faltas de ritmo y de rima, ó de léxico, hasta de sentido común; con tal que el pensamiento obedezca al sentimiento y llegue su afilado y sutil dardo á vuestra alma y os conmueva profundamente, aplaudid en justicia la canción, el cantar, la copla, porque así debe ser, pues su fin cumple. Recordad las marianas. ¿Podrá haber cosa más absurda, literariamente considerada esa canción? Sin embargo, ¡qué bellas son, y cómo nos encantan, y hasta nos hacen llorar las marianas, sobre todo cuando las canta Amalia Molina!

Y bien, por la misma razón, no busquéis en el músico popular, ni el cantor ó cantora de la poesía popular, adaptada á la música, las facultades que se exigen á un compositor de obras musicales más ó menos complicadas ni las que se piden y deben pedirse á los cantantes de ópera ó de zarzuela. No las necesita; con que traduzca bien la nota sentimental de esos madrigales del pueblo, las coplas, es bastante, y no hay más que pedir; mas para esa traducción es preciso el arte, cierta agilidad, en la difícil facilidad de cantar bien coplas.

En ese arte es gran maestra Amalia Molina. No necesita más para el género á que se dedica; y así como en justicia la aplau-

dimos cuando canta con sus pequeños defectos de técnica musical, la oyéramos con pretensiones de operista, ó, cuando menos, de operetista, la censuraríamos, porque ni nada de eso se propone su género, ni para eso viene, ni para eso se anuncia.

Pero Amalia Molina tiene sobrado talento para no incurrir en ese defecto. Su género es todo arte, y del marco artístico no se sale; antes bien, procura y consigue enriquecerlo. De ahí sus irreprochables trajes, sus valiosísimas alhajas, sus decoraciones suntuosas.

En este punto y en la portentosa ejecución de su original é incopiabile repertorio merece Amalia las mayores alabanzas; porque no sólo le da al arte lo suyo, sino que honra al teatro nacional; realiza una obra de patria artística, como en su género la Guerrero y Mendoza; ellos han levantado la bandera de la escena española con honra; Amalia Molina tremola la de la copla española honrada.

Carremos esta mal pergeñada critiquilla con un ¡bravo! más á la genial é incomparable artista de la copla.

JOSÉ MARTIN

* * *

De *El Porvenir*, de Pamplona :

Grande era la expectación que había por conocer á la eminente artista Amalia Molina, como se demostró ayer, día de su debut, llenándose por completo las localidades de nuestro hermoso teatro.

La fama de que venía precedida se confirmó plenamente, pues fué un verdadero triunfo el que alcanzó en cada una de sus canciones y bailes, coronados por verdaderas tempestades de aplausos, premio justísimo otorgado á la sin rival intérprete de nuestros cantos regionales.

Indiscutiblemente es el número de varietés cuyo arte y presentación escénica supera en mucho á cuantas de este género han desfilado por nuestros escenarios, y eso que por ellos han pasado las que en España gozan de mayor renombre.

Felicitemos efusivamente á Amalia Molina, y que pronto tengamos el gusto de saborear de nuevo su exquisita labor artística.

DIEGO DE OYARZUN

De *La Alcarria*, de Guadalajara :

Anoche debutó en nuestro teatro la portentosa artista española Amalia Molina, la única en su género, la más admirada de los públicos y la que, como ninguna otra, sabe electrizar á las multitudes con las galas de su arte incomparable é inconfundible.

El sólo nombre de Amalia Molina, mujer gentilísima y verdaderamente genial, nos exime de extendernos para dar cuenta de las clamorosas ovaciones y de las formidables explosiones de entusiasmo con que ayer supo nuestro público premiar el arte maravilloso é incopiabile de la sin par artista.

Guadalajara entera guardará gratísimo recuerdo de la gentil Amalia, pues que ha visto, gracias á la monísima sevillana, representar á las mil maravillas la gama majestuosa del arte popular español.

JAIMÉ ANCLADA

* * *

Del *Diario de la Marina*, de la Habana.

Andalucía doliente y romántica pasa en sus trovas serranas. Arrullos y suspiros que parecen besos de labios enamorados y trémulos; ruegos y endechas que vibran eternecedores en sus coplas gitanas. El alma soñadora y fantástica de la tierra que da claveles como bocas de grana; el alma enamorada de la luz y de la alegría, que siente, canta y llora en sus canciones melódicas, evoca Amalia Molina cuando canta y modula los rítmicos trozos de la poesía y la ternura de aquella tierra jubilosa.

Es una nota lánguida y triste que queda vibrando susurradora en su garganta; es un quejido que solloza musicalmente ó un beso largo y sonoro que triunfa en el anhelo de un cariño fuerte.

Amalia Molina tiene en su voz, que es ruego y es caricia, la dulzura de las estrofas pasionales y la tristeza de los reproches que terminan en lágrimas.

TOMÁS SERVANDO GUTIERREZ

* * *

De *El Correo Español*, de Méjico :

Se abrió el escenario y apareció la alegría, radiante y viva, real y noble, como Dios la puso en la bendita tierra del Cid.

Su eco dulcísimo, delicadamente encarnado en la artista de verdad Amalia Molina, se extendió por el salón grandioso y entusiasta, haciendo respirar con los recuerdos gratos de los patrios lares y penetrando en el corazón con entusiasmo; y es que cuando la gloria llega entre nubes de oro y rosicler, causa una milagrosa admiración; pero al venir lado á lado de un artista, entre flores y palmas, toca al encanto y al arrobamiento embargar los sentidos.

La presentación de Amalia Molina por la Empresa del teatro Colón es un acontecimiento digno de mencionarse, porque, como todo lo agradable, se graba en la memoria como la imagen en la placa fotográfica; su canto no es el del cisne, no; ella nos remeda el lejano murmullo de un deleite desconocido que se infiltra en el alma como un sueño impalpable, derrama en nuestro ser el embeleso, una regalada fruición que nos enseña cómo es el sentimiento vivo. El estilo, lleno de gusto y exquisito sabor, la letra, la música, la intención, dulce ó tierna, fogosa ó apasionada, brota de los ojos, de la boca, del gesto, de los movimientos de la artista, vibrando y centelleando con la fuerza pasmosa de la electricidad. Ante una presencia semejante se interesa el ánimo y se ofusca el corazón para impulsar á la voluntad á caminar en la corriente que arrebatá, empuja y levanta movida por el torbellino de la opinión, de la que se adueña la artista entre las más ruidosas aclamaciones.

La presentación de Amalia Molina ante un público tan numeroso y escogido aseguró la ovación, que fué desbordante y conmovedora, como lo es el especial cuidado de su cantar encantador.

La Empresa y el público han tenido que descubrirse por completo al ver al amor que llega con pasión; al arte, que pasa y se desliza dulcemente como la brisa del mar.

PEDRO MARROQUIN

* * *

De *El Calpense*, de Gibraltar :

Amalia Molina es una artista de cuerpo entero. Sentada, de pie, hablando y callada, respira arte, pero arte verdadero, y no ese de pega que hemos estado acostumbrados á ver hasta aquí.

Su meritísima labor es original, personalísima, sana y clá-

sica, como lo es el pueblo de donde emana. El arte popular español es fiel expresión del alma española, llena de amor y de poesía, y ya sabemos que la poesía termina donde la grosera pasión carnal empieza.

Amalia Molina nos ofrece el alma española desde su aspecto verdadero: dulce, conmovedor, hablándonos el lenguaje de la verdad, presentándonos la vida por su lado alegre unas veces, otras por su lado triste, pero siempre con intensidad, haciéndonos sentir las sensaciones que sus palabras expresan.

Las canciones populares son un compendio de filosofía; cada línea contiene un pensamiento, cada copla es un poema.

Felicitemos efusivamente á la sin rival Amalia. ¡Que Dios guarde ese lindo manojito de gracia y nervios, ese cuerpo tan chiquito, de alma tan grande, y que la Virgen de la Macarena presida siempre sus destinos para la gloria del verdadero arte español.

JOSÉ ALVES

* * *

Traducido de *O Século*, de Lisboa :

AMALIA MOLINA

Hace algunas noches pasé por el teatro Trinidades y contemplé y admiré á la genial dominadora de multitudes, á la sin par artista y compatriota Amalia Molina.

Cuando la oí, extasiado, pensé en mi España, en Andalucía, en aquel rincón árabe, adonde, en cierto tiempo, me llevó mi destino de árabe errante.

Hasta ahora conocían fuera de mi patria esa turbamulta de *bailaoras* y *cantaoras* flamencas que llevaban al extranjero la mentida idea de una España de jipios, salivazos, toreros, olés, mantones de Manila, trajes cortos y sombreros cordobeses, que contribuyeron al desprestigio, no apagado, de nuestra tierra bendita. Pero de hoy en más se acabó esta degradante leyenda, gracias á la singular y genial Amalia, que acertó á ennoblecer nuestra música popular, disociándola de su sabor achulapado, arrancándole su ordinarez y su desgarro.

Amalia Molina domina y vence por la gracia, la técnica, la ternura, por su voz melodiosa, por el decir castizo, por el estilo genial, por la pasión fuerte, á veces quejumbrosa, á veces dolorida, creadora de nostalgias donde se venera la vida de un querer fiero, ambicioso de besos y de pelea.

Su arte es personal, íntimo, totalmente suyo, y á través de su temperamento, acordándose de la sensibilidad de Fémina y la dulzura sentimental, la canción se ahidalga, se torna delicada, y entonces surgen Moraima diciendo amores, y Lindaraxa soñando en su mirador caricias trágicas, y las figuras próceres de las amigas de Abderramán y las damas castellanas que en sus ensueños pasionales vieron á Gonzalo de Córdoba romper lanzas por su querer.

Si deseáis daros cuenta de mi patria, si queréis ver condensado en un suspiro y en un ¡ay! hondo, muy hondo, como el pensamiento y el corazón, la representación genuina de esa Arabia que es Andalucía, acudir á escuchar una copla sentimental como una balada, de los rojos labios de Amalia Molina, poseedora del encanto de las mujeres de Sevilla, por cuyas venas corre á raudales la sangre, quizás, de las almeas del Egipto.

PEDRO TRUJILLO DE MIRAMAR

EPILOGO

¡VIVA SEVILLA!

Pablo Sarasate, honra de Pamplona, admiración del mundo, no dejaba ningún año de visitar su tierra en los días de San Fermín, aunque se hallara en los más remotos lugares.

Era tradicional, y aunque no se anunciase en el programa, la llegada de Sarasate constituía el festejo más infalible.

Rehusaba los más ventajosos contratos, las proposiciones más tentadoras, para presentarse en Pamplona en los días clásicos en que la ciudad se entregaba á la más estruendosa alegría, como desquite al largo y austero silencio en que vive recogida durante todo el año.

Cuando Sarasate aparecía en el escenario del teatro Gayarre, y de su violín brujo, al conjuro de su mágico arco comenzaban á danzar sobre las cuerdas boleros y jotas, el entusiasmo de sus paisanos se encrespaba y rompía en frenéticas aclamaciones.

Y era que como el de casa no había ninguno. ¡ Como aquel Pablito... !

Sarasate correspondía á aquellas locas manifestaciones de sus conterráneos, que estimaba más que

todos los homenajes del mundo, tocando aires y canciones regionales hasta crispársele los dedos. ¿Queréis que toque más?—les decía—. Y cuando ya se habían saturado, enfundaba su violín, salía del teatro y hasta la hora de comer se complacía en jugar alguna partidita de tute, en lo que tenía cierto puntillo de saber más que nadie de este naípe.

Era una infantil vanidad, pero para no contrariarle y sabiendo que en ello le daban gusto, sus amigos se dejaban ganar y le permitían que cantase todo lo que quisiera.

Viene á las mientes este recuerdo, porque Amalia Molina es para su Sevilla, lo que Sarasate era para su Pamplona.

Podéis contar con Amalia todo el año, con el sólo paréntesis de la feria de Sevilla. Esta es su excepción y la única ausencia que se permite, esté donde esté.

¿No ir Amalia á Sevilla en los días en que hasta la morena Giralda se toca con la clásica mantilla y la Torre del Oro se cubre con sombrero ancho?

¡Vamo, hombre, tendría eso que vé!

¿Privarse Amalia del legítimo gusto y hasta del orgullito de pasear por el Real de la Feria, bien retrepado el busto macareno en el elegante *milord*, asomando á los espléndidos miradores de sus ojos, que son como búcaros de alegría, el contento de un corazoncito que brinca de satisfacción?

¡Bueno! ¡Ni pensarlo, chiquillo!

Son aquellas horas del lánguido desmayar de la tarde, de fragancias enervantes que trascienden de los claveles sevillanos, como abiertas heridas de amor en el pecho de las mujeres, horas en las que Amalia, abandonándose á la peregrinación de sus recuerdos, desde su triunfal trono, se ve chavalilla, ante la te-

rible interrogante de su porvenir, con una falda modestita de percal rameado, y una pañoleta que descubre su incipiente descote, por toda indumentaria, muy limpita, muy curiosa, eso sí, pero de humildísima corralera. Y por entonces Amalia, en los bulliciosos días de feria, acudiría al prado de San Sebastián y al pie de la famosa pasarela contemplaría un poco atónita aquel brillantísimo y rumboso desfile, Dios sabe con qué envidia, pensando cuándo podría realizarse ese cuentecito de las «Mil y una noches», que todas las mujeres llevan en su imaginación.

Y ahora que Amalia se ve festejada y admirada en su propio solar sevillano, ¿va á renunciar á su papel de protagonista en la feria?

¿A cantarle á Nuestro Señor del Gran Poder, al paso de la cofradía, las clásicas saetas, que son como sangrantes espinas desprendidas de su corona de martirio?

¡Vamos, hombre, tendría eso que vé!

No ir Amalia á Sevilla sería para ella como pasares un año sin sol.

Del amor á su tierra os dará una idea lo ocurrido una noche en el teatro Pradera, de Valladolid, donde, como en todas partes, ha sabido hacerse indispensable.

Amalia va á Valladolid todos los años y el público, cada vez más encantado con ella, llena las secciones donde trabaja.

La primera fila de butacas, ocupada está siempre por unos gitanos, que se dan el primer festejo jaleando y aplaudiendo las canciones *cañís* de la popular artista, que ella sabe aderezar con un garbo y una salsa genuinamente suyos.

Una noche, al terminar Amalia, entre un chapa-

rrón de aplausos y piropos, una canción netamente andaluza, uno de los gitanos, alzándose sobre la butaca, prorrumpió en un inflamado ¡viva Sevilla!, que flameó sobre el escenario como una bandera.

Amalia, desde la batería respondió con vibrante entusiasmo: ¿Sevilla? ¡Como que no hay otra en el mundo! ¡Verán ustedes...! Y plantándose gentilmente, con locuaz expresión dijo y dijo de Sevilla cuanto su ingenuidad y corazón la inspiraron.

Y al final, puso un beso en la punta de sus dedos que transmitió á la ciudad querida todos sus amores.

Como viajera golondrina, recorres el mundo, pero una vez en el año, tiendes tu vuelo, y sobre la Giralda bates tus temblorosas alas trémula de emoción, al acercarte á tu tierra bendita.

¡Cómo no quererte y admirarte, de tan buena entraña como eres para cuanto en ti supo adentrarse al calorcillo de tu corazón de diez y ocho kilates bien corridos...

Salud, Amalia, y ¡que viva Sevilla, que te parió!

LUIS GABALDÓN

INDICE

	<u>Págs.</u>
<i>Prologo</i>	vii
Las varietés en España,	1
Biografía de Amalia:	
Capítulo primero.—La primera entrevista.....	11
— II.—Sevillana y macarena	15
— III.—Los primeros pasos en el arte.....	24
— IV.—En Madrid	29
— V.—Camino de la popularidad	35
— VI.—Tiple cómica	41
— VII.—El triunfo en Sevilla	44
— VIII.—En pleno éxito	48
— IX.—Lo que el dolor enseña	52
— X.—Vuelta á la vida	58
— XI.—Otra vez en el arte.....	62
— XII.—En la Habana.....	68
— XIII.—En Méjico	71
— XIV.—Regreso á la patria	77
— XV.—Los últimos éxitos.....	83
— XVI.—Cómo es la artista.....	90
— XVII.—Cómo es la mujer	29
— XVIII.—El público	102
— XIX.—Intimidades.....	104
— XX.—Lá última charla	107
Amalia Molina cantada por los poetas.....	111
Amalia Molina ante la crítica	121
pílogo.....	173

